Alma Vera

Un regalo para Laia



Selecta

Un regalo para Laia

Alma Vera

Selecta

A mi madre; a mi hija.
Formáis parte de mi alma.

Y a mis compañeros de Agintza Rekalde.
¡Qué buenos momentos hemos pasado, equipo!

Prólogo

—¿Sí?

—Leti, soy Laia.

—Sube.

Laia empujó la puerta del portal, saludó con un mudo gesto de barbilla al anciano que esperaba el ascensor y subió por las escaleras los cinco pisos hasta la casa de su amiga Leticia.

Como tantos otros viernes, cada vez con más frecuencia desde hacía ya tres años, Laia iba a pasar la noche allí.

Por mera diversión.

Ya no se trataba de una forma de huir de su casa, como lo había sido al principio, cuando la separación de sus padres estaba en proceso y la niña de diez años que era por aquel entonces no se sentía muy capaz de asimilar la situación. Había sido la madre de Leti la que se lo había propuesto a la suya en el patio del colegio cuando cierto viernes fue su madre quien la fue a buscar en lugar de su padre —quien siempre la recogía ese día de la semana y solo ese — y entonces ella lo supo; supo que su padre ya se había ido de casa definitivamente.

La llorera que se pilló fue de escándalo. Gloria, al ver que a

Adriana se le saltaban también las lágrimas ante la reacción de su hija, le propuso:

—¿Y si Laia se queda con Leti este fin de semana? A veces todas necesitamos un rato con nuestra mejor amiga. Todas —recalcó.

Laia supo que Gloria se refería a que su madre hiciera lo mismo, a que quedara con amigas, no era tan pequeña para no darse cuenta. Aunque al principio Adriana lo rechazó, pues consideraba que era un momento para estar más unidas que nunca, acabó por preguntarle a ella. Aquello le gustó, le hizo sentir mayor y escuchada. Dijo que sí. Y aunque vio en su cara un poco de decepción, creyó que a ambas les iba a venir bien tomarse su tiempo por separado.

Aquellos fines de semana se repitieron. Aunque su padre ya vivía en otra casa, cada vez que pasaba tiempo con él y la llevaba de vuelta con su madre, a menudo acababan discutiendo. Siempre que Laia había vuelto a pedir ir a casa de Leticia, su madre había accedido, con la única condición de que no fuera en época de exámenes.

Las aguas se calmaron, pasó un año y después otro, y el permiso fue más frecuente, pero ya solo para pasar la noche del viernes. En ocasiones, era Leticia la que dormía en la habitación de Laia. Aunque la costumbre hacía que fuera más habitual al revés.

—Hola —saludó la invitada al llegar—. ¿Aún no han llegado tus padres del trabajo?

—No vuelven hasta mañana por la noche —respondió Leticia con amplia sonrisa.

—¿Qué?

—¡Que estamos solas! —Su amiga saltó y bailó con una música imaginaria—. Se han ido a un spa, con noche de hotel incluida. Es el regalo que les hizo mi tía por Navidad, aún no lo habían usado. La idea era que yo me quedara con ella cuando se fueran, pero tiene

un viaje de trabajo urgente o algo así. Si cancelaban lo perdían. Y yo ya puedo quedarme sola. ¡Cumplo los catorce en menos de cuatro meses! Pero como les he dicho que vendrías tú, les he convencido más rápido.

—¡Pero yo no lo he dicho nada a mi madre!

—Bah, no se va a enterar.

—¡Claro que sí! Nuestras madres hablan, Leti.

—Nos quedamos juntas un montón de veces y no se llaman cada vez.

—Pero tu madre acabará por comentárselo. «¡Qué bien se han portado estas chicas, no han echado la casa abajo!» O, seguro: «¡Qué rápido crecen nuestras niñas! ¿Te acuerdas de cuando empezaron juntas en el aula de 2 años?»

—«¿Y entraron de la manita en la clase?» Lagrimita uno, lagrimita dos —añadió Leti con los ojos en blanco—. Vale, llámala y díselo si quieres.

—Me dirá que por qué no has venido tú a casa —vaticinó Laia—. ¡Nos dirá que vayamos ahora!

—Entonces… llámala más tarde. —Resolvió, encogiéndose de hombros—. Cuando ya sea la hora de cenar, le dices que se me había olvidado contártelo, que ya tenemos la pizza en el horno… No nos hará ir.

—Puf, es capaz de venir ella.

—¡No fastidies! —Leti resopló, no quería que se torcieran sus planes—. ¿Es que no confía en ti?

—Si se lo hubiera contado, a lo mejor me dejaba. Pero hacerlo así a traición, no le va a gustar.

—Qué muermo tu madre, joder.

A Laia le extrañó que su amiga se lo tomara tan mal, estaba un poco rara.

—No es muermo. Es solo que… confía si me lo gano.

—Ya, te ve como una niña aún.

Leticia negó con la cabeza con gesto de fastidio. Sus pendientes de aro, nuevos y enormes, se balancearon por debajo de su corta melena rubia. Laia se preguntó por qué se había arreglado tanto para pasar la noche en casa con ella. ¿Se había pintado la raya del ojo? Nunca lo hacía.

—Estás más cerca de los catorce que de los trece —expuso su amiga, muy seria, y parpadeó repetidamente. Sí, se había pintado la raya azul oscuro, y sus ojos parecían de un azul más cristalino en contraste.

—Justo en medio —la corrigió ella.

Leticia entrecerró los párpados.

—¿Te quieres ir?

—No.

—Entonces, quédate. Y luego acepta el castigo si lo tienes. A veces… —sonó el timbre y la cara de Leti fue de la más pura inocencia— hay que arriesgarse.

Laia alzó una ceja, con la mosca detrás de la oreja.

—¿Esperas a alguien?

—No te enfades, porfi, porfi… —de pronto su voz se transformó en la de una niña de cinco años.

—¿Quién viene? ¿Has avisado a las demás? —Se refería a las otras cinco amigas de la cuadrilla—. ¿Vas a montar una fiesta? Joe, tía, el primer día que te dejan sola y la lías…

—Va a ser una fiesta muy pequeña —aseguró la otra—. Solo seremos… cuatro.

Cuando Laia acompañó a su amiga al telefonillo, vio a los dos chicos en la pantalla. El corazón se le subió a la garganta.

—¡Joe, Leticia! —Le dio un tirón de la camiseta—. ¿Por qué lo has

hecho?

—¿Es que no quieres estar un rato con tu novio?

—Raúl y yo no somos novios. No sé si él quiere. Hasta hace dos semanas pasaba cada finde con una tía distinta—. Los latidos de su corazón eran cada vez más veloces—. ¿O te ha dicho algo Unai? ¿Sabes algo que yo no sepa?

—Me ha dicho que su hermano seguro que estaba encantado de venir si iba a encontrarte aquí. Venga, no lo chafes. Es la primera vez que puedo decirle a Unai venga.

—¡Es que tendrías que haberme preguntado! Si tú querías estar sola con tu novio, habérmelo dicho y no venía.

—Pero ¿es que ya no quieres estar con Raúl? ¡Con la paliza que me diste desde que empecé a salir su hermano! Año y pico haciéndome interrogarlo para saber si iba en serio con esta o la otra. Y ahora que por fin os liáis, ¿ya no te interesa?

—Solo hace dos semanas que nos besamos, lo sabes de sobra. No hemos hablado de si somos algo más que amigos. Él ha estado siempre con tías de su edad, no sé qué piensa realmente sobre mí.

—Tranquila, todo va a ir bien. —La puerta se abrió de golpe—. ¿Chicos, traéis la cena?

Ya estaban en la casa, no había vuelta atrás. Laia no recordaba estar tan nerviosa en toda su vida, ni cuando Raúl la había besado hacía solo trece días. Solo lo había visto dos veces más, porque él no estudiaba ya en el colegio. Tenía dieciséis años y estaba en un instituto, en Bilbao. Aunque no se tardaba mucho desde Llodio, llegaba tarde y entre semana no habían quedado, solo habían hablado por Instagram. Y más allá de decirle que tenía ganas de verla cuando llegara el fin de semana, no había notado nada en sus palabras que le indicara que pensaba en ella a todas horas, como ella en él. En lo altísimo que era, en su piel tan morena en contraste

con la de ella, en cómo la miraban esos ojos negros tan grandes… Le gustaba hasta cómo andaba. Y su voz. Y cuando la había besado por primera vez, su primer beso de verdad, todo le había dado vueltas.

Y allí lo tenía, delante de ella, sonriéndole de forma más que sugerente. Había ido con su hermano hasta allí por ella, para darle una sorpresa. Su corazón bailó en su pecho y se olvidó de todo lo que no fuera él. Si su madre la castigaba después por ocultarle la verdad, asumiría las consecuencias, como había dicho Leti. A veces, había que arriesgarse. ¿O no?

***

Con un enorme bol de palomitas y una copa helada de vino blanco, Adriana se acomodó en el sofá y pulsó el botón del mando a distancia.

Un agradable escalofrío de expectación la recorrió de arriba abajo. Llevaba semanas esperando contar con un par de horas libres y a solas para poder ver aquella aclamada película de terror, ya que a su hija le daba auténtico pavor aquel género cinematográfico. Y como con trece años Laia cada vez prefería pasar más tiempo con sus amigas que con su madre, Adriana atesoraba cada minuto que podía disfrutar con su hija. Si veían la tele juntas, no iba a ser nada terrorífico, eso por descontado.

Ella ya escribía novelas de suspense y terror desde que se había reducido a la mitad la jornada como periodista en un diario local y le había dedicado la otra media a aquella pasión que era inventar sus propias historias. Y le iba francamente bien.

Que su exmarido nunca la hubiera apoyado en esa decisión, debería haber sido la primera señal de que las cosas ya no

funcionaban. Fueron muchas otras las que acabaron por hacerle pedir el divorcio, y principalmente una la que la había disuadido de hacerlo mucho antes. Pero que esa niña a la que pretendía proteger tratando de salvar un matrimonio con constantes discusiones, viera a su madre frustrada e infeliz día tras día, no podía ser mejor que, simplemente, asumir que la relación había tocado a su fin.

Ahora su hija parecía haberse adaptado a aquella nueva forma de vida. Creía que era feliz. Últimamente se la veía radiante. Adriana había temido que la preciosa sonrisa de su mayor tesoro nunca volviera a ser sincera. Pero lo era. Y nada más en el mundo, ni siquiera esas dos horas de escalofriante cine, podían hacerla sonreír tanto a ella misma.

El primer sobresalto fue del todo inesperado y muy disfrutado. Le chiflaba que una película empezara fuerte, así que la cosa prometía bastante. La tensión parecía ir en aumento, Adriana tenía puestos todos sus sentidos en la escena, hasta que un sonido externo, que por un momento se preguntó de dónde provenía, rompió la magia.

Se trataba del timbre de la puerta de abajo. Había sonado tres veces seguidas, lo que significaba que era Laia. Pero ella debería estar en pijama en la casa de su amiga Leticia. Además, ella misma se había asegurado de que se llevara las llaves. ¿Qué hacía tocando el timbre a las once de la noche?

Todas aquellas preguntas se las hizo en los escasos segundos que tardó en llegar al recibidor. Miró a su hija a través de la pantalla del telefonillo y descolgó el auricular.

—¿Laia? ¿Ha pasado algo?

—Abre, mamá —fue todo lo que ella dijo. Aunque su cara hablaba por sí sola, y eso que la calidad de la imagen era bastante regular.

En cuanto llegó a la puerta de casa, Adriana la inspeccionó en un rápido vistazo. Parecía estar bien físicamente. Pero su mirada

esquiva y el rictus de su boca eran demasiado reveladores.

—¿Dónde están tus cosas? ¿La chaqueta, la mochila… tus llaves? —La siguió hasta la cocina, donde su hija se sirvió un vaso de agua —. ¿Has llegado a entrar en casa de Leticia?

—Sí, he estado con ella —dijo entre sorbo y sorbo, sin mirarla—. Me he dejado todo allí.

—¿Por qué? ¿Ha habido un incendio y habéis tenido que salir corriendo?

—No, nada de eso. —Dejó el vaso en el fregadero y señaló la mesa donde solían desayunar juntas cada mañana—. Mejor nos sentamos.

Muda por el tropel de posibilidades que acudían a su mente, Adriana se sentó en su silla habitual a la vez que Laia hacia lo propio. La mujer no podía parar de analizar cada gesto, cada mueca, cómo los ojos verdes de su hija, tan parecidos a los suyos, se movían inquietos sin posarse en ningún punto; cómo se echaba el pelo largo castaño a la derecha y dos segundos después a la izquierda. Se estaba pensando mucho cómo decirle algo, o cuánto decirle de ese algo, y la preocupación amenazaba con hacerla gritar de un momento a otro. Pero se contuvo y esperó a que su hija sacara fuerzas para hablar.

—Te prometo que yo no sabía que Leti iba a estar sola en casa hasta mañana. Te lo habría dicho, mamá, y te habría intentado convencer de que me dejaras ir de todas formas. Me crees, ¿verdad?

La confusión de Adriana fue máxima por un escaso segundo. Después, lo vio claro.

—Ay, Dios. Ha montado una fiesta, ¿a que sí? Y los vecinos han llamado a la policía —concluyó, entre horrorizada y aliviada. Porque había creído que el asunto era mucho peor.

—No, no. Solo… ha invitado a su novio. Ya sabes quién es Unai, te

he hablado de él.

—Llevan cosa de un año juntos, ¿no? —recordó ella y reformuló su hipótesis de los acontecimientos—. Y que estuviera en la casa te ha hecho sentir excluida, por eso has preferido irte.

—Eh… Sí. —Laia valoró dejarlo así. Era una mentira a medias que justificaría perfectamente que no quisiera ver a Leticia nunca más.

—¿Tanto te has enfadado con ella que no has podido ni coger tus cosas? —indagó Adriana—. Ya es de noche, podrías haberme llamado y habría ido a buscarte. Aunque claro, ese chico habría salido de esa casa a la vez que tú, por supuesto —advirtió.

Aquello hizo que a Laia se le escapara una extraña risa nerviosa que, sin saber cómo, se acabó convirtiendo en llanto. Un llanto que fue en aumento hasta volverse desconsolado.

—Ay, cariño, no te preocupes. —Adriana le cogió de las manos y le dio un suave apretón—. Leti y tú lo arreglaréis. Es normal que cuando se empieza a salir con chicos no se tenga el mismo tiempo que antes para las amigas, es pura matemática. Hay que hallar la fórmula para compaginarlo todo y…

—No es eso. —Negó con la cabeza y sorbió por la nariz para poder hablar—. Sí, lloro un poco por Leti, porque me siento... traicionada —expresó con énfasis en la palabra—. Pero no es porque pase tiempo con Unai. Es que… es que…

—Tesoro. —Adriana le secó las lágrimas con caricias de sus manos sobre sus mejillas—. Sea lo que sea lo que ha pasado, puedes contármelo. Yo también he tenido tu edad, también he discutido con amigas, algunas veces lo hemos resuelto y otras… —Suspiró, recordando aquella época y lo grave que parecía todo, el fin del mundo incluso, cuando las cosas se torcían—. Otras veces se pierde esa amistad, por un tiempo o para siempre. Todo depende del problema en cuestión y de la profundidad de esa relación. Eso

podrás valorarlo tú cuando se te pase este disgusto y volváis a hablar.

—No creo que pueda perdonarla por esto. Tendría que haberse dado cuenta de que yo, de que no…

Cuando Laia comenzó a temblar, Adriana supo que la cosa era seria, mucho. Aquello no era una simple discusión de amigas.

—Laia, escúchame bien. Yo siempre voy a apoyarte, sea lo que sea lo que pase, estoy de tu lado. Pero si no me cuentas lo que ha ocurrido, no podré ayudarte.

—No hace falta que me ayudes, ya ha pasado. —Se secó ella misma los restos de las lágrimas y dio un largo suspiro—. Ya está. Lo he resuelto —aseguró y asintió varias veces, como si tratara de convencerse a sí misma—. Pero me siento… mal —soltó con voz algo estrangulada.

—¿Qué te hace sentirte mal?—preguntó con cautela Adriana.

Laia apretó los labios y miró cabizbaja a su madre.

—Te vas a enfadar.

—¿Por no me haberme llamado nada más saber que los padres de Leti no estaban?

—En parte. Pero sobre todo… por haberme quedado cuando ha venido Unai… con su hermano.

Lo único que cambió en la expresión de Adriana fue un leve movimiento de su ceja izquierda.

—¿Hermano?

—Tiene un hermano mayor, de dieciséis años, se llama Raúl.

Ninguna película de terror que jamás hubiera visto era comparable al miedo que se instaló en cada célula del cuerpo de Adriana tras aquellas palabras, sobre todo viendo cómo los ojos de su hija se humedecían y cómo se abrazaba a sí misma como si de pronto tuviera un frío atroz.

—¿Le conocías? —fue lo primero que Adriana precisó averiguar.

—Sí, desde hace más de un año. Me gustó desde el primer día que lo vi —confesó la joven alzando apenas la vista hacia el rostro de su madre—. Yo pensaba que no me haría caso, siempre lo veía con gente de su instituto, de su edad. Pero hace dos semanas, cuando fui de compras con las chicas a Bilbao, vino con Unai y otros amigos al Starbucks. Se sentaron con nosotras, él justo a mi lado, y estuvimos más de una hora hablando. Y a la salida… me besó.

—¿Tú querías? —Quizá la pregunta le salió un poco brusca, pero para Adriana era muy relevante.

—Sí, mamá. Yo también lo besé. Nos besamos los dos. Un rato —especificó y con eso creyó que era más que suficiente detalle—. Nos dejaron solos y luego me mandaron un mensaje para decirme dónde estaban. Volvimos a juntarnos todos y quedamos en vernos el siguiente finde. Pasó lo mismo, y durante la semana hemos hablado por Insta.

—Vale. —Adriana asintió y respiro con calma—. Hasta aquí todo bien. ¿No? Tú estabas contenta con cómo iba lo vuestro.

—Sí, mucho. Muchísimo. —Aunque, contradictoriamente, decirlo la puso triste.

Por eso la había visto tan radiante últimamente, comprendió Adriana. Solo que ya no había ni rastro de aquel brillo.

—¿Y qué ha pasado hoy?

—No me ha dado ni tiempo a decirle a Leti que no era buena idea dejarlos subir, han aparecido con una pizza, así que hemos cenado y luego hemos puesto una peli. Nos hemos sentado en sitios diferentes, yo sola con Raúl en el sofá grande, pero Leti y Unai en un sillón más pequeño y…, bueno, estaban tan juntos que enseguida han empezado a besarse y al final… han preferido irse a su cuarto.

—Madre mía. —Adriana se tapó la boca. No quería juzgar, ni reñir,

ni nada que pudiera hacer que Laia se sintiera cohibida de contarle lo que aún tenía que contar—. Perdón, cariño, eso es asunto de Leti y yo no soy su madre, pero te lo voy a preguntar igualmente. ¿Era la primera vez?

—Nunca habían estado solos en su casa. Ella tampoco en la de él. Si me preguntas si lo han hecho antes de esta noche, sé que no. Pero hoy…, no lo puedo saber, y me da igual —añadió con un puchero que trataba de mostrar una indiferencia que en el fondo sabía que no sentía.

—Vale, no insistiré en eso. Voy a preguntarte lo que realmente me preocupa. ¿Qué ha pasado en el salón cuando os habéis quedado solos?

—Pues… nos hemos besado.

—¿Tú querías en ese momento?

—Sí, mamá —aclaró con tono entre irritado y cansado—. Me gusta mucho. Estoy loquita por él, pero no esperaba que…

—¿Qué intentara algo más que besarte? —Adriana se dio de tortas mentalmente por terminar las frases de su hija. «Déjala a ella, no la interrumpas».

—Al principio me ha parecido bien —aclaró de inmediato, con los ojos muy abiertos. Luego se ruborizó y miró a su madre de forma menos directa—.Yo había fantaseado un poco con eso. No te sorprenderá, tú misma me has contado más de una vez que es lo normal con las hormonas de la pubertad y todo eso.

—Me alegra que me escuches cuando te doy una charla de madre —trató de bromear Adriana para que su hija soltara un poco de la tensión que crispaba sus manos.

—Las caricias del principio han estado bien, eran suaves, me hacían sentir cosas, no sé, bonitas. Dulces —trató de definir—. Pero luego han dejado de gustarme y se lo he dicho.

—Bien hecho —alabó sin poder evitarlo. Esas dos sencillas palabras lograron que Laia dejara de apretar una mano contra la otra—. ¿Le has dicho: «Para, eso no me gusta?»

—No. Le he pedido que no me tocara por debajo de la ropa.

Adriana tragó saliva y por un instante deseó que el bebé que una vez fue Laia se hubiera quedado así para siempre, siendo una muñequita que solo quería estar con su mamá. Pero la vida de una madre era esto, ver crecer a tus hijos y pasar por etapas como la temida adolescencia. Y ella podía sentirse afortunada, su hija estaba confiando en ella. Ahora tocaba estar a la altura de esa confianza.

—¿Y qué ha respondido Raúl a ese claro y totalmente legítimo límite que le has puesto?

Laia volvió a retorcerse los dedos de las manos.

—Me he preguntado cómo íbamos a hacerlo si no me quitaba la ropa. Entonces le he apartado de encima y me he levantado. —Lo hizo también en ese momento, se puso de pie y comenzó a gesticular como si escenificara de nuevo lo vivido. Adriana no se movió ni un milímetro—. Le he dicho que no lo íbamos a hacer. Que era pronto, que llevamos dos semanas juntos y que allí, en casa de mi amiga, con ella y su hermano en la habitación de al lado… no. No es lo que quiero para cuando pase eso.

»¡Y entonces se ha reído! Se ha reído como un idiota y ha empezado a decirme: «Ay, Laia, Laia…» con un tono así, como de un profesor cuando te da un examen que has suspendido. Me ha abrazo y ha vuelto a besarme, pero yo le he apartado. Entonces se ha quedado con la boca abierta, como un bobo, y me ha dicho con tonito como de superioridad: «¿Eres una mujer o una niña pequeña?»

—Intentaba manipularte —sentenció Adriana, muy seria.

—Lo sé. ¡Jo, mamá! Lo sé, claro que lo sé. Me has dado también

esa charla no sé cuantas veces, y no soy una tonta. ¡No lo soy! Eso le he dicho. «Mira, Raúl, no me trates como si fuera tonta. Soy todo lo mujer que puedo ser con trece años. Y si no eres capaz de entenderlo, aquí el único tonto y el único niñato eres tú»

—¿Niñato? —Adriana contuvo la sonrisa que se le dibujaba en la cara en cuanto oyó el apelativo—. Muy apropiado —se lamentó finalmente.

—No sé si me ha venido justo esa palabra porque te oí más de una vez llamársela a papa, creo que en ese momento ni lo he pensado, me ha salido tal cual —aclaró—. Y como después me han entrado ganas de llorar y no quería que me viera hacerlo, me he marchado corriendo y sin mirar atrás. Me he dejado todas mis cosas allí —terminó de explicar y se dejó caer de nuevo en la silla, como si soltar todo aquello del tirón la hubiera dejado agotada.

—Eso da igual. Solo son cosas. Tú eres lo importante, tesoro. Has salido lo más rápido que has podido de un lugar donde no te sentías bien, no te sentías a salvo.

—Estaba incómoda, también algo asustada. Aunque tampoco es que estuviéramos solos, solos. No creo que después de decirle que no quería seguir él hubiera insistido más. Creo que no es de esos, aunque tampoco esperaba que hiciera lo que ha hecho…. Ya no sé qué pensar. —Se frotó la cara con fuerza—. Solo sé que siento mucha rabia y decepción porque yo... ¡Me había enamorado de él, mamá! —Se echó a llorar de nuevo y buscó el consuelo de su madre, quien la recibió con los brazos abiertos—. Es el primer chico por el que he sentido algo así y ha resultado ser…

—¿Diferente a lo que esperabas?

—Mucho.

—Tal vez lo habías idealizado, pasa más a menudo de lo que crees. No eres la primera ni serás la última chica que se lleva un

batacazo después de conocer de verdad a quien creía ideal.

—Pues duele mucho.

—Oh, sí, tesoro, pero pasará.

—Eso no puedes saberlo.

—Bueno, yo también lo he vivido, cariño, me han roto el corazón, me he enamorado y desenamorado. Y además lo he visto con mis amigos cientos de veces. Pasará, te lo prometo, con el tiempo o porque otro amor ocupe su lugar.

Laia resopló contra el hombro de su madre.

—No, no pienso volver a enamorarme nunca.

—¿En serio? Pues no sabes lo que te pierdes.

—¿Y tú me dices eso? —Se incorporó de golpe para buscar su mirada—. Mamá… ¡Si tú te has divorciado de papá! No me digas que aún crees en el amor.

—Por supuesto. Que hayamos acabado separados no implica que hubiera preferido no haber estado con tu padre nunca. Tuvimos nuestros buenos años, muy buenos. Tu padre fue un buen compañero hasta que dejó de serlo. No evolucionamos al mismo ritmo. Él, de algún modo, se estancó en los veinte muchos, los treinta no eran para él. Mucho menos los cuarenta. Se negaba a avanzar y eso nos creaba muchos problemas. De ahí que yo lo llamara niñato, esperando que tú no nos oyeras, claro. En fin, esas son cosas que ya te expliqué cuando tomé la decisión.

»Lo que debes tener en cuenta es que renunciar a la experiencia de enamorarte de quien sí lo merezca no es la solución para evitar que te rompan el corazón de nuevo.

—Ahora mismo no quiero saber nada de chicos —sentenció la joven.

—Por supuesto, te puedes tomar todo el tiempo que creas necesario. Tienes toda la vida por delante. Pero que una mala

experiencia con el chico equivocado no te impida conocer al adecuado.

El teléfono fijo sonó. Ambas se incorporaron y pudieron leer en la pantalla que era el número de la casa de Leticia.

—No lo cojas —indicó Laia.

—Claro que lo voy a coger. Estará preocupada.

—No quiero ponerme. No puedo hablar con ella ahora.

—Entonces, hablaré yo.

Laia salió de la cocina como un rayo y fue directa hasta su habitación.

Cuando su madre fue a buscarla varios minutos después, ya estaba en pijama y metida en la cama.

—¿Quieres un vaso de leche o alguna otra cosa?

—No tengo hambre. —Miró a su madre, que se había quedado callada, como esperando que fuera ella quien dijera algo—. ¿No me vas a contar lo que has hablado con Leti?

—Pensaba que te daba igual —se justificó con media sonrisa Adriana—. Como tú no queráis hablar con ella…

—¡No me da igual! ¿Le has dicho que te lo he contado todo?

—A ver, le he dicho muchas cosas. Entre ellas, que no hará falta que hable con sus padres sobre esto porque va a ser ella misma la que les cuente lo que ha pasado.

—¿Y ha aceptado?

—No le queda otra. Mejor que lo sepan por ella que por mí, ¿no crees? —Laia asintió en silencio. No quería que su mejor amiga tuviera problema con sus padres pero… ¡qué narices! Ella se lo había buscado, ella era la que le había hecho la encerrona, la que le había ocultado la verdad. Las mejores amigas no se hacían lo que ella le había hecho—. También le he dicho el motivo por el que te has ido sin decir nada, y entonces ha empezado gritarle a Raúl. Le ha

llamado mentiroso y le ha pedido a Unai que se llevara a su hermano de su casa porque si no igual le acababa arrancando el pelo de cuajo.

—¿Eso ha dicho? —Laia no pudo evitar sonreír por la ocurrencia.

—Sí. Al parecer, han oído el portazo que has dado y han salido del dormitorio. Raúl solo les ha dicho que te habías ido porque habíais discutido, sin explicar en absoluto por qué. Cuando ella te ha llamado al móvil, ha sonado en su casa, así que se ha dado cuenta de que te habías dejado todas las cosas. Les ha hecho a los dos salir a buscarte mientras esperaba a que se te pasara el cabreo y volvieras. Pero como han sido ellos los que han vuelto sin ti, al final se ha decidido a llamar. Estaba preocupada.

»Y avergonzada. Se le notaba en la voz —indicó Adriana—. Me ha pedido por favor que la llames, y que la perdones. Porque no creía que fuera a pasar nada que te hiciera sentir mal.

—¿Le has dicho lo que él…?

—Le he dicho que dejaros a solas ha dado pie a que él tratara de engatusarte para hacer algo que tú no querías. Pero que como eres una chica lista y segura de ti misma, has decidido que marcharte era la mejor opción. No ha hecho falta más.

—Vale.

Por el momento, con aquella explicación pareció conformarse.

—¿Seguro que no quieres llamarla?

—Ahora no tengo fuerzas, mamá.

—Vale, entonces duerme.

—Tampoco tengo sueño. No creo que pueda quitarme todo este asunto de la cabeza.

—¿Y si lees un rato? Te distraerá.

—Justo ayer acabé la novela que estaba leyendo.

—¡Pues será por libros en esta casa! —exclamó Adriana.

—Pero la idea es que la lectura me ayude a conciliar el sueño, no que me lo quite por completo —bromeó Laia, en alusión al género que escribía y que a menudo también leía su madre.

—Oye, que en mis estantes hay un poco de todo —aclaró y de pronto cierta idea se abrió paso en su mente—. De hecho, en un rinconcito de mi biblioteca particular, tengo algo muy especial que puede que te venga como anillo al dedo ahora mismo.

Laia vio salir a su madre del dormitorio y no tardar en volver con una especie de cuaderno en la mano. Se sentó en el borde de la cama y se lo tendió. Era algo viejo pero muy bonito, tenía un ramo de flores amarillas y azules en la portada, no parecía un cuaderno sin más.

—¿Es un diario?

—Sí y no.

—¿Y eso cómo puede ser?

—Ya lo descubrirás tú misma. Te lo dejo y, si te apetece, lees un poco antes de dormir.

—Pero ¿lo has escrito tú?

—Sí, a los catorce años. Ya sabes que empecé a escribir desde muy pequeña, aunque esto es lo primero que no fue un relato corto. Lo hice en un par de días al volver de mi primer campamento de verano, con mi propio estilo, como una especie de cuento real.

Laia le dio un par de vueltas sin decidirse a abrirlo aún.

—Entonces, si es como un cuento, ¿podrías leérmelo tú? —solicitó con sonrisa inocente, parecía que le diera vergüenza pedírselo—. Como cuando me leías de pequeña antes de dormir.

La idea emocionó a Adriana. ¿Cómo negarle algo así?

—Si tú quieres…

—Ahora me siento un poco como cuando era pequeña y me entraban miedos a la hora de acostarme. Léeme en alto, mamá, por

favor.

—Claro, cariño, por supuesto.

Se sentó junto a ella apoyada en el cabecero y abrió el cuaderno con delicadeza.

—¡Dibujase el título tú misma! —observó Laia, admirando las letras dobles y sinuosas coloreadas en verde y violeta—. «Santa Cruz de Campezo. Del 2 al 15 de julio». Un poco raro como título para un cuento.

—Bueno, tiene formato de cuento pero, en el fondo, es un diario. Y ese es el periodo de tiempo que narro. Las dos semanas que duró mi primer campamento de verano, en el que conocí a mi primer amor.

Laia abrió la boca por la sorpresa, pero después frunció el ceño, confusa.

—Pero ¿no conociste a papá en tu primer año de universidad?

—Sí.

—Entonces…

—¿Quién dice que tu padre fuera mi primer amor? —La cara de Laia fue un poema. Pero el siguiente dato la dejó completamente noqueada—. Ni siquiera perdí con él la virginidad, aunque tampoco pasó con Marcos. Fue… a ver… —calculó, meditabunda— dos chicos después de él, justo el anterior a tu padre.

¿Cómo? ¿Tres chicos antes que su padre? Jamás lo hubiera imaginado, aunque, claro, es que nunca se lo había contado. ¡Había dado por hecho que su padre era el primero y el único en todo, sobre todo en… eso!

—¿Perdiste la virginidad antes de ir a la universidad?

—El verano anterior, poco antes de cumplir los dieciocho. Pero esa es otra historia que te contaré más adelante, si tú quieres.

—Sí, mejor otro día. —Los carrillos de Laia se encendieron—. Así

que tu primer amor se llamaba Marcos.

—Marcos Magaña.

—¿Era guapo? —se lo preguntó como lo habría hecho con cualquiera de sus amigas. Y la idea le hizo gracia.

—Mucho. Pero eso no era lo mejor de él. Había muchos chicos guapos que no llamaban mi atención. Marcos tenía algo diferente, un encanto especial y único. ¡Dios! Aún suspiro cuando lo recuerdo. —Y lo hizo.

—Pues deja se suspirar y empieza a leer —la urgió su hija con cara de póker.

Con una carcajada, Adriana pasó a la segunda página y comenzó su lectura.

1

Preparativos

—Rápido, mamá, ¡que voy a perder el autobús!

Mi madre no parecía tener ninguna prisa cuando comenzó a prepararme otro bocadillo. Era ya el tercero. Menos mal que siempre se podía contar con el insaciable apetito de algunos de mis compañeros. A menudo bromeábamos sobre los agujeros negros que habitaban en sus estómagos, pues nunca tirábamos ni un trozo de pan cuando íbamos de excursión. Ellos se encargaban de que algunos no tuviéramos que reventar a causa del pánico que nuestros padres tenían a que muriéramos de hambre en un solo día.

—Tranquila Adriana, que aún falta más de media hora. Además, ¡cómo se van a marchar sin ti!

Mi madre intentaba aparentar estar tranquila, pero su mirada ojerosa le delataba: no había dormido en toda la noche, y era de entender, pues por primera vez su pequeña Adriana iba a pasar fuera de casa catorce días y, por si fuera poco, iba a dormir en una tienda de campaña, sin duda una actividad de alto riesgo…

—Recuerda tu primera salida de fin de semana, había mucho

tráfico y llegamos casi veinte minutos tarde. Aun así, ahí estaban todos esperándote.

—Sí mamá, como para olvidarlo. Mi primera salida y llego tarde. ¿No querrás que vuelva a dar la nota y llegue tarde también a mi primer campamento, verdad? No tienes que preparar comida para las dos semanas, solo un bocadillo para el mediodía de hoy.

—No seas así con tu madre, Adriana, con lo mal que comes seguro que tres bocadillos son pocos. Dudo que te acostumbres a la comida del campamento en menos de un día. Toma, llévate también un par de manzanas, estos plátanos y… ¿nos quedan zumos?

Mi padre tampoco había dormido mucho, cosa que esperaba, pero que se pusiera de parte de mi madre en su propósito de cebarme no solo me sorprendió sino que me crispó bastante.

—Ya veo lo que confiáis en mí. Ya casi tengo catorce años y he ido tres fines de semana de salida con el grupo. ¿Acaso os han dicho los monitores que haya comido mal? Lo dudo, porque no ha sido así.

—Si al final vas a comer mejor fuera que en casa. —La voz de mi madre tenía un tono de reproche. Deduje que este comentario no era adecuado para los instantes previos a estar separada de ella tantos días.

—No mamá, tampoco es eso. Tú cocinas muy bien, pero hay cosas que no me gustan mucho y prefiero comer otras. Cuando estoy fuera, tengo que comer lo que me dan.

—Voy a tener que empezar a hacer yo eso. —Esperé que mi madre se estuviera echando un farol.

—Muy bien, ¿y qué hay respecto a lo que yo cocino? —Mi padre intentó usar el mismo tono de reproche que mi madre, pero se le escapó una risilla mientras finalmente metía en mi mochila solo dos piezas de fruta.

—Sobre eso, papá, no hablaré si no es en presencia de mi

abogado.

Los tres nos reímos. Mi padre planchaba mil veces mejor que cocinaba, aunque las camisas nos las dejaba a mi madre o a mí, ya que según él, sus manos eran demasiado grandes para algo tan delicado. Valiente excusa.

Las risas despertaron a mi hermano, cosa que en el fondo me alegró porque no quería irme sin despedirme de él y pellizcar esos papotes sonrosados que tanto me iba a costar no besar en catorce días.

—Tata, ¿ya te *vá*?

—Sí, Sergio. ¿No me vas a dar un abrazo?

El rubiales de tres años se acercó a mí corriendo mientras caían unas lagrimillas de sus ojitos aún entrecerrados.

—No llores, tontorrón, que vuelvo enseguida. Casi no te vas a dar cuanta de que me he ido.

—*Quieo i cotigo*, te *pueo ayuá* con la *mosila*.

—Pero si vienes conmigo, ¿quién va a cuidar de papá y mamá? Uno de nosotros tiene que estar aquí.

Sergio me abrazó más fuerte y esta vez la que lloró fui yo, algo que me había jurado a mí misma que no haría.

—Anda, tesoro, vamos a vestirte para llevar a la tata al autobús.

Mi padre se llevó a mi hermano al cuarto mientras yo me secaba los ojos, intentado que mi madre no me viera llorar. Demasiado tarde.

—Ay, hija, no te avergüences de llorar, es una forma más de mostrar los sentimientos. —Me dio en beso en la frente y yo la abracé lo más fuerte que pude; mejor ahora que delante de todos mis compañeros, ¡qué vergüenza, como si tuviera cinco años!

Bueno, la verdad es que sí que estaba un poco asustada o tal vez nerviosa. Sí, las dos cosas. Era algo nuevo para mí, pero iba con

muchos amigos y conocía a casi todos los monitores, seguro que nos lo íbamos a pasar genial. Esa idea me relajó un poco el estómago, tenso desde que la tarde anterior había metido todo en la mochila.

El olor a nuevo del saco de dormir y la esterilla, la cantimplora, una gorra blanca que probablemente acabaría siendo marrón y algunas prendas de ropa más me hacían recordar al primer día de clase, al olor de los libros y cuadernos sin estrenar.

Pero esos nervios eran más parecidos a los de la época de exámenes finales que, por suerte, ya habían acabado. Ahora tenía todo el verano por delante para disfrutar. Para empezar, tenía estas dos semanas con mis amigos y, aunque nadie lo supiera, con el chico que me gustaba desde hacía unos meses. Al pensar en él, recordé lo que me dijo el día de la fiesta de fin de curso, cuando se enteró de que me había apuntado al campamento: «Vaya, por fin te has decidido, ya no tendré que intentar convencerte».

Cogimos las cosas mientras repasábamos la lista de lo que tenía que llevar. Me puse la mochila grande a la espalda y mi madre insistió en llevar la pequeña, que ya no parecía tan pequeña con toda aquella comida dentro. Mi padre bajó con mi hermano en brazos hasta el coche y nos dirigimos a la estación de autobuses. Crucé los dedos para que esta vez no hubiera mucho tráfico.

2

Asientos

Mi reloj nuevo marcaba las nueve y tres minutos cuando llegamos a la estación. Era un regalo de cumpleaños que mi padre me había hecho por adelantado.

«Ya que no vas a estar en casa el día de tu cumpleaños, aquí tienes mi regalo. Además te será muy útil en el campamento.»

Era un reloj sumergible, con brújula y alguna cosa más que aún no había aprendido a usar. Le convencí para que se limitara a comprarme el reloj, porque el día que fuimos a ajustarle la correa vi cómo le echaba el ojo a una navaja suiza y a unos prismáticos del escaparate.

«Papá, que no me voy de safari a África», le recordé antes de que me equipara como a Lara Croft en *Tomb Raider*.

Salí del coche como una bala y cogí mis dos mochilas, una en cada hombro, por lo que iba descompensada y dando tumbos mientras corría hacia la nube de gorras de colores que se agolpaban frente al autobús. Ya habían abierto las puertas del maletero y el chófer trataba de indicar sin éxito dónde colocar el equipaje.

Finalmente, uno de los monitores que yo aún no conocía organizó una fila y las mochilas dejaron de caerse por el otro lateral del autobús.

—Hola, Adri, pensaba que ya no llegabas.

—Ya ves Marta, yo siempre la última —reconocí ante mi mejor amiga, quien ya estaba acostumbrada a mi falta de puntualidad. Era la anterior a mí en la fila, por lo que supuse que ella tampoco había llegado hoy la primera.

—Espero que podamos sentarnos juntas, pero si entramos las últimas dudo que sea posible.

Marta tenía razón, probablemente tendríamos que sentarnos con otros compañeros. Empecé a ponerme nerviosa, no tanto por tener que sentarme con alguno de los más mayores, a los que apenas conocía, o con alguno de los más pequeños que, aunque sí les conocía de otras actividades, eran eso: los *peques*. Mis nervios eran causados por la posibilidad de tener que sentarme irremediablemente con él. ¿De qué íbamos a hablar durante las tres horas de viaje? ¿Cómo iba a explicarle el rubor continuo de mis mejillas cada vez que me dirigiera la palabra? Era una posibilidad remota, de entre más de cincuenta asientos solo iba a estar libre uno junto a Marcos, pero era una posibilidad al fin y al cabo.

Marcos y Andrés eran inseparables desde pequeños, recuerdo verlos en el colegio y también en el barrio jugando, mucho antes de saber sus nombres, mucho antes de apuntarme con Marta a *Preas* (abreviatura de Preadolescentes), el grupo de tiempo libre de la parroquia, y verlos en los locales cada semana, mucho antes de que Marcos empezara a llamar mi atención.

Pero Andrés había repetido curso el año anterior y desde que

entró en mi clase empezó a llevarse bien con Carlos, casi tan bien como con Marcos. Los tres iban juntos pero a mi me daba la impresión de que Marcos y Carlos solo se relacionaban por su amigo común. La verdad es que eran muy diferentes en todos los aspectos.

Que uno de los tres tuviera que sentarse aparte dejaba abierta esa terrorífica posibilidad que me rondaba la mente, así que crucé los dedos para que hubieran llegado los primeros y se hubieran ido a los asientos del final del autobús, donde cabrían los tres juntos.

Cuando por fin nos llegó el turno a Marta y a mí de meter las mochilas, vi las caras de enfado de mis padres junto al maletero.

—¿Acaso pensabas subir al autobús sin despedirte de tu familia?

—Bueno, en lo que realmente pensaba era en llegar a subir al autobús —respondí a mi madre con tono afligido a la vez que mi padre me quitaba la mochila para meterla a presión sobre todas las demás. Después hizo amago de abrazarme, pero finalmente solo me agarró de un hombro y me dio un beso en la frente, cosa que agradecí: no quería volver a llorar.

Besé a mi madre y a mi hermano, quien dormía como un angelito, y corrí hacia las escaleras del autobús donde Marta me esperaba impaciente.

—¡Pásalo bien, hija, y cuídate! —gritó mi padre.

—Échate la crema en cuanto veas que sale el sol, no esperes a estar roja —oí a mi madre mientras las puertas se cerraban detrás de mí.

El pasillo estaba lleno de gente y era imposible ver qué asientos estaban ocupados. Los monitores hacían recuento como podían.

—A ver chicos, hasta que nos os sentéis todos no podemos ver si falta alguien por venir. —La sosegada voz de David, el monitor de los más pequeños, apenas se oía entre aquellos gritos. La gente estaba revolucionada, como si nunca hubieran salido de casa. Algunos

empezaron a sentarse, pero otros seguían dejando bultos en la parte superior, hablando en corrillos o saludando por las ventanas.

—¡¿Queréis hacer el favor de sentaros de una vez?! —La voz de David sonó algo menos paciente esta vez. Los que quedaban de pie obedecieron en pocos segundos, excepto Marta y yo, que aún buscábamos dos asientos.

—¿Y vosotras por qué os quedáis aquí paradas?— nos preguntó Laura, nuestra monitora durante ese curso.

—No sabíamos qué asientos estaban libres, y nos gustaría poder ir juntas —dijo Marta, intentando ser persuasiva con su cara de buena chica.

—Voy a echar un vistazo, creo que por atrás había alguno libre.

Laura atravesó el pasillo esquivando al resto de monitores y enseguida oímos cómo nos nombraba con un tono burlón que no llegué a entender.

—Marta, Adriana… —La gente de alrededor se incorporó para mirarnos —…tenéis sitio juntas en los últimos asientos.

Marta me cogió de la mano y tuvo que arrastrarme hasta el final del autobús, pues yo me quedé petrificada en cuanto oí a Laura. Miré al suelo durante los escasos segundos que tardamos en atravesar el pasillo, no quería ver quién se sentaba al fondo. Había rogado que ciertas personas estuvieran allí, y mis absurdas plegarias podrían haber sido escuchadas. Lo pude comprobar en cuanto tuve el valor suficiente para levantar la vista.

Allí estaban los tres, en pantalón corto y camiseta azul, como si se hubieran puesto de acuerdo. Pero a pesar de vestir igual, no se parecían en nada. En un microsegundo pude distinguir el rostro del que estaba sentado en el asiento central, por lo que driblé a Marta antes de que pudiera reaccionar y me senté junto a la ventana, apoyando mi mochila pequeña en las rodillas. No podía perder

tiempo dejándola arriba.

—Hola chicos, qué conjuntados venís ¿no?, luego decís de nosotras. —Marta se reía mientras los examinaba uno a uno. Ellos, que aún estaban observándome, estupefactos ante la increíble velocidad de mi llegada, se miraron y se rieron también. Ni siquiera se habían dado cuenta de la coincidencia.

—Marta, tú siempre tan observadora —refunfuñó Andrés, que se sentaba entre los otros dos—. De lo que no te has dado cuenta es de mi corte de pelo.

—Oh, claro que me he dado cuenta de que has perdido esos caracolillos negros tan graciosos que acostumbras a llevar.

Andrés no pareció entender la broma, o más bien la indirecta. A Marta le gustaba Andrés desde que llegó a nuestra clase, me lo había confesado hacía poco, y nunca se cortaba de echarle piropos camuflados a diestro y siniestro. Pero tal vez su forma de ser era demasiado sutil para un chico tan claro y sencillo como Andrés.

—¿Qué tenían de graciosos mis rizos? —les pregunto extrañado a sus compañeros, que se encogieron de hombros a la vez que se miraron y rieron de nuevo. Marta era única para romper el hielo.

Aún no se había sentado y me pregunté a qué esperaba. Estaba ahí de pie, hablando con ellos mientras yo miraba por la ventana para ser menos consciente del escaso espacio que me separaba de Marcos. El espacio que debía ocupar Marta antes de que me diera una taquicardia.

—Perdona, Adri, sabes que me mareo un montón y encima nos toca ponernos atrás del todo, donde se notan más los baches. ¿Te importa cederme la ventanilla?

Se hizo un silencio. Marta actuaba de lo más normal, dejando su mochila en el estante superior y esperando sin dudar mi respuesta afirmativa. Pero yo estaba muda. Los tres chicos parecían aguardar

algún tipo de reacción por mi parte.

—Trae, anda, que te dejo esto arriba. —Marcos se levantó y cogió mi mochila para guardarla—. No me extraña que no te puedas mover ¿qué llevas aquí, piedras?

Dejé espacio para que Marta pasara a mi asiento y me senté junto al de Marcos, que estaba de pie intentando encajar mi mochila en algún hueco. Respondí de carrerilla, como si lo tuviera memorizado.

—No, es sobre todo la comida. Mi madre es un poco exagerada y siempre me prepara de más, eso es todo. Espero que alguien se quede con hambre y me ayude a acabar con todos los bocatas.

Eché un vistazo a Carlos y a Andrés, que ya se estaban frotando el estómago. Sabía que Carlos comía por tres porque había venido con nosotras a varias excursiones, pero que Andrés fuera como él me sorprendió bastante, era delgado como un galgo y no demasiado alto. En cambio Carlos era corpulento y algo rellenito. Agradecí poder hablar de algo con ellos dos, aunque solo fuera de comida. La remota posibilidad de tener que sentarme irremediablemente junto a Marcos se había convertido en certeza, y lo que ahora me aterrorizaba era no ser capaz de hablarle de algo interesante o, por lo menos, coherente.

—Esa es la lección número uno de la escuela de madres, «¿para qué preparar comida solo para tu hijo pudiendo hacerlo para todos sus compañeros?» —concluyó Marcos con una sonrisa radiante. Se sentó y me miró fijamente, esperando mi aprobación ante aquella frase. Yo ni me moví—. Es una broma, Adriana. Tía, hoy parece que estás dormida. ¡Reacciona! ¡Que nos vamos de campamento! Catorce días de libertad, sin padres, sin clases, en plena naturaleza, con los colegas… ¿Qué más se puede pedir?

Me quedé embobada mirando cómo le había cambiado la expresión de la cara al describir lo que nos esperaba.

Definitivamente era alguien especial.

—La verdad es que aún no me he hecho a la idea. Por mucho que me han contado cosas sobre otros campamentos, creo que hasta que no lo viva yo misma no voy a entender esa experiencia de la que todos habláis tan bien.

—Pues menos mal que ya lo habías decidido por tu cuenta. Mis argumentos para convencerte de que vinieras se limitaban a lo que te acabo de describir, y veo que no habría sido suficiente.

Me guiñó un ojo. Agradecí estar sentada, porque mis rodillas temblaron y sin duda me habría caído si hubiera estado de pie. Me vi obligada a responderle.

—Bueno, lo que me acabas de describir suena suficientemente bien como para decidirse a venir. Lo que quiero decir es que, por mucho que me contéis sobre lo que habéis vivido vosotros otros años, vivirlo yo misma va a ser lo interesante de verdad.

Me quedé alucinada de haber dicho todo aquello sin ser apenas consciente de estar hablando. Marcos me dedicó otra gran sonrisa.

—Y tanto. Estas dos semanas van a ser inolvidables.

El autobús arrancó y los cuarenta y nueve pasajeros, monitores incluidos, gritamos al unísono, dando palmas y vitoreando el comienzo de nuestras esperadas vacaciones.

Marta me cogió fuerte de la mano, lo que me hizo recordar que estaba ahí, por unos segundos lo había olvidado.

—Adri, ya verás, lo vamos a pasar genial.

—Ni lo dudéis —puntualizó Marcos, de forma que sonó más a promesa que a simple observación, y volvió a silbar junto a sus dos amigos.

3

El viaje

Los gritos no se acallaron hasta que nos incorporamos a la autopista, siendo sustituidos por varios murmullos producidos por las diferentes conversaciones. De fondo, una suave música sin letra encubría el sonido del motor. Marta se recostó ligeramente y apoyó un poco su cabeza en mi brazo derecho.

—Voy a intentar dormir. Cuanto menos tiempo esté despierta, menos probabilidades tendré de marearme. Si te aplasto con mi cabezón, me das un meneo, que no te dé pena despertarme ¿vale?

—No te preocupes, todo sea porque no te marees —le dije comprensivamente, pero le seguí la broma—. Es preferible sufrir un aplastamiento a que vomites.

—¡Ya te digo! Pero si ves que empiezo a suspirar y a tragar saliva, por favor, vuela a por una bolsa del mareo.

—Sí, sí, entendido.

Marta se iba a quedar dormida, o por lo menos iba a intentarlo. Tal vez yo debería hacer lo mismo, pero me costaba mucho dormir en los viajes y era bastante mala haciéndome la dormida. No iba a

tener más remedio que mantener una conversación y Marta no iba a estar consciente para iniciarla. Me subí un poco la gorra cuando noté brotar unas gotas de sudor en mi frente. Cerré los ojos, respiré hondo y las sequé con el dorso de mi mano. De pronto, la gorra estaba tapándome media cara y dos suaves golpecitos en mi cabeza me hicieron salir de aquel ensimismamiento.

—Vaya, qué lástima de gorra, va a volver marrón. ¿No crees que tendrías que haber traído una de un color más sufrido?

Marcos había decidido romper el hielo, y lo iba a hacer vacilándome. Aunque tampoco había dicho nada que no fuera cierto. Le seguí la corriente.

—Eso mismo pensé yo mientras hacía ayer la mochila, pero no lo pensé cuando la compré. Era la que más me gustaba y en ese momento no vi las consecuencias de llevar una gorra blanca de campamento.

—Es el segundo de tus errores como novata que eres, pero no te preocupes, es normal.

Carlos y Andrés, que estaban hablando con los dos chicos mayores que se sentaban delante de ellos, se giraron al oír a Marcos. Había algo que yo me había perdido.

—¿Cómo que el segundo de mis errores? ¿Ha habido un primero y no me he enterado?

Los otros chicos se echaron a reír y el pánico volvió a hacer que me sudara la frente. Me quité la gorra y me abaniqué con ella sin pensar lo que hacía.

—No te asustes —se carcajeó Marcos al ver mi reacción—. No has hecho nada malo. Tu primer error, y el de tu amiga, ha sido sentaros aquí.

No podía creer lo que acababa de oír. Noté cómo Marta respiraba acompasadamente en mi brazo. ¿Cómo podía haberse dormido tan

rápido? Si no hubiera estado dormida me habría levantado y la habría arrastrado hasta otros asientos, cualquier otro lugar sería mejor que estar donde no nos querían. Pero si era así, ¿por qué estaba hablando conmigo? ¿Por qué me había ayudado a guardar la mochila? ¿Por qué había dicho, ya por segunda vez, que tenía intención de convencerme para que viniera? No entendía nada y una sensación de tristeza llenó mi estómago. Parecía que me había equivocado con él, no era como yo había pensado. El malestar se reflejó también en mi cara porque Marcos lo notó enseguida.

—¿Estás bien? Te has puesto pálida. ¿Te estás mareando? Pensaba que era Marta la propensa a vomitar.

—No, no estoy mareada —respondí sin mirarle.

—Entonces, ¿por qué esa cara?

No le respondí. La chica que se sentaba delante de Marta se giró y se puso de rodillas mirando hacia atrás. Nos observó durante unos segundos. Yo la conocía de vista pero no sabía su nombre. Era del grupo de los más mayores y, la verdad, ni siquiera me había dado cuenta hasta ese momento de quién se sentaba delante nuestro. La chica señaló a Marcos con el dedo índice y, moviendo la cabeza de izquierda a derecha, le habló en tono de reproche.

—Marcos, desde luego, eres muy poco delicado.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho?

—No es lo que has hecho, sino lo que has dicho.

Marcos la miró estupefacto, se encogió de hombros y me volvió a mirar.

—No sé qué habré dicho pero, si te ha sentado mal, lo siento. Eso sí, me gustaría que alguien me lo explicara.

La chica que se sentaba delante de mí se giró como su compañera. Supuse que era otra de las más mayores, pero nunca la había visto. Le lanzó el papel de un caramelo a Marcos y acertó en

uno de sus hombros.

—Yo te lo voy a explicar, pero no por ti, si no por esta pobre chica que tiene que estar flipando con lo que le has soltado, así, sin paños calientes.

Marcos recogió el papelito que había caído en su pierna izquierda y, agarrando la muñeca de la chica, se lo devolvió apoyándolo sobre la palma de su mano. Después, con movimientos muy marcados, le cerró la mano en un puño. Se puso bastante serio, se sentó con la rodilla derecha doblada girándose hacia nosotras. Se cruzó de brazos y cogió aire sonoramente.

—A ver, listillas, dadnos esa explicación tan misteriosa.

—Muy sencillo —dijo la chica del papelito— a parte de llamarla novata, que no creo que le haya gustado mucho, aunque sea cierto, le has dicho que era un error sentarse aquí.

Marcos no pareció entender cuál era el problema.

—Sí, recuerdo haberle dicho eso, ¿y?

—¿Cómo que «y»? —continuó la otra—. ¿No crees que si es novata no puede saber por qué es un error sentarse aquí? Se lo has dicho, pero no se lo has explicado. Parecía que la estabas echando. Yo también me habría quedado pálida.

Marcos descruzó los brazos y abrió los ojos como platos.

—No habrás pensado eso, ¿verdad? —me preguntó mientras yo lo miraba de reojo, cabizbaja y sin decir nada.

—No… no me he dado cuenta. Creí que alguien te habría explicado lo del dichoso orden en el autobús… no… Perdona, no me he dado cuenta...

Las chicas rieron al oír las disculpas repetitivas y entrecortadas de Marcos, que sonaban realmente sinceras. Empecé a sentirme algo mejor, el nudo del estómago se había aflojado, pero seguía sin entender bien de lo que estaban hablando.

—Tranquilo, no pasa nada —conseguí decir finalmente—. Pero ¿podrías explicarme de qué va todo esto?

Marcos abrió la boca, pero la chica de delante de mí fue más rápida que él.

—Antes de nada, vamos a presentarnos. Yo soy Paula y ella es Lucía. Somos del último año y ya llevamos con éste seis campamentos, así que sabemos perfectamente cómo va todo. Verás, aunque los monitores intentan que nos mezclemos más, es inevitable que nos relacionemos sobre todo con quienes tienen más o menos nuestra edad. De hecho, hay una especie de norma no escrita que dice que debemos sentarnos en el autobús en ese orden, empezando por los peques, delante del todo, siguiendo por los medianos, en el centro, y finalmente nosotros, en la parte trasera.

Empecé a comprenderlo todo. Estábamos sentadas en un sitio que no nos correspondía según una norma inventada, hacía ya tiempo y por a saber quién, y todo el mundo la respetaba religiosamente. Todos menos Marta y yo, claro. ¿Por qué no nos lo había explicado nadie hasta ahora? Teníamos más amigos en el grupo que ya habían ido a otros campamentos. Estiré el cuello y, efectivamente, les vi sentados en la parte central del autobús. De pronto me di cuenta de dónde estaba sentado Carlos, que tenía mi edad, no quince o dieciséis como los mayores.

—¿Y qué pasa con él? —Lo señalé. Estaba atento a nuestra conversación desde hacía un rato.

—Su caso es distinto —empezó a explicar esta vez Lucía—, él es amigo de dos chicos de la última etapa, por lo que su sitio realmente es aquí atrás. Y eso mismo es lo que todos van a pensar ahora de vosotras dos. Todos saben dónde deberíais ir por vuestra edad, pero que estéis aquí significa que con quienes pensáis juntaros más es con nosotros, los mayores. La pregunta va a ser, ¿cuál es el motivo?

Lucía arqueó las cejas y miró a Paula, quien se inclinó sobre el asiento, miró a Marcos, luego a mí, y clavando su mirada en mis ojos puntualizó la pregunta de su amiga.

—O más bien… ¿quién es el motivo?

Me puse roja al pensar que las dos chicas, de algún modo sobrenatural, podían leer mi mente y sabían que Marcos era alguien especial para mí. O tal vez no tuviera nada de sobrenatural y se me notara más de lo que yo pensaba. Me sorprendió porque Marta nunca me había dicho nada y, siendo mi mejor amiga, debería ser la primera en darse cuenta.

Fue precisamente Marta, que parecía haberse despertado con las voces, la que me salvó de responder a aquella pregunta. Sin levantar la cabeza de mi brazo, habló con voz firme.

—A mí ya me habían advertido de esa norma, pero me parece tan estúpida y sin sentido que decidí no hacerle caso. Por eso ni me molesté en mencionártela. La verdad es que no esperaba que nadie la cumpliera y mucho menos que le dieran la importancia que le estáis dando.

Las dos chicas se quedaron mudas. Los chicos que se sentaban a su altura en el lado izquierdo del autobús, delante de Carlos y Andrés, le dieron la razón Marta.

—Di que sí. A nosotros también nos parece una tontería. De hecho, así no hay forma de conocer a gente nueva, siempre vamos los mismos a todos lados —protestó el chico de la ventanilla.

—Es cierto —admitió el del pasillo—. Yo vengo de campamento para pasármelo bien y estar con todos, sin importar la edad que tengan. Por ejemplo, cuando jugamos un partido con los peques lo pasamos genial, recuerda el del año pasado. ¡Fueron unas risas!

En el grupo de tiempo libre de nuestra parroquia había chicos desde los diez hasta los dieciséis años, por eso se llamaba *Preas*, por

Preadolescentes. Nos reuníamos cada semana separados en grupos de la misma edad y cuando íbamos de excursión solo nos juntábamos hasta los catorce años, las dos etapas inferiores. Los de la última etapa hacían las salidas por su cuenta, además de otro tipo de actividades. Las únicas en las que coincidíamos eran el campamento de verano y alguna celebración durante el curso. También nos solíamos cruzar por los pasillos cuando nosotros salíamos de nuestra reunión y ellos entraban en la suya, que era justo después. Yo iba a formar parte de esa etapa el siguiente curso, pero no por eso pensaba dejar de relacionarme con los compañeros que había conocido durante los últimos años. De hecho, había venido al campamento para estar con todos ellos y pasármelo igual de bien que cuando nos íbamos a un albergue un fin de semana. Una absurda norma sobre los asientos de un autobús en el que solo iba a pasar unas horas no me iba a hacer cambiar mis planes.

Los chicos estaban ahora enfrascados en una conversación sobre los partidos que habían jugado el año anterior, y discutían sobre el arbitraje poco fiable de alguno de los monitores.

Paula y Lucía seguían giradas mirándonos, pensativas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó finalmente Lucía.

—Marta —respondió mi amiga, levantando su cabeza de mi brazo.

—Yo soy Lucía. Como estabas dormida igual no te has enterado de toda la conversación. A nosotras tampoco nos importa en absoluto dónde se sienta la gente, estamos mayorcitas para esas tonterías. Solo le queríamos explicar a tu amiga que la mayoría sigue haciendo caso de ese orden, por si le dicen algo, que no le pille por sorpresa.

—Para empezar, mi amiga tiene nombre, se llama Adriana ¿Y qué creéis que le pueden decir, si se puede saber?

Marta parecía intentar defenderme de una amenaza que yo no había visto en esas chicas. Exceptuando el momento en el que me habían hecho ponerme roja, se habían portado bien conmigo, explicándome lo que Marcos había querido decir con lo de mi primer error de novata. Paula respondió lentamente, poniendo más énfasis en nuestros nombres que en el resto de las palabras.

—Muy fácil, pueden decir que estáis sentadas aquí porque *Adriana* y *Marcos* son más que amigos…

Volví a ponerme roja. No sabía dónde meterme. Para colmo, los cinco chicos dejaron su conversación sobre fútbol para unirse al corrillo del que, sin haberlo buscado, era el centro de atención. Ojala pudiera enterrar la cabeza bajo tierra como las avestruces cuando mi cara se iluminaba de esa manera.

—Vaya, vaya, Marcos, no nos habías dicho que eras un donjuán. —Carlos se incorporó para poder vernos mejor. Marcos puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Lucía, yo pensaba que como soy tan insensible que parecía que la estaba echando, vuestro objetivo era explicarle que no era esa mi intención. Pero veo que sois peores que los cotillas de la tele, y que lo que queréis es crear un rumor sobre algo de lo que no tenéis ni idea.

Empecé a pensar que Marta tenía razón al ver una amenaza en ellas. A ninguna de las dos nos gustaban los cotilleos ni los falsos rumores sobre la gente. Solíamos criticar los programas que últimamente llenaban la tele con historias absurdas sobre la vida de famosos y no tan famosos.

—No, no es que nosotras pensemos eso. Solo decimos que es algo que podrían pensar los demás. —Paula no sonó nada convincente.

Andrés intentó calmar los ánimos y poner un poco de orden en aquella situación tan incómoda.

—Bueno, bueno, no vamos a enfadarnos por tonterías. Si a alguien le sorprende que Marta y Adri se sienten aquí, lo más probable es que se le ocurra la explicación más lógica, y es que Carlos y yo estamos en clase con ellas.

—Eso, eso —le apoyó Carlos, pero volvió a meter la pata ante los intentos de Andrés por apaciguar el ambiente—. Si hay algo entre Marcos y Adri es cosa de ellos.

Marcos estiró el brazo izquierdo y, esquivando a Andrés, le propinó una suave colleja a Carlos. Laura, nuestra monitora, llegó en ese preciso momento.

—Marcos, las manitas quietas. ¿Qué es eso de pegar a un compañero?

—No pasa nada, estamos de broma —dijo Carlos, frotándose la nuca.

—Más os vale, chicos. —Se puso firme con las manos en la cintura, tratando de resultar más estricta. Pero Laura tenía poca mano dura, era un trozo de pan—. A ver, que yo venía a otra cosa. Marta, ¿qué tal vas?

Laura nos conocía muy bien. Había sido nuestra monitora todo el curso y habíamos cogido mucha confianza con ella. Era muy simpática y cercana, le podíamos contar las cosas casi como a cualquier amiga. Nos entendía y no nos juzgaba ni reñía, se limitaba a darnos su opinión y, desde su experiencia, nos aconsejaba. Tenía veintidós años, por lo que no hacía mucho que había vivido las cosas que ahora estábamos viviendo nosotras. La verdad es que ella tuvo mucho que ver en mi decisión de ir al campamento.

Marta se apretó el estómago antes de responderle.

—Bien, de momento. He dormido un poco, pero ahora ya no tengo sueño.

—Perfecto. Pero por si acaso, y como estáis aquí atrás y puede

que no os de tiempo a venir, te traigo una bolsita de estas.

—Gracias, Laura. Aunque si no te importa, dásela a Adri y que ella me la guarde. Si la necesito se la pediré. Solo el olor que tiene me revuelve el estómago.

Era cierto. Las bolsitas del mareo tenían un olor que ya te hacían marearte solo de estar cerca de ellas. La cogí y la guardé entre mi asiento y el de Marcos, de forma que apenas se viera. No sé si estaría a la suficiente distancia para que el finísimo olfato de Marta no percibiera el olor a plástico.

—Como quieras, pero no te preocupes. Enseguida vamos a poner una película y estarás entretenida. Así seguro que no te mareas. Hasta luego, chicos.

Laura se giró para volver a su asiento y antes de que empezara a andar, Paula la sujetó del brazo.

—¡Laura, Laura! ¿Qué *peli* nos vais poner?

—*Los Goonies*, creo.

—¿*Los Goonies*? ¡Esa película tiene más años que yo! —protestó Lucía.

—Puede que los tenga, pero a mí me gustó mucho cuando la vi de pequeña, y cada vez que la veo me gusta más. Intentad divertiros.

Laura se fue a su asiento. La gente de alrededor que había oído el título de la película empezó a dar su opinión.

—Yo no la he visto, pero si es muy antigua, seguro que es un rollo —comentó una chica pelirroja que se sentaba delante de Paula.

—Yo tampoco la he visto, aunque que sea antigua no significa que tenga que ser aburrida. Las mejores películas de la historia son del siglo pasado —le respondió en tono solemne el chico que estaba a su lado.

El que estaba a la izquierda de Paula se rio ante aquellos comentarios.

—¡Qué exagerados sois! ¡Ni que fuera en blanco y negro! Es una película de chavales y está muy bien, es de aventuras. Yo también la he visto muchas veces y me encanta. Dejad de protestar y quien no quiera verla, que se duerma.

—Estoy contigo, Luis —le apoyó Marcos—, vamos a verla primero y luego opinamos ¿no?

No hubo réplica. Marta corrió la cortina de la ventana para que la claridad no reflejara en la pantalla, que nos quedaba un poco lejos y ladeada. Al menos, era un autobús con dos televisores, uno junto al chofer y otro sobre las escaleras de salida, a mitad de pasillo.

—Perdona, te llamabas Lucía, ¿verdad? —preguntó Marta levantándose de su asiento.

—Sí, y tú Marta, si no me equivoco. ¿En qué te puedo ayudar? —Lucía parecía sorprendida de que Marta quisiera decirle algo. La conversación anterior no había sido muy cordial.

—¿Te importa correr la cortina? Me gustaría ver la película y el sol refleja en la pantalla.

—Claro, eso está hecho. —La respuesta fue más amable esta vez y en pocos segundos las cortinas estaban cerradas por completo, al menos en el lateral derecho del autobús, por donde daba el sol. Me alegró mas de lo que esperaba que Lucía y Marta pudieran hablarse como si nada hubiera pasado unos minutos antes. Aquella conversación me había dejado mal cuerpo. Pero ese estado de relajación duró poco, fue interrumpido en cuanto Marcos volvió a dirigirse a mí.

—¿Tú la has visto? —me preguntó a la vez que me volvía a bajar la gorra hasta mitad de la cara.

—¡Deja de hacer eso! —le grité volviendo a ponerla correctamente en mi cabeza.

—Vaya, disculpa. Es solo una broma. Es que me sorprende que

vayas con la gorra puesta todo el viaje. Ah, claro, no quieres quitártela para evitar que se manche ¿verdad? —se rio de su propio chiste.

—Muy gracioso —refunfuñé sin reírme en absoluto.

—Vale, vale. No volveré a hacerlo, lo prometo. —Se puso una mano en el pecho y levantó la otra, como si estuviera dando su palabra de decir la verdad ante un tribunal—. Venga, ¿vas a responderme?

—¿Cuál es la pregunta? —Había olvidado que me hubiera preguntado algo.

—Que si la has visto.

—¿El qué? —No caí en la cuenta de lo que me estaba preguntando. Solo pensaba en que ahora me sentía estúpida por llevar la gorra puesta todo el viaje.

—¿Qué va a ser? ¡La película! —Acercó su cara a la mía y levantó la visera para poder ver mis ojos. Yo pude ver el intenso color negro de los suyos—. Tía, de verdad que hoy estás como ida. Supongo que es algo puntual, porque Andrés me ha dicho que sacas muy buenas notas.

—Sí, estoy un poco distraída. Será que estoy nerviosa. —Fue lo único que puede alegar en mi defensa. Al fin y al cabo, era la verdad. Lo estaba, aunque por más motivos de los que él podía imaginar. Su intensa manera de mirarme, por ejemplo. Y ahora, por si fuera poco, acababa de descubrir que Andrés y él hablaban sobre mí y mis notas. Marta se unió a nuestra conversación. La verdad era que no le había hecho mucho caso desde que entramos en el autobús.

—Así que Andrés te ha dicho que Adri saca muy buenas notas. ¿Te ha mencionado algo sobre las mías? —Marta puso mucho interés en la respuesta de Marcos, apoyándose en el asiento delantero para

poder ver la cara de Andrés.

—Sí, ¿quieres saber lo que me ha dicho? —le preguntó Marcos con voz pícara.

—Por supuesto, quiero saber lo que te ha dicho, literalmente y con detalles.

—A ver, literalmente no sé si podré recordarlo. —Miró a Andrés esperando su aprobación, pero este no hizo más que encogerse de hombros. Marcos se acercó a nostras y habló bajito, como si nos estuviera contando un secreto—. Me dijo un día, creo que después de los primeros exámenes, que en su nueva clase había un grupito de chicas que se sentaban juntas que eran las favoritas de los profes. Todas sacaban muy buenas notas, pero había dos en concreto que tenían sobresaliente en casi todo.

Marta pareció complacida ante la respuesta de Marcos, pero quiso saber más. Continuó su interrogatorio.

—¿Y no te dijo nada sobre ciertos ejercicios de matemáticas?

—Ah, sí, eso… Ya sé lo que quieres saber. — Marcos se giró hacia su amigo y le rodeó el cuello con el brazo, acercándolo hacia nosotras—. No es un secreto que se le dan fatal las mates, y tampoco lo es que es a ti a quien le pide los ejercicios cuando le toca salir a la pizarra a corregirlos.

—Vale, lo reconozco, este año tampoco habría aprobado matemáticas de no ser por ti, Marta, pero ya te di las gracias y, como ves, no se lo he ocultado a mis amigos —confesó Andrés mientras intentaba soltar el abrazo de su cuello.

—Eso está bien. Es todo lo que quería saber. Gracias por tu sinceridad, Marcos. —Mi amiga volvió a sentarse correctamente en su sitio y prestó atención a la tele, que ya estaba encendida, aunque de momento solo podía verse nieve.

Andrés volvió también a su asiento en cuanto Marcos lo soltó.

—Vamos a ver la película, que ya empieza —le dijo a Carlos, quien estaba mirándonos con gesto serio, pero sin decir nada, algo raro en él.

Me quité la gorra y la dejé apoyada en mis rodillas. Quería dejar de parecer distraída y absurda. Respondí a una pregunta que ahora ya estaba fuera de contexto, pero aproveché las primeras imágenes de la pantalla para que mi respuesta tuviera más sentido.

—Sí, sí la he visto, pero hace ya varios años, cuando era pequeña. No recuerdo todos los detalles, solo que me gustó y que me reí bastante. ¿Y tú?

—Vaya, has vuelto al planeta Tierra. —Marcos cogió mi gorra y la hizo girar sobre su dedo índice—. ¿Quieres que te la guarde en la mochila? Aquí no la vas a necesitar.

No esperó a que le respondiera y se puso de pie para buscarla donde él mismo la había colocado.

—Gracias —me limité a decirle, pero mi voz apenas se oyó porque los cuatro chicos de la izquierda comenzaron a protestar en cuanto se puso de pie.

—¡Quita del medio, que tapas toda la pantalla! —le gritó Luis.

—Marcos, solo tú podías ser tan oportuno —se quejó Carlos.

—Bueno, bueno, ya está, solo es un momento. Si ni siquiera ha empezado aún. —Se sentó en cuanto hubo cerrado mi mochila—. ¡Qué protestones, si solo he tardado cinco segundos! —Se giró hacia mí y me habló muy bajito, lo que me sorprendió, después del tono con el que acababa de responder a sus compañeros—. Yo no la he visto, así que no me cuentes nada.

La película estaba empezando, una persecución de coches se entrelazaba entre los títulos de crédito y la presentación de los personajes protagonistas, unos chicos de aproximadamente nuestra edad. Marcos prestó atención durante un par de minutos y luego

volvió a hablarme igual de bajito que antes.

—Que a ti te gustara cuando la viste me da muy buenas expectativas. —Me sonrió y se acomodó sobre su asiento, guardando silencio durante un buen rato.

Según avanzó la película me fui relajando, estaba distraída y todo lo que había pasado desde el momento en que subimos al autobús se disipó en mi mente, pasando a un segundo plano. Las carcajadas simultáneas del cien por cien de los pasajeros en las escenas más graciosas eran una clara prueba de que todos estábamos siguiendo la trama. Me removí en mi asiento para acomodarme un poco y oí un ruido de plásticos. Por un instante me pregunté qué sería aquello, pero enseguida recordé que se trataba de la bolsa del mareo de Marta. Aunque se la veía inmersa en la película, preferí asegurarme de que estaba bien preguntándoselo directamente.

—¿Cómo lo llevas, guapetona?

—¡Oh, estoy genial! —No despegó la vista de la pantalla—. Aún vamos por la autopista y el camino es bastante recto, y como voy entretenida… Vuelve a preguntarme cuando empiecen las curvas, puede que mi respuesta sea muy distinta.

Me alegré de que se encontrara tan bien. Para cuando cogiéramos la carretera secundaria, la que atravesaba el puerto de montaña que nos llevaría hasta el campamento, puede que la película ya hubiera acabado, entonces intentaría distraerla con lo que fuera. Podía pedir colaboración, ya que todos los que se sentaban cerca se habían mostrado bastante dicharacheros, incluso con nosotras y sin conocernos. Podríamos comentar la película, parecía que a todos les estaba gustando bastante. Me centré en ella para no perder detalle y tener suficientes recursos para el coloquio que pretendía montar

después.

Pasada una media hora, noté de nuevo la cabeza de Marta apoyada en mi brazo. Se había vuelto a dormir. Tal vez fuera mejor así. Intenté no moverme mucho para no despertarla. Volví a mirar a la pantalla, pero una larga melena morena me impedía verla. Paula se había levantado a coger algo de su mochila. Se sentó enseguida, con las piernas colgando hacia el lateral, y estiró la mano mostrándonos una bolsa blanca.

—¿Queréis? —indicó, hacia la fila trasera.

—¿Qué traes esta vez Paula, galletas? —se interesó Carlos.

—No, hoy no me ha dado tiempo a preparar nada. Solo son golosinas. —Volvió a estirar el brazo y movió la mano de lado a lado, por lo que puede ver que la oferta también se extendía a mí. Me pareció muy generosa por ello. Aun así, no me atreví a coger nada si no lo hacía antes alguno de los chicos.

—Gracias —Andrés metió la mano en la bolsa. Cogió un puñado de chucherías y le pasó algunas a Carlos. Marcos sacó una piruleta.

—Muchas gracias, Paula. Qué pena que hoy no nos hayas traído nada casero.

—Ya lo siento. Iba a levantarme antes, pero se me han pegado las sábanas y no me ha dado tiempo ni a hacerme un bocadillo. Mis padres están ya de vacaciones, y estaba sola en casa. —Se giró hacia mí—. Coge Adriana, no te cortes —interrumpió por un momento su conversación con Marcos para ofrecerme sus dulces. Ahora me pareció de mala educación no elegir nada. Rebusqué en la bolsa y opté por dos regalices. Paula siguió hablando. —Si no me hubiera llamado Lucía por teléfono para recordarme que trajera la camiseta blanca que vamos a teñir en los talleres, no habría llegado a tiempo.

Comí los regalices y, al ver que Paula seguía girada hacia nosotros,

decidí que era un buen momento para hablar con ella. Lo único de lo que habíamos hablado no había sido agradable, y no quería que nuestra relación empezara con mal pie. Ahora me estaba dando la impresión de que era una chica encantadora. Pensé responder a su gesto de generosidad con otro por mi parte.

—Paula, si no has traído bocadillo para la comida, te puedo ofrecer un par de ellos, porque mi madre me ha preparado tres.

Ella se echó a reír.

—¡Eso sí que es previsión, no como yo! Si veo que con lo que he comprado en la panadería me quedo con hambre, recurriré a tu despensa. Muchas gracias.

—De nada. Si no van a ser para tirar, yo no voy a poder con todo.

Carlos se incorporó de su asiento.

—¿Para tirar? ¡De eso nada! Si no los quiere Paula, tranquila que me los como yo.

—O yo —puntualizó Andrés—. Ya que Paula hoy no nos trae rosquillas ni galletas, habrá que alimentarse con otra cosa.

Todos reímos. La capacidad de comer de esos dos era infinita. Aproveché el silencio que había quedado para seguir hablando con Paula.

—¿Te gusta la repostería?

—Sí, me encanta. Todos los años traigo algo para el primer día. Menos este, claro.

—Pobre Adri. —Marcos se sacó de la boca la piruleta en forma de corazón. Al hablar se le veía la lengua teñida de rojo. A cualquier otra persona le quedaría graciosa. A él le quedaba encantadora—. Te vas a quedar sin probar la cocina de Paula. No sabes lo que te pierdes.

—Bueno, en otra ocasión —dije mientras aceptaba otro regaliz.

Otra bolsa de gominolas pasó de mano en mano por nuestros

asientos y volvió hacia los de delante. Un monitor se acercó y la interceptó antes de que volviera a su dueña.

—¿Ya estáis con estas porquerías? ¡Si solo son las diez de la mañana! ¿No habéis desayunado en casa?

—Oh, vamos Jorge, no empecéis a requisar ya las chuches —protestó el chico que se sentaba delante de Carlos, junto a la ventanilla.

—Deduzco por tus protestas que son tuyas, Ricardo. Te has quedado sin ellas.

—No, no son mías. Pero algún amable compañero ha querido compartirlas y tú le vas a recompensar quitándoselas. ¡Vaya ejemplo! Así ya no vamos a compartir nada.

El monitor de lo mayores, Jorge, se acercó al muchacho y le miró muy serio.

—¿De verdad crees que me vas a hacer sentir culpable por haceros cumplir las normas? Me parece muy bien que queráis compartir, pero sabéis que está prohibido comer en el autobús, y aún menos porquerías de estas. —Se giró y habló en alto para que todos pudiéramos oírlo—. El dueño de esta bolsa puede recuperarla al bajar del autobús.

Miré a Paula, había escondido su bolsa entre ella y Lucía. Marcos escondía la piruleta detrás del asiento de Paula, con su brazo derecho estirado. Al tardar Jorge un rato en marcharse de la parte trasera del autobús, Marcos había doblado un poco el codo y lo tenía apoyado en mi pierna izquierda, que estaba cruzada sobre la otra.

Estaba atrapada. A mi derecha, Marta dormía tan profundamente sobre mi brazo como si llevara una semana en vela. A mi izquierda, Marcos seguía apoyado en mi rodilla, aunque el peligro ya había pasado. Me pregunté a qué estaba esperando. El contacto con él hacía que me pusiera muy, muy nerviosa, aunque solo se tratara de

su codo y mi rodilla.

Paula se giró y siguió viendo la película sin volver a decirnos ni una palabra. Los corrillos que se habían formado a consecuencia de las golosinas se habían disuelto y todos volvían a fijar su vista en las pantallas. Miré a Marcos para tratar de entender por qué seguía inmóvil. Estaba viendo la película y parecía no percatarse de la posición de su brazo.

Decidí sugerirle indirectamente que me devolviera la libertad de movimiento.

—Marcos… Jorge ya se ha marchado… tu piruleta está a salvo.

—¡Oh! Perdona, ¿te molesta mi brazo? —Lo apartó apresuradamente.

Le fui sincera a medias.

—Es que con Marta apoyada a este lado, necesito el otro para respirar un poco y moverme. —Intenté no sonar muy borde.

—Si quieres que te deje más hueco, puedo echarme más a la izquierda. —Sus ojos reflejaban una culpa que no me expliqué. Él estaba en su sitio, no tenía que cederme un trozo. Me arrepentí de no haber cerrado la boca.

—Gracias, no hace falta. Con recuperar el movimiento de mi pierna es suficiente. —Descrucé las piernas y estiré la izquierda hacia el pasillo. Seguimos viendo la película y ninguno de los dos volvió a decir nada.

Centrarme en la película era la mejor opción para dejar correr las últimas desafortunadas palabras, pero mi cerebro decidía no obedecerme ¿Por qué no podía comportarme de forma normal con ese chico? No me reconocía, yo no era así.

«Distráete, distráete», me dije a mí misma. Finalmente, desconecté tanto que yo también me quedé dormida.

4

Llegada

Noté una caricia en la mejilla. Me dolía el cuello y el brazo derecho. Tardé unos segundos en abrir los ojos y alguno más en darme cuenta de dónde me encontraba. Marcos susurró mi nombre.

—Adriana. —La voz parecía parte de un sueño—. Despierta, estamos a punto de llegar. —Otra caricia recorrió mi mejilla.

Intenté incorporarme, pero me dolía todo, y el peso de Marta me empujaba hacia él. Me di cuenta en ese momento de que estaba apoyada en el brazo de Marcos tal como Marta lo estaba en el mío. De ahí el dolor de brazo y de cuello, este último más intenso. Desperté a Marta para que se incorporara ella antes y así poder hacerlo yo. Se levantó de un brinco.

—¿Ya hemos llegado? Vaya, he dormido casi todo el viaje. Así da gusto.

—Habéis dormido las dos como bebés. No os habéis despertado ni en las curvas, y eso que os movíais de un lado al otro.

¡Horror! Había estado dormida sobre el brazo de Marcos y además con las curvas me había ido moviendo de lado a lado. Si a mí me

dolía el cuello, a él debía dolerle el brazo. Después del viaje que le había dado, iba a odiarme para siempre, y con razón. Disculparme fue lo único que se me ocurrió.

—Perdona Marcos, no sé cómo he podido dormirme. Siento haberme apoyado en tu brazo, no me he dado cuenta. Seguro que te he aplastado. ¿Te he hecho daño?

—¡Hey, tranqui, Adri, no pasa nada! Ni me has aplastado ni me has hecho daño, ¿por quién me has tomado? No soy tan debilucho, puedo con el peso de tu cabeza.

Me quedé más tranquila pero no lo suficiente. No solo me comportaba con Marcos de forma extraña estando despierta sino que dormida además le agredía dándole golpes con mi cabeza. Aunque no lo dijera, debía de pensar que no era muy normal.

—Bueno, pero no habría pasado nada si me hubieras despertado. Habría sido lo mejor.

—Podría haberlo hecho, pero no habría sido lo mejor. Se te veía muy a gusto dormidita, y me daba pena despertarte. A mí no me ha molestado en absoluto tenerte apoyada en mi brazo. En cambio, a ti no te ha resultado muy cómodo.

Dedujo eso al verme girar el cuello y frotarme el lado izquierdo con gesto de dolor. ¿Cómo lo hacía? No solo había dejado de ser la víctima de mis agresiones, sino que ahora se había convertido en el culpable de mi dolencia. No lo podía tolerar.

—Al contrario, he estado muy cómoda, sino me habría despertado, ¿no crees? Es solo el cuello, que sigue medio dormido. —Le sonreí y él me devolvió la sonrisa. Nos quedamos callados mirándonos unos segundos en los que no sé muy bien qué pasó, pero para cuando me quise dar cuenta el autobús se había parado y la gente había empezado a bajar.

—Venga Marcos, si no te levantas no podemos salir —protestó

Carlos mientras empujaba a Andrés hacia el pasillo.

Paula bajó varias mochilas y las repartió.

—¿De quién es esta que pesa tanto? —preguntó.

—Mía —respondí desde mi asiento, del que aún no había sido capaz de moverme—. Ya te he avisado de que tengo bocadillos de sobra.

—Ya veo, ya. Te buscaré a la hora de comer, no lo dudes —declaró, sonriente.

Los de la parte de atrás bajamos los últimos y encontramos las otras mochilas en fila junto a un muro al otro lado de una pequeña plaza, donde los demás compañeros esperaban hablando en corrillos.

—No crucéis hasta que yo os lo indique —nos advirtió Laura.

El autobús había intentado parar en un lugar donde no cortara el tráfico y donde pudiéramos bajar de forma segura. Pero cruzar era algo peligroso, la carretera era sinuosa en la entrada del pueblo. Jorge, que ya estaba al otro lado, indicó con un gesto a Laura que por la derecha no se aproximaba ningún coche. Laura volvió a mirar a la izquierda.

—Ahora no viene nadie. ¡Daos prisa, chicos! —Cruzó con nosotros y nos acompañó hasta la plaza. Después se giró y le indicó con la mano al chófer que ya podía irse. Él se despidió con un par de bocinazos.

Corrimos hacia las mochilas y, tras cargarlas a nuestras espaldas, nos unimos al resto del grupo.

—¡Marta, Adri, estamos aquí! —Bea y Esther nos hacían señales con los brazos desde el centro de la plaza.

De nuestro grupo habíamos ido solo cuatro chicas, ellas dos, Marta y yo, además de tres chicos: Teo, Borja y Pedro. Del otro grupo de nuestra edad venían otras dos chicas, Rosa y Sara, y

también tres chicos, Toño, Jose y Carlos. Su monitor era Nico.

Nos acercamos a ellas y vimos que Nico los estaba agrupando a todos.

Los más pequeños ya estaban en fila india y David iba en cabeza. Se dirigieron hacia un camino que salía de detrás de una casa en ruinas al borde de la carretera. Carlos, Marta y yo nos pusimos al final de la fila que lideraba Nico. Laura se puso a su lado.

—A ver, chavales —Nico dio una palmada y se frotó las manos—, quien no haya llenado en casa su cantimplora, que lo haga ahora en la fuente que vamos a encontrar a la salida del pueblo. En la campa aún no hemos montado algunas instalaciones, y puede que hasta la tarde no tengamos listos los bidones de agua. Vamos a ir en fila de a uno y pegaditos a la izquierda mientras la pista sea asfaltada, porque en ese tramo circulan coches. Una vez pasada la fuente, podéis ir en pelotón como los ciclistas ¿entendido? —Todos asentimos con la cabeza—. ¡En marcha entonces! Uno, dos, uno, dos…

Se dio la vuelta y comenzó a caminar levantando mucho las piernas, como lo hacían en las marchas militares. A Nico le gustaba hacer bastante el payaso, la cosa más seria podía llegar a ser la más divertida en su compañía. Laura esperó a que lo siguiéramos todos y cerró la fila, justo detrás de Carlos.

La pista asfaltada abandonaba el pueblo adentrándose en un pequeño robledal, donde se convertía en un camino de tierra. La fuente se divisaba entre la frondosidad de los árboles. Me pregunté cómo pudo haber pasado el camión que transportaba todos los materiales del campamento por debajo de aquellas ramas, algunas realmente bajas. Recordaba perfectamente el vehículo que habíamos ayudado a cargar días antes con la comida, las tiendas, las estructuras de los módulos de la cocina o la intendencia, y muchas

cosas más que íbamos a necesitar. Según alcanzamos la fuente, llegué a la conclusión de que, sin duda alguna, habría accedido por otro camino, este se estrechaba tanto que a duras penas cabría un coche pequeño. Tal vez este acceso solo fuera un atajo para ir a pie.

Apoyé mi mochila bajo un roble y saqué la cantimplora de uno de los bolsillos laterales. Los pequeños habían salido antes que nosotros, pero los habíamos alcanzado en la fuente. Mientras esperaba mi turno, miré el paisaje. Era realmente hermoso. El sol se había abierto hueco a través las nubes y los rayos del mediodía se colaban entre las hojas de los árboles, mecidas por una suave brisa. Cerré los ojos para escuchar con mayor intensidad el sonido de las ramas en movimiento e inspiré hondo. Olía a verde, como a hierba recién cortada. Respiré profundamente varias veces para percibir la totalidad de ese aroma que me encantaba, y me sentí inmensamente relajada.

Cuando abrí los ojos solo quedaba una niña con una trenza de espiga delante de mí en la fila de la fuente. Cerró su cantimplora y salió corriendo junto con otras dos que la estaban esperando. Me agaché y acerqué los labios hacia el chorro continuo que brotaba de un grifo bastante antiguo. El agua era muy fresca. Aunque se supone que no debería tener sabor, a mí me supo deliciosa. Bebí un buen trago.

—¿Está rica? —dijo una voz que provenía de detrás de la piedra.

Me levanté sorprendida y vi a Marcos subido en lo alto de la fuente. Los mayores habían salido más tarde que nosotros del pueblo, pero por lo visto ya nos habían alcanzado. Me sequé la barbilla antes de responderle.

—Sí, está buenísima, muy fría. —Abrí mi cantimplora y la coloqué bajo el grifo.

—Entonces seguro que viene de un manantial —murmuró Carlos,

que estaba detrás de mí—. Aquí comienza tu contacto con la naturaleza. Seguro que es el agua más natural que has bebido nunca.

—Para tu información, no es la primera vez que bebo agua *tan natural.* En mi pueblo también hay una fuente de manantial, y no tiene nada que envidiarle a esta.

—Así que bebes agua de manantial cuando vas al pueblo. ¡Guau, eso sí que es disfrutar de la naturaleza!

Me molestó bastante el tono burlón que usó y decidí hacerle callar.

—Sí, entre otras cosas. También hago senderismo con mis padres y voy al río en verano con mis amigos. Solemos ir con las bicis hasta un bosque que hay a pocos kilómetros. Allí también hay robles, como aquí. Cuando hemos llegado el olor me ha recordado muchísimo al de mi pueblo. Me encanta.

Carlos se quedó callado observándome. Algo estaba rondando su cabeza. Esperaba haberle dejado sin armas para burlarse de mi supuesta falta de experiencia en un entorno natural por ser este mi primer campamento. Mis últimas palabras deberían haber bastado, pero él encontró un área que sí era nueva para mí. Por lo menos me alegré de haberle hecho tardar un poco en pensarlo.

—Eso está bien, pero que muy bien. De todos modos, ya veremos cómo se te da dormir sobre una esterilla. Mañana me cuentas.

Me dejó descolocada. Tanto que el agua desbordó por la boca de mi cantimplora y me mojó la manga de la sudadera. Marcos saltó de lo alto de la piedra, se rio entre dientes y desapareció por detrás de la fuente. Carlos me dio un empujoncito para poder llenar su cantimplora.

¿Por qué le había dado por chincharme? Encima tenía que hacerlo delante de su amigo, que acababa de desaparecer. Me pregunté dónde se habría metido.

Me apresure en volver con los de mi grupo, que ya estaban poniéndose las mochilas de nuevo. Ahora que ya podíamos ir en pelotón, como decía Nico, aprovecharía para hablar con mis amigas, no había tenido oportunidad de hacerlo hasta el momento. Intenté ponerme la mochila, pero había apretado las correas y era incapaz de meter el segundo brazo por el asa. Empecé a dar vueltas sobre mí misma, como un perro intentando morderse la cola. Demasiado ridícula para pasar desapercibida. Enseguida pude oír unas risas que provenían de la fuente.

—Mírala, no sabe ni ponerse la mochila —se mofó la chica pelirroja que se sentaba delante de Paula en el viaje. Ella y Lucía estaban a su lado, además de otra chica que tampoco conocía. Ésta se levantó del banco de madera donde estaba sentada y me miró por encima del hombro.

—Ya ves, hay unos mínimos que deberían explicar a los novatos antes de venir.

Me sentí diminuta. Nunca me había considerado una persona orgullosa, pero jamás pensé que el comentario de unas chicas que solo me llevaban uno o dos años pudieran hacerme sentir tan humillada, por muy crueles que fueran las palabras. Tuve que contener las ganas de llorar. No podía permitir que una tontería como esa pudiera conmigo. Mientras pensaba qué hacer o qué decir, Paula tomó cartas en el asunto.

—Yoli, Elena, no seáis malas, le puede pasar a cualquiera. —Se acercó a mí y aflojó la correa del asa. Me ayudó a meter el brazo, niveló la mochila en mi espalda y volvió a apretar la correa—. ¿Así vas cómoda, Adri?

Tuve que toser ligeramente para quitarme el nudo de la garganta y poder responderle.

—Sí, gracias. No tenías que haberte molestado.

Pensé que igual podía discutir con sus amigas por llevarles la contraria en sus intentos de humillación y venir a ayudarme. No quería causarle problemas.

—Para eso están las amigas, ¿verdad? —dijo con una gran sonrisa. Yo no supe qué contestarle. Me sorprendió enormemente que me tratara de *amiga*, cuando solo hacía unas horas que nos conocíamos. Pero me agradó mucho su reacción, tanto como la de Lucía, que se unió a ella para ayudarme.

—Pero Paula, explícale también cómo debe ponerse las correas de la cintura.

Lucía se puso su mochila y se colocó de frente a mí.

—Mira Adri, alarga las correas de los laterales y cierra el enganche de la cintura. Ahora apriétalos un poco hasta que se te ajuste. ¿Ves como te quita peso de los hombros?

Era verdad, el peso se repartía a lo largo del cuerpo y la mochila parecía más ligera. Tenía tantos enganches y correas que ni siquiera me había parado a pensar para qué servía cada uno. Al final, la tal Elena iba a tener razón, deberían haberme dado unas explicaciones mínimas. Sí, era novata, ¿y qué? Seguro que ella no había nacido sabiendo cómo ajustarse una mochila. Me sentí con fuerzas para responder y dejar claro que no era precisamente tonta.

—Gracias chicas, este va a ser el primero de muchos cursos que os voy a pedir que me deis a lo largo del campamento. Esto de ser novata es lo que tiene.

Las dos rieron, al contrario que las otras, que cuchichearon algo entre ellas con cara seria. Finalmente se acercaron unos pasos y la pelirroja, Yoli, se dirigió a mí con voz altiva.

—Perdona, no pretendíamos meternos contigo. —Ambas se dieron la vuelta y se marcharon.

Me resultó muy extraña la disculpa, tanto porque no me la

esperaba como por la forma tan fría y forzada con la que me la habían ofrecido. Pensé que quizá no querían ponerse a malas con la nueva amiga de dos de sus amigas… Era ya la segunda vez en el día en que las mayores se metían conmigo y después se retractaban. ¿Qué les pasaba? ¿Qué les había hecho? Por lo menos Paula y Lucía se estaban portando bien conmigo después de lo sucedido, pero estas dos chicas parecían mucho menos dispuestas a estar a buenas, a pesar de su repentina disculpa.

Los monitores silbaron para que volviéramos a agruparnos y seguir la marcha hacia la campa. Aún quedaba una media hora de caminata y parecía que el sol no iba a volver a salir. Que empezara a llover era ahora más que una posibilidad, como había vaticinado el pronóstico del tiempo de la tele la noche anterior. Crucé los dedos en esta ocasión para que se hubieran equivocado y la lluvia no nos estropeara el primer día. Según lo estaba pensando, recordé que mis últimas plegarias habían sido absurdas, pero aun así habían sido escuchadas. Esperé que estas que eran algo menos egoístas, pues nos afectaban a todos los allí presentes, no se quedaran entre las nubes.

5

Primeros auxilios

Durante casi todo el camino fui hablando con Bea, Marta y Esther. Esta última estaba entusiasmada contándonos los planes que tenía con su tía para agosto, iban a ir a recorrer Francia por la costa sur, y después iban a volar hasta Paris.

Cuando llegamos a la entrada de la campa, tres monitoras que no habían venido con nosotros en el autobús salieron al camino a darnos la bienvenida, alertadas por las voces y el ruido de nuestros pies al arrastrar las botas sobre las piedras sueltas y las hojas secas.

—¡Bienvenidos!

—¿Qué tal el viaje chicos? ¿Se os ha hecho muy largo?

—A nosotras se nos ha hecho eterna vuestra llegada. ¡Qué ganas teníamos de veros!

Eran tres chicas de entre veinte y veinticinco años. Yo solo conocía a dos de ellas, Raquel y Sonia, porque eran las monitoras de los de doce años. Deduje por descarte que la tercera tenía que ser Mónica, la monitora del grupo de Andrés y Marcos. Abrazaron al resto de los monitores y a algunos de los chavales mientras íbamos llegando,

estaba claro que tenían muy buena relación entre ellos.

A mí no se me daba muy bien dar muestras de afecto en público. Los abrazos y los besos se limitaban a mis padres y, sobre todo, a mi hermano. Pero rara vez lo hacía si estábamos fuera de casa. Mi madre me decía que con lo cariñosa que había sido siempre ella, cómo era posible que yo fuera tan fría. Mi única defensa se basaba en que era demasiado tímida, y eso me cortaba a la hora de demostrar mis sentimientos. De hecho, mis amigas solían darse dos besos cuando volvíamos de vacaciones o al irnos al pueblo… yo solía escaquearme.

—¡Hola, guapetonas! ¿Ya habéis montado todo? —Nico pasó un brazo por detrás de la cintura de Mónica y el otro por detrás la de Raquel. Ellas hicieron amago de darle un codazo en el estómago simultáneamente, y él se tiró al suelo simulando que se retorcía de dolor.

Varios de los más pequeños se tiraron encima de él e hicieron una montaña humana, mochilas incluidas. Los gritos de dolor, antes fingidos, ahora sonaban muy reales. Las monitoras causantes de la broma de Nico le salvaron de morir aplastado por una mole de niños ansiosos de divertirse, levantándolos uno a uno hasta llegar al cuerpo magullado del muchacho, que enseguida se echó a reír.

—Sí, sí, ya sé lo que me vais a decir. —Las miró desde el suelo, estirando un brazo en busca de ayuda para levantarse—. Que yo me lo he buscado, ¿verdad? Sí, tenéis razón. —Siguió riéndose una vez en pie, llevándose una mano al costado izquierdo.

—Claro que te lo has buscado tú. ¿Ves?, vas a empezar el campamento lesionado. Te has podido romper una costilla.

—No, mujer, eran los más canijos. Pesan poco hasta con el doble de su peso en forma de petate incluido. Pero, chicos —se dirigió a los pequeños gamberros *rompecostillas*—, la próxima vez quitaos la

mochila antes de saltar sobre mí. Me habéis dado un golpe en el hígado con alguna cantimplora. —Se levantó la camiseta y mostró un círculo rojo que se empezaba a hinchar a la altura de su estómago.

—Eso, tú encima anímales a que lo repitan —le riñó Mónica, bajándole rápidamente la camiseta—. Ven, vamos a ponerte hielo en ese golpe.

—Ah, ¿pero tenemos hielo? ¿Cómo es posible?

—¿No lo sabes? Este año el padre de una de mis niñas nos ha conseguido una nevera a gas. Se conecta a la bombona de butano y listo. ¡Tiene hasta luz!

—¡Caray, cómo nos hemos modernizado! Yo que pensaba que habíais puesto un alargador hasta el pueblo…

—Muy gracioso—. Mónica le sacó la lengua—. Anda, vamos, que se te va a poner eso como un balón de fútbol.

Se llevó a Nico casi a rastras hasta el primer módulo que se veía en la campa. Ese debía de ser el que usaríamos como intendencia, para guardar la comida, materiales, botiquín… y este año también la nevera.

Me habían contado cómo se las apañaban para hacer de una campa totalmente desierta un lugar habitable en solo tres días, además del fin de semana que algunos monitores, padres y madres pasaban montando las estructuras más grandes, los módulos de cocina, intendencia y el multiusos.

Desde luego, no contábamos con electricidad a través de generadores ni nada similar. El humilde presupuesto con el que se contaba provenía de subvenciones y el precio simbólico que nos cobraban por acudir a actividades como salidas y campamentos. Desde luego, los monitores no cobraban un sueldo, eran voluntarios. Habían estado en el grupo cuando tenían nuestra edad y habían adquirido el compromiso de ser monitores al finalizar su trayectoria

en él.

Estaba impaciente, quería saber ya todo. Cómo era la campa, qué íbamos a montar, con quién iba a compartir la tienda de campaña, en qué grupo me habría tocado. A diferencia del resto del año, en el campamento se mezclaban todas las edades, y además se hacían grupos que se mantenían durante las dos semanas para competir en juegos, colaborar en las tareas de fregado tras las comidas y varias actividades más. Me pregunté si los monitores me habrían puesto con alguna de mis amigas, o por lo menos con alguien que conociera. ¿Me habría tocado con Marcos? Noté cómo me palpitaba el corazón más rápidamente al contemplar esa posibilidad.

Los monitores se habían reunido algo apartados de nosotros. Estaban decidiendo algo que no querían que escucháramos. Algunos de mis compañeros se habían sentado en el suelo. Otros seguían de pie pero se habían quitado la mochila. Yo opté por no quitármela por el momento, no fuera a ser que no consiguiera volver a ponérmela.

El círculo de monitores se disolvió. Jorge sacó un papel y un boli y se acercó a nosotros.

—Escuchad todos, por favor —dijo en voz alta—. De momento, vamos a dejar las mochilas en el módulo multiusos, que es la tercera de esas estructuras grandes que están a la derecha de la campa, por si acaso se pone a llover antes de montar las tiendas. Después, haremos una visita turística de los alrededores para que nadie se pierda, y de la propia campa para explicaros dónde están los límites permitidos y dónde vamos a montar cada estructura. Antes de comer, empezaremos a montar las tiendas de campaña, y seguiremos después si no nos ha dado tiempo. ¿De acuerdo?

Todos gritamos al unísono. Estábamos emocionados y teníamos ganas de empezar a hacer cosas. Algunos fueron corriendo hasta el módulo a dejar su mochila, como si por llegar antes fueran a darles

un caramelo. Un niño se tropezó y el peso de la mochila le venció, haciéndole caer de bruces. Un chico más mayor que pasaba por su lado le ayudó a levantarse, pero al ver que estaba llorando y que le sangraba la nariz, lo acompañó a la intendencia, donde aún estaba Nico con una bolsa de hielo en las costillas.

Mónica se llevó las manos a la cabeza al ver el panorama: un chico con un niño en brazos con la cara llena de sangre y llorando desconsolado.

—Pero, pero… Jaime, ¿qué ha pasado?

—No es nada. El pobre Lucas iba corriendo emocionado a dejar su mochila el primero y…bueno, se ha comido el suelo. La sangre creo que es de la nariz.

Mónica sacó el botiquín y lo apoyó en el banco de madera de la entrada.

—¿Estás bien, cariño? ¿Qué te duele? —le preguntó, levantándole la barbilla con suavidad.

—La cara… —respondió entre sollozos—, y las rodillas…, y la mano.

Lucas tenía magulladuras en varias partes de su cuerpo, pero lo que peor tenía era la cara, según pude comprobar al pasar por su lado. Bea y yo nos acercamos para ver si podíamos ayudar en algo.

—Se me han caído las gafas y no veo nada —nos dijo el niño.

Jaime nos indicó dónde se había caído Lucas mientras le sujetaba en su regazo. Había oído que algunos de los chicos de la última etapa estaban interesados en ser monitores al terminar el proceso, pero no me habían dicho quiénes. Por la escena que estaba viendo, aposté a que Jaime era uno de ellos.

Bea y yo peinamos la zona de la caída, pero a parte de la mochila que se había quedado allí tirada, no encontramos nada más que piedras, hojas y un par de hormigueros. Volvimos para preguntar a

Jaime si estaba seguro de habernos indicado correctamente. Cuando llegamos a la intendencia, Lucas ya no tenía apenas sangre en la cara y llevaba puestas sus gafas.

—Gracias chicas, pero Marcos las ha encontrado y nos las ha traído – nos advirtió Jaime.

—¡Anda! Y nosotras volviéndonos locas buscándolas. —Bea sonó más molesta de lo que pretendía.

—Estaba cerca y me había parecido ver que antes de caerse llevaba gafas y gorra. Las he encontrado enseguida y las he traído, por suerte no estaban rotas. —Se acercó a mirar a Lucas—. Aunque sí un poco sucias por lo que veo ahora. —Le quitó de nuevo las gafas, se las limpió con la parte inferior de su camiseta azul y se las volvió a colocar con cuidado para no hacerle daño en los rasguños.

Me pareció muy observador por aquello y muy atento y, una vez más, un encanto

Mónica terminó enseguida de limpiar la sangre. Curó las heridas superficiales del pequeño Lucas y las cubrió con varios apósitos.

No me pareció extraño que se cayera, era bastante bajito y flacucho, y la mochila que cargaba era demasiado para él. Cuando se puso en pie para irse aún cojeaba un poco, por lo que Bea y yo no soltamos la mochila que aún cargábamos entre las dos.

—Esta vez ya te la llevamos nosotras, vete con el resto, pero sin correr, ¡eh! —le dije con ternura y mi voz me sonó como cuando le hablaba a mi hermano pequeño. El muchacho parecía más pequeño de lo que en realidad era. No aparentaba once años, nueve a los sumo.

Los cuatro nos dirigimos al otro módulo a dejar todas las mochilas. Marcos y Jaime nos ayudaron a levantar la puerta de lona de la entrada, ya que no teníamos ni una mano libre entre nuestros propios bultos y el de Lucas.

Como llegamos los últimos debido al accidente apenas quedaba hueco en el interior de la estructura de hierros y lona con tanta mochila en mitad del suelo. Parecía que algunos las habían lanzado desde fuera, estaban tiradas de cualquier manera. Tuvimos que levantar algunas para poder pasar y apoyarlas contra otras. Solo así conseguimos dejar todas las que llevábamos. Entre quita y pon, entra y sal, aún tardamos más en unirnos al resto. Para cuando conseguimos hacerlo, ya estaban todos esperándonos en el centro de la campa. Nos miraron impacientes.

—Oye, Jaime, ¿qué estabais haciendo ahí dentro? —preguntó Yoli, con cara de disgusto. Era la chica pelirroja que un rato antes se había metido conmigo.

—Dejar las mochilas, ¿qué otra cosa íbamos a estar haciendo? —contestó rápidamente.

—Habéis tardado un montón. Desde que nos han dicho que dejáramos las mochilas han pasado casi quince minutos —protestó también Elena, que tenía la misma cara de enfado que Yoli.

Me sentí muy incómoda. Tampoco habíamos tardado tanto. Si contaba el rato que habíamos estado con Lucas, sí era un cuarto de hora. Pero dentro del módulo apenas habíamos estado tres o cuatro minutos.

—Eso, ¿qué habéis hecho los cuatro solos ahí quince minutos? —preguntó Carlos, siempre tan descarado y mal pensado. Me di cuenta de que éramos dos chicas y dos chicos, y que el módulo estaba cerrado y muy oscuro en el interior con la puerta y todas las ventanas de lona echadas. Pero solo una mente retorcida como la de Carlos podía malinterpretar nuestra tardanza, y solo una boca tan grande como la suya podía ser incapaz de callárselo. Desconocía por completo las razones que podrían tener Yoli y Elena para enfadarse.

—Calla Carlos, ya vale de vacilar siempre con lo mismo.

Marcos parecía ofendido. Consiguió callar a Carlos, pero otros compañeros seguían cuchicheando sobre nosotros. Bea y yo nos miramos alucinadas por lo que estábamos escuchando. A la gente le encantaba inventarse tonterías que todos los demás creían a pies juntillas sin preocuparse de si eran ciertas o no. La influencia de la *telebasura,* sin duda.

—Yoli, escucha —Jaime se acercó a ella y le habló mirándole directamente a los ojos—. Lucas se ha caído y entre los cuatro le hemos ayudado a ir donde Mónica, a buscar sus gafas, su gorra y a llevarle la mochila. Eso nos ha llevado los quince minutos que hemos tardado. Sabes que no me gusta ir fardando de que ayudo a los demás, porque lo hago encantado, pero hemos hecho más que cualquiera de vosotros. —Cuando dijo esto, miró a todos los que seguían hablando— y me parece fatal que encima nos echéis la bronca o penséis que hemos estado haciendo a saber qué ahí dentro. Vaya compañeros…

Todos se callaron al oír a Jaime. Solo Lucas rompió el silencio. Se acercó a nosotros dijo muy bajito:

—Es verdad, me han ayudado. Ha sido culpa mía. Lo siento.

El pobre niño se sentía culpable de la situación que se había creado. No me pareció justo e intervine.

—No te preocupes Lucas, tú no tienes culpa de nada, tranquilo.

Sentí la mirada de Elena fulminándome como un rayo. En cambio la cara de Yoli cambió un poco, pero le dio la espalda a Jaime y se fue con su amiga hacia donde estaban Lucía y Paula. Yo no entendía nada, en cambio Bea parecía saber algo más que yo.

—No entiendo como un chico tan encantador como Jaime puede tener una novia tan caprichosa, no me entra en la cabeza.

—¡Así que es eso! Ya decía yo que no era normal que Yoli se enfadara tanto.

Agradecí tener algo de información por fin. Aproveché para intentar ponerme al día con lo que supiera Bea.

—¿Y Elena por qué estaba enfadada también? Me ha echado una miradita…

—Ahí me pillas, Adri, pero tengo una teoría.

—¿Ah, sí? Cuéntamela, a ver si le encuentro sentido.

—Tiene todo el sentido del mundo. Se ha enfadado por lo mismo que Yoli.

—Me he perdido. ¿Por Jaime? ¿Por el novio de su amiga?

—No, por Jaime no. Por Marcos.

Me dio un vuelco el corazón. Tardé unos segundos en analizar las palabras de Bea y me tranquilizó recordar que solo estábamos hablando de una teoría.

—¿Tu teoría es que Marcos y Elena son novios? —De solo decirlo me dolía la garganta.

—No exactamente. Más bien creo que a ella le gusta él, pero que él no le hace mucho caso. Le ha debido molestar que estuviera con alguna de nosotras. Tal vez más contigo que conmigo, vosotros habláis más, yo casi no he tratado con él. Además si te ha mirado tan mal como dices… Pero los celos son irracionales. Seguramente le moleste que esté cerca de cualquier chica.

—Seguro. —No pude decir más. Acababa de comprobar que, al menos parte de las palabras de Bea eran ciertas. Los celos eran irracionales y yo estaba siendo irracional. Prueba de ello era el dolor repentino de la garganta. Me quemaba por dentro.

Solo imaginar la posibilidad de que Marcos acabara haciéndole caso a Elena en ese sentido me cortaba la respiración. Decidí ser racional e ir atando cabos. Todo tenía sentido ahora.

Elena y Yoli se habían metido conmigo sin ni siquiera conocerme porque había venido sentada todo el viaje al lado de Marcos. Y no

solo eso, había dormido apoyada en su brazo… Seguro que las dos tenían eso en mente cuando decidieron humillarme. Y aún había más.

Paula y Lucía eran sus amigas. Al insinuar que entre Marcos y yo había más que amistad, él les había regañado por ello, que era como negarlo, y después de eso se habían portado bien conmigo, incluso defendiéndome de las otras dos chicas.

Sí, ahora todo estaba claro. ¿O no? No sabía si atando todos esos cabos estaba siendo lógica o más bien todo lo contrario. Era un delirio que no me iba a llevar a ningún lado.

La llegada de Mónica y Nico al centro de la campa completó el grupo de cincuenta y dos personas, entre monitores y chavales. Las palabras de Jorge me devolvieron a la realidad de la que me había evadido por unos instantes.

—Ahora que ya estamos todos, vamos a hacer nuestra visita turística. Para empezar, vamos a conocer la campa y a ver los límites de lo que será nuestra casa hasta el próximo día quince. Seguidme.

***

—Son las doce en punto —indicó Adriana al escuchar el pitido del despertador de Laia—. ¿Quieres irte a dormir?

—¿Qué? ¡No!

—Como estabas tan callada, pensaba que te estabas quedando dormida.

—No he dicho ni una palabra porque no quería interrumpirte, pero tengo como un millón de preguntas que hacerte.

—¿Tantas?

—¡O más! A ver… para empezar… ¿Jaime y Bea son… esos Jaime y Bea? ¿Los de Bruselas? —Se refería a un matrimonio al que Laia

recordaba de ciertas conversaciones de su madre con sus amigas. Hacía años que no vivían en el país, pero mantenían el contacto con el grupo de amigas de toda la vida.

—Sí, lo son.

—¡Así que acabaron juntos y esa lela de Yoli se comió los mocos!

—Bueno…, algo así.

—¿Y Marcos y Elena? Porque a esa sí que no la aguanto… Espera, no me lo digas, o sí… —A Adriana le sorprendió ver tan metida en la historia a su hija. Había malinterpretado su silencio, pensando que se aburría con su relato. Pero era todo lo contrario—. Marcos fue tu primer amor, pero no me has dicho en ningún momento que fuera correspondido… ¡Ay! ¡No fastidies, mamá!

—¿Quieres spoiler y dejarlo para mañana o seguimos leyendo?

—Sigue, sigue. No te interrumpo más.

—Puedes interrumpirme todo lo que quieras.

—Ya veremos.

Adriana rio cuando Laia pasó la página y señaló con toquecitos de su dedo índice el título del siguiente capítulo. Tomó aire y continuó con la lectura de la que había sido no solo su primera novela corta, sino la historia de su primera aventura lejos de casa y de su primera historia de amor.

6

La campa

Avanzábamos tan lentamente como en una procesión. La majestuosidad de aquel bosque de chopos nos había dejado a todos boquiabiertos. Íbamos totalmente en silencio, por lo que podían oírse nuestros pasos, el crujir de las hojas secas y el impacto de nuestros pies contra el suelo, unos más grandes y otros más pequeños, pero todos pisando al unísono. De fondo, bajo el caminar de la tropa, trinaban distintos pájaros. Algunos de aquellos sonidos eran nuevos para mis oídos.

Continuamos por el mismo camino que nos había llevado hasta allí. Tras unos doscientos metros en línea recta se acababa la senda y las hileras de chopos rompían su continuidad para dar paso a una pendiente bastante pronunciada, donde el terreno se volvía más pedregoso. La ausencia de las copas de aquellos esbeltos árboles dejaban ver el cielo por completo. Aunque seguía nublado, la amenaza de lluvia era menos inminente de lo que nos habíamos temido, y unos tímidos rayos de sol se asomaron entre las nubes gris claro, cegándome hasta que bajé la vista. Ojala hubiera llevado

encima mis gafas de sol… o al menos la gorra. Si no hubiera hecho caso a las críticas de Marcos, ahora no estaría poniendo caras raras, arrugando la nariz y entrecerrando los ojos.

En verano necesitaba proteger no solo mi blanquísima piel, sino también mis ojos, de color verde y muy sensibles al sol desde que era pequeña. Había heredado estos rasgos de mi abuela paterna y, aunque mi padre también tenía los ojos y el pelo claros, no era tan blanco como lo fue mi abuela ni como lo era también yo.

Jorge se detuvo y todos nos colocamos en semicírculo frente a él, de forma que pudiéramos verlo y oírlo bien. Nos dio la espalda, levantó la mano y dibujó en el aire una línea con el dedo índice, apuntando hacia el comienzo de la pendiente, de izquierda a derecha. Volvió la cabeza hacia nosotros.

—Aquí, justo aquí, donde se acaban tanto los árboles como el camino y comienza esta pendiente, está el primer límite de nuestro campamento. Os lo muestro el primero porque es el más importante de todos. Acercaos y asomaos al borde.

Todos nos movimos con rapidez para ver lo que pretendía mostrarnos. Según los primeros iban llegando al borde, frenaban en seco, haciendo que los siguientes se chocaran contra sus espaldas. Alguno casi se cae.

—Cuidado chicos, de uno en uno —advirtió David.

Marta y yo nos acercamos con precaución por un lateral que estaba poco concurrido. El precipicio que nos encontramos delante daba vértigo. Varios metros de altura separaban el terreno que estábamos pisando del río, pero la pared era tan vertical que, cogiendo suficiente carrerilla, se podría saltar al agua y caer dentro si chocar con el muro. Otra cosa era cómo sería el impacto contra el agua, con aquella altura no se atrevería ni un saltador olímpico medalla de oro en clavado.

Marta y yo nos retiramos enseguida, no fuéramos a resbalar y a caer de forma accidental. Jorge continuó en cuanto rehicimos el semicírculo.

—No hace falta explicaros lo peligrosa que es esta zona, lo podéis ver vosotros mismos. Por eso, para satisfacer vuestra curiosidad hemos venido hasta aquí. Pero será la primera y última vez que estéis tan cerca. A la altura de la penúltima fila de chopos vamos a poner una banda de plástico limitando la campa. Más allá de esa línea está completamente prohibido pasar.

Carlos levantó la mano y Jorge le dio paso.

—¿Y si por la noche no distinguimos la banda y atravesamos el límite?

—Me alegra que nos hagas esa pregunta. —David sacó pecho y dio unos pasos hacia el centro del círculo—. Lo tenemos todo pensado. Hemos traído una banda de plástico reflectante, así que por la noche también veréis el límite, no os preocupéis.

Carlos pareció convencido con la respuesta, pero Laura continuó la explicación.

—De todos modos, tanto los juegos como las veladas de la noche las vamos a hacer en otra zona de la campa. Realmente, hasta aquí no tenéis que venir para nada, y menos aun corriendo o de noche. Espero de todas formas que todos hayáis traído linterna.

Asentimos con la cabeza, aunque varios se quedaron pensando. Tal vez no se habían hecho ellos mismos la mochila y no tenían ni idea de lo que traían y lo que no. Yo les insistí a mis padres en que quería hacer la mía yo misma. No quería volverme loca buscando las cosas y revolviéndolo todo.

Tras el revuelo de comentarios de alguno que otro sobre dónde podría estar metida su linterna, Jorge dio por concluida la explicación y la advertencia sobre la zona sur de nuestro

campamento.

—Aún nos queda mucho por ver. Continuemos.

Retomamos la marcha avanzando de forma paralela al río pero alejados unos pasos del precipicio, que iba perdiendo inclinación a medida que caminábamos y girábamos hacia el este siguiendo el cauce del río. Aun así, Marta y yo íbamos agarradas del brazo, solo por si acaso. Con tanta piedra suelta, cualquiera podría sufrir un traspiés y acabar rodando cuesta abajo hasta caer al agua.

Avanzamos trescientos metros hasta llegar a una pequeña cuesta que daba a un recodo del río. En esa zona el cauce se ensanchaba y el caudal era menor, dejando un terreno llano a la orilla, perfecto para acceder a él sin problemas.

Bajamos la cuesta que, aunque era bastante empinada, contaba con trece escalones de tierra, probablemente excavados por los monitores antes de nuestra llegada. Si íbamos a acceder al río por allí, más valía que nos lo facilitaran un poco. Bajar no era difícil, pero subir aquella pendiente sin la ayuda de los escalones no parecía nada sencillo.

El lugar era maravilloso, lleno de vegetación que había crecido regada por el río. Jorge hizo la segunda parada y formamos de nuevo un semicírculo a su alrededor. Raquel y Sonia habían tenido que enganchar por los hombros a dos de los peques que ya se dirigían al agua por su cuenta. Jorge no empezó su explicación hasta que cesaron las risas y los comentarios.

—Va a haber que estar muy atentos a algunos de estos valientes —se quejó Sonia.

—Espero que todos nos ayudéis en esta cuestión —comenzó Jorge —. Aunque esta zona del río es la menos peligrosa, a ciertas horas la corriente baja con mucha fuerza y podría arrastraros incluso a los más mayores. Por eso, haremos turnos a la hora del baño y la zona

de nado quedará limitada por unas boyas. Nunca, repito, *nunca* se podrá entrar en el río fuera de las horas indicadas y siempre acompañados, al menos, por dos monitores.

—¡Vaya rollo! —protestó Carlos, siempre dispuesto a decir algo. Por suerte, solo los que estábamos cerca pudimos oírlo.

—¿Prefieres ser arrastrado río abajo y acabar en el mar? —le pregunté con ironía.

—Soy muy buen nadador, no creo que tuviera ningún problema para luchar contra la corriente.

—No fardes tanto, no vayas a ser el primero en tener que ser rescatado —le aconsejó Marcos. Carlos no aceptó el consejo y retó a Marcos delante de varios testigos.

—Te lo demuestro cuando quieras. ¿Qué te parece una carrera en el agua esta misma tarde?

Marcos lo miró con incredulidad y no respondió.

—¿Qué pasa? ¿No te atreves? ¿Tanto miedo tienes a que te gane?

—Ningún miedo, solo que no me gusta jugar con ventaja.

Aquellas palabras dejaron en silencio a todos los que nos encontrábamos alrededor.

—Vaya, Marcos, qué seguro estás —alegó Elena, que no se despegaba de su lado.

—Muy bien, pues si lo tienes tan claro no te importará darme ese gusto. Yo no tengo ninguna pega, aunque según tú seas un rival más fuerte que yo.

Todos esperábamos ansiosos la respuesta de Marcos. La idea de una competición parecía muy interesante, pero la naturaleza orgullosa de la misma no me agradaba nada. Hubiera preferido que se tratara de una carrera espontánea en la que el único interés fuera participar y divertirse. Pero la rivalidad que se percibía entre Carlos y Marcos me daba malas vibraciones.

—¿Qué respondes Marcos? —le urgió Jaime, que se había acercado a nosotros al oír la conversación—. A mí me parece una idea divertida. ¿Puedo apuntarme?

—Por mí no hay ningún problema —aceptó Carlos—. Sé que probablemente tú, con esos brazotes que tienes, nos ganes a los dos. Pero a mí eso no me importa mientras quede por delante de él.

El interés casi enfermizo de Carlos por ganar exclusivamente a una persona me hizo sospechar que había algo detrás, algo que venía de antes. ¿Qué problema tendrían?

—Yo también me apunto, no me voy a quedar mirando. —Andrés se unió a la competición por no ser menos. No se veía demasiado interés por su parte—. Y vosotras, chicas, ¿qué decís? ¿Os animáis?

—Yo, ni loca—. Lucía retrocedió dos pasos ante la pregunta de Andrés—. Como mucho, os animo a vosotros…

—Yo os animo con ella —por supuesto, Paula haría lo mismo que Lucía.

Ahora que había más competidores la carrera parecía perder el carácter de apuesta, aunque alguno todavía pretendiera tomárselo como algo personal. En contrapartida, ganaba un carácter machista que me molestó. Los competidores eran todos chicos y contaban con dos animadoras. Recordé que Andrés había abierto también a nosotras la inscripción en el improvisado torneo. Mi aversión por las desigualdades, sobre todo de género, pudo más que mi timidez.

—Yo paso de animar, prefiero competir. Me apunto. A ver a cuantos dejo atrás…

Soné más confiada de lo que realmente me sentía. No era mala nadadora, pero no tenía esperanzas ganar, aunque sí al menos de no ser la última.

—Venga, yo también.

—Y yo, cuantos más mejor.

Esther y Marta se sumaron a la carrera. Aquello empezaba a hacerme mucha ilusión.

—Perfecto. Si alguna chica más se anima, seríamos cuatro contra cuatro. Interesante. —Jaime se frotó la barbilla de modo pensativo. No sabía muy bien qué era tan *interesante*.

—¿Desde cuando se ha convertido en una competición chicos contra chicas? —protestó Marta—. Yo no nado muy bien, solo me he apuntado para divertirme. Si voy a pertenecer al equipo de las chicas, no contéis conmigo, no quiero que pierdan por mi culpa.

—¿Y cómo que cuatro contra cuatro? —protestó también Marcos —. ¿Quién os ha dicho que yo vaya a participar?

Todos enmudecimos. Era cierto, se había dado por hecho que aceptaba el reto, pero le había dicho que no a Carlos desde el principio.

—No seas así, Marcos, que va a ser muy divertido. Además, te recuerdo que todo esto lo has empezado tú.

—No Jaime, esto lo ha empezado Carlos. Si se lo va a tomar como algo personal, no tiene nada de divertido.

—Vale. Te aseguro aquí, delante de todos, que no va a ser nada personal. Nademos todos y veamos quién es el más rápido, o rápida.

—Con las chicas será aún más divertido —añadió Jaime, y Yoli se acercó con la misma cara que antes, de disgusto manifiesto.

—Ah, ¿sí? Pues eso voy a verlo yo. No pienso nadar contra nadie, pero arbitraré la carrera.

—Ya está todo organizado. Esta tarde seguramente vengamos al río después de las construcciones. Estaremos cansados de todo el montaje, así que será interesante ver quién tiene más resistencia.

Jaime se lo estaba tomando muy en serio, casi tanto como Carlos. Elena y Bea eran las únicas del corrillo que no habían dicho nada. Pensé que preguntarles sería lo más correcto. Además, así firmaría

una pequeña tregua con Elena tras aquella mirada que me había echado. Quería hacer que las cosas fueran menos tirantes entre nosotras. Por Bea no me preocupaba demasiado, ella me diría si le apetecía o no sin más. La respuesta de Elena no me la podía imaginar.

—Y vosotras, chicas. ¿No os apuntáis? Venga, que somos menos, hay que igualar en número a los chicos.

—No, sois exactamente tres y tres. Marcos no ha dicho que vaya a participar.

Elena tenía razón. Todos le insistían, pero él seguía sin aceptar. Aun así había contado con él.

—Marcos, si participas tú, también lo haré yo. —Elena le cogió del brazo y tiró de él hacia ella.

—¡Qué interés tenéis todos en que participe!

—*Porfa…* —Elena tiró de su brazo hacia abajo varias veces, como una niña pequeña caprichosa.

—Vamos colega, no seas aguafiestas… —Andrés también insistió.

—Vale, vale. Lo haré. Pero, Elena, deja de tirarme del brazo, por favor.

Ella le soltó y saltó de alegría.

—Bien, bien. ¡Va ser divertidísimo!

No comprendí su entusiasmo repentino.

—Bea, solo faltas tú. —Jaime la miró y Yoli frunció el ceño. Como la misma Bea había dicho antes, los celos son irracionales, y Yoli estaba molesta por ver a su novio con otras chicas. Pero a mi me daba la impresión de que se sentía especialmente molesta cuando Jaime estaba con Bea.

—Déjala, si no ha dicho nada será que no querrá participar.

—Yoli, deja que responda ella misma, ¿no? —Jaime acababa de conseguir tener enfadada a su novia para todo el día. Ella se dio la

vuelta y se alejó unos pasos de nosotros.

—No, no me apetece, gracias. Os veré desde la orilla.

Me pareció raro que Bea no quisiera participar. Era una chica muy animada y bastante buena en los deportes. Tenía la mejor nota en gimnasia de toda la clase. Pero no quise insistir, sus motivos tendría. Ya le preguntaría más tarde.

Jorge comenzó a subir de nuevo los trece escalones y todos lo seguimos. Tuvimos que desandar parte del camino que habíamos hecho para volver a la chopera. El acceso al río se desviaba unos metros del rectángulo de lados curvos que formaba el bosque. Caminamos por el exterior rodeando el perímetro, y a lo lejos pudimos ver una furgoneta blanca y un coche rojo. Estaban aparcados entre dos árboles al comienzo de una pista sin asfaltar, más ancha que el camino por el que habíamos entrado. Supuse que este era el acceso que había tomado el camión para llegar con los materiales. Jorge se detuvo junto a la furgoneta.

—A esta zona la vamos a llamar el aparcamiento. Aquí es donde vamos a dejar siempre tanto el coche como la furgoneta después de descargar en la campa las compras diarias y el agua. Por lo tanto, no vais a tener ninguna duda sobre dónde está el tercer límite. Para los curiosos, más allá, si seguís por esta pista, se llega a la carretera general, pero está bastante lejos. Por eso hemos venido por el otro camino, el que lleva al pueblo, y que es el cuarto límite. A los lados de la pista hay varios campos de cultivo, por lo que a menudo oiremos pasar tractores, pero no entran hasta aquí.

No nos detuvimos mucho más en la zona, estaba muy claro hasta dónde podíamos llegar y no entrañaba peligro alguno. Carlos no tuvo ninguna pregunta *inteligente* que hacer esta vez. Giramos unos noventa grados a la izquierda y continuamos adentrándonos en la chopera, quedando a la derecha una pequeña colina que *cerraba* la

campa.

Después de unos minutos pudimos divisar los tres módulos frente a nosotros. Efectivamente, habíamos rodeado la chopera, y era bastante rectangular. La zona del aparcamiento y donde estaban situados los módulos eran los lados más cortos. La zona del precipicio a lo largo del río y la colina eran los laterales largos.

El rodeo me sirvió para situarme. Caí en la cuenta de que habíamos rodeado la colina por el otro extremo para llegar desde el pueblo hasta aquí. También pude hacerme una idea aproximada de las distancias entre un lugar y otro. Teníamos espacio de sobra para montar el campamento y además quedaría muchísimo terreno libre para correr y jugar. Me moría de ganas de empezar.

7

Primeras construcciones

Nos dejaron un cuarto de hora de tiempo libre para descansar un poco de la caminata e ir a beber agua. No me había dado cuenta de lo sedienta que estaba. Bebí un trago tan largo que casi vacié la cantimplora.

—Deja algo para luego. No creo que los monitores traigan agua hasta que montemos el bidonero después de comer.

Marcos estaba observando cómo bebía sin apenas respirar. Recordé la mochila de víveres que me había preparado mi madre.

—Bueno, en ese caso tengo varios zumos y un par de refrescos.

—Cierto, había olvidado lo preparada que venías.

—Sí, de sobra. Así que bebe todo el agua que quieras, si se te acaba estaré encantada de compartirlos contigo. Los bocadillos no te los puedo ofrecer, ya se los he prometido a Paula.

—Muchas gracias, pero he aprendido a racionar el agua en otros campamentos. Es mucho más importante de lo que piensas. Cuando hagamos la ruta me darás la razón.

Recordé las historias que me habían contado sobre la ruta. Para

algunos era lo mejor de las dos semanas, para otros lo peor. Se trataba de cuatro días andando por el monte, de pueblo en pueblo, y haciendo noche en el que estuvieran dispuestos a acogernos, bien en el pórtico de la iglesia, bien en alguna bajera o garaje amplio, o bien a la intemperie, lo que llamaban *vivac*. Esta última opción era poco habitual, normalmente todo salía según lo previsto. Pero en alguna ocasión ya había ocurrido que se habían perdido o que en el pueblo al que llegaban no era posible conseguir cobijo.

De cualquier modo, el dormir en el sitio que fuera no era el problema. Lo más temido de la ruta era la cantidad de kilómetros que se andaban y el peso de la mochila en la espalda durante los cuatro días. Además, para la mayoría las ampollas en los pies eran unas compañeras de viaje a partir del segundo día.

Dejando las contrariedades a un lado, quedaba lo bueno de la ruta, que según decían compensaba eso pequeños malestares. Además de los paisajes inigualables que se contemplaban durante el trayecto, la magia estaba en el compañerismo que se creaba caminando. Cuando las fuerzas flaqueaban, siempre había alguien dispuesto a ayudar, aunque solo fuera dando conversación para hacer el camino más llevadero. Según el ritmo que cada uno llevara, coincidía con personas con las que normalmente no hablaba tanto, y todos se conocían mucho mejor al finalizar la andadura. Bueno, no todos, los más pequeños se quedaban en el campamento haciendo otras actividades, solo los de mi curso en adelante lo hacían.

Yo prefería quedarme con esta versión de la ruta. Disfrutaba haciendo senderismo con mis padres, por lo que no temía al cansancio. Y en esta ocasión, caminar al lado de mis compañeros me hacía mucha ilusión.

—¿En qué piensas? No te preocupes por el agua, nadie se va a deshidratar.

—No, no es eso. Has mencionado la ruta y he recordado las historias que me han contado sobre ella.

—Exageraciones la mayoría, seguro. Nadie se ha perdido nunca más de unas horas y solo se ha hecho *vivac* cuando la probabilidad de lluvia era muy baja.

—Eso no me preocupa.

—Entonces te han contado la historia del niño que se cayó en lo alto del monte y tuvo que venir un helicóptero a por él… Esa es cierta, aunque no fue nada grave.

—¿Un helicóptero? No, esa no me la habían contado, pero tampoco pensaba en eso.

Marcos intentaba averiguar qué historias habían llamado mi atención y se centraba en los problemas o accidentes. No podía pensar que a mí me hiciera ilusión ir de ruta. Por lo que parecía, me consideraba poco valiente o resistente.

—Si es por las horas de marcha y el peso de la mochila, el secreto es ponerte el calzado más cómodo que traigas y llevar solo lo imprescindible. De todas formas yo ya he llevado a ratos mochilas de quienes no podían seguir con ella a cuestas. Si ves que no puedes, me dices y te echaré un cable.

¿Quién se había creído este chico? ¿El salvador de las damas en apuros? No quise parecer enfadada, pero quise dejar bien claro que podía valerme por mí misma. Con un momento machista por día tenía más que suficiente.

—No pienses que no te lo agradezco, eres muy amable. Pero no estoy asustada en absoluto por la ruta. —Marcos me miró sorprendido—. Creo que soy perfectamente capaz de llevar mi mochila los cuatro días. No te puedo asegurar que no me vaya a pasar nada. Por supuesto, puedo torcerme un tobillo, ponerme mala o tener un momento de flojera…, pero tú también. Y si fuera así, te

echaría una mano en lo que pudiera, no lo dudes.

Marcos sonrió y bebió agua antes seguir hablando.

—Y si no han sido ese tipo de historias las que te han venido a la cabeza cuando te he mencionado la ruta, ¿cuáles son?

—Por lo poco que te conozco, estoy segura de que las mismas historias que me hubieras contado para convencerme de venir.

Respondí sin pensar lo que significaban exactamente mis palabras. Si hubiera llegado a intentar convencerme para venir, daba por hecho que hubiera argumentado con temas como el compañerismo y, siendo la ruta el momento en el que el valor de la amistad se mostraba con más fuerza, imaginé que habría recurrido a ella sin dudar.

Pero Marcos fue más allá con el significado de mis palabras. A mí, me puso en un aprieto. A sí mismo, se delató, aunque no supe si a propósito.

—¿Y habría funcionado? ¿Habría conseguido convencerte?

—Quizá, no sé. Estoy aquí, ¿no?

—Sí, lo estás. ¿Qué es lo que te hizo decidirte?

—Muchas cosas, tengo distintos motivos.

—¿Cómo cuáles?

—Estás haciendo muchas preguntas. La nueva en esto soy yo, se supone que soy la que tengo que preguntar miles de dudas.

—Y estaré encantado de respondértelas. Pero dime, ¿por qué has venido, Adri?

—¿Y por qué tanto interés en saberlo?

—Quiero saberlo.

—Está bien. —Me quedé un rato pensando—. Imagino que por lo mismo que has venido tú.

—¡Y dale con las evasivas! Puede que compartamos algunas motivaciones, me da la impresión de que somos muy parecidos en

algunos aspectos. Pero mis inquietudes han ido cambiando desde mi primer campamento hasta este. Dudo que conozcas todos mis motivos para venir este año… sobre todo los que me hacen estar aquí ahora mismo.

Bajé la mirada hacia mi cantimplora y la cerré con torpeza. Me estaban temblando las manos. Mientras la guardaba en el bolsillo de la mochila noté que alguien me tocaba el hombro. Di un bote ante aquel contacto y se me puso la piel de gallina.

—Adri, Marcos, ¿a qué estáis esperando? Ya vamos a repartir las tiendas.

Laura se había acercado a buscarnos porque éramos los últimos que quedábamos junto a las mochilas. Todos los demás ya estaban distribuyéndose en grupos. Nos acompañó hasta llegar donde el resto. Yo me detuve junto a Marta; Marcos buscó a Andrés.

Sonia estaba dando indicaciones mientras David, Raquel y Mónica colocaban las tiendas en dos filas paralelas a lo largo del lateral de la colina, a unos cincuenta metros de distancia de los módulos. En ese lugar ya había una tienda de campaña montada desde antes de que llegáramos. Sería en la que habían dormido las tres monitoras que habían pasado allí el fin de semana.

Me tranquilizó saber que los monitores iban a dormir cerca de nosotros. Si algo me había reprimido de venir al campa otros años era la noche. La oscuridad era algo que me había dado mucho miedo de pequeña. Mi madre había enchufado cada noche una luz en mi habitación hasta que tuve cinco años. Aunque pudiera parecer una tontería, aquella lucecita me daba seguridad, como si los horrores que habitaban en la oscuridad fueran destruidos por ella. Ya lo había superado en casa y no me preocupaba en absoluto, incluso cuando no estaban mis padres. Pero la oscuridad del campo, sin luz eléctrica, en un sitio desconocido y durmiendo bajo un techo

de tela, me preocupaba ligeramente. Por suerte tenía muchos compañeros que estarían conmigo. Eso me tranquilizaba, además de los tres pares de pilas de recambio y las dos linternas, no se fuera a romper una…

Sonia repitió las indicaciones al vernos llegar.

—Las tiendas son de cuatro a seis personas. Haced grupos, de chicos y chicas por separado, e id colocándoos a mi izquierda.

Algunos grupos llevaban formados un buen rato y corrieron al lugar indicado.

—Estos grupos no serán definitivos a no ser que los cuadremos con el número de tiendas, y que nadie se quede descolgado. Si no lo conseguís vosotros mismos, tendremos que encargarnos nosotros.

Conté el número de tiendas y calculé cuantos corros había ya hechos. Ocho tiendas para cuarenta y cinco personas.

Busqué a todas las chicas de mi curso. Éramos cuatro, y si Sara y Rosa querían unirse, seis. Las vimos hablando con las chicas de trece años del grupo anterior al nuestro, pero ellas ya eran cinco. Solían ir todas juntas en las salidas porque eran del mismo colegio. Teníamos una relación cordial con ellas, pero al estar en otro grupo para las reuniones semanales y en otro colegio, no habíamos tenido muchas ocasiones para hacernos amigas. Esta podía ser la indicada.

—¿Qué os parece si les decimos de juntarnos las seis? –propuse al resto.

—Yo prefiero que estemos las cuatro solas —refunfuñó Bea.

—A mí me parece bien. —Sabía que Marta estaría de acuerdo.

—Sí, mejor que estén con nosotras que con las mayores, que también son cuatro. Y como las de su colegio son ya cinco, no creo que les dejen estar siete.

Esther decidió la mayoría y se acercó a Rosa y Sara. Vimos desde lejos cómo les proponía venirse. Nos miraron y nosotras saludamos

con la mano. Vinieron enseguida. Me alegró mucho que no dudaran. Igual estaban esperando a que se lo propusiéramos nosotras, éramos el doble y además se nos hubiera permitido estar solo cuatro.

—Hola chicas. Parece que vamos formar una tienda completa de *catorceañeras* —bromeó Marta, como siempre para romper el hielo.

—Yo no los cumplo hasta diciembre —indicó Sara.

—No te preocupes, yo todavía tengo trece también —le dije para que no se sintiera mal por ello.

—Ya, Adri, pero eso no cuenta, solo te faltan unos días. Aún somos muy jóvenes para andar quitándonos años —me avisó Marta, bromeando. Todas reímos.

—¿Cumples años en el *campa*, Adri?

—Sí, pero seguiré teniendo trece hasta el penúltimo día. Seremos las *treceañeras* de la tienda.

Sara se rio de mi chiste copiado de Marta y me alegré de poderle hacer sentir cómoda con nosotras.

Nos unimos a los grupos ya formados que se estaban apartando de los aún indecisos. Para mi asombro, los más pequeños lo tenían clarísimo, fueron los primeros en distribuirse. Los medianos más o menos estábamos organizados, nosotras acabábamos de llegar. Lucía, Paula, Elena y Yoli estaban juntas pero seguían en la zona de los indecisos, intentando ayudar a los chicos mayores a dividirse. La cosa estaba complicada.

La cuestión era que los más mayores eran solo tres: Jaime, Luis y Ricardo, los siguientes eran cinco: César, Fede y Daniel —a los que apenas conocía—, Andrés y Marcos; pero además un sexto extra de otro grupo, Carlos. El problema era que una tienda sumaba el doble de inquilinos que la otra, y los monitores no lo veían bien.

—Vamos a ver chicos, todos os conocéis y solo va a ser para

dormir. ¿No creéis que es absurdo que unos durmáis amontonados y otros comodísimos? Con lo grandotes que sois algunos.

El razonamiento de Mónica era de lo más lógico, siempre y cuando no entráramos en cabezonerías de «yo quiero estar con mis amigos y punto». Me lo podía esperar de cualquiera, excepto de los chicos más mayores. Los pequeños tenían que estar alucinando. ¡Con lo rápido y bien que se habían organizado ellos!

—Mónica, ¿no habrá una tienda más por ahí verdad?

—Otra tienda… ¿para qué?

Yoli parecía haber encontrado por su cuenta la solución.

—Para que se pongan tres en cada una. Son nueve y así estarían los tres mayores, y luego los otros seis en dos grupos. Ya sabemos cómo se separarían.

—Puede que haya más tiendas, pero hemos dicho que los grupos son de entre cuatro y seis. Por no ser capaces de hacer dos grupos no vamos a recompensarles con tener más espacio que el resto, que sí ha sabido tomar decisiones.

—Y si no sois capaces de hacerlo —advirtió Jorge, que llevaba varias herramientas a cuestas y se dirigía hacia las tiendas— lo haremos nosotros.

A mí, personalmente, no me importaba que tuvieran el doble de espacio que nosotras, pero Mónica tenía razón. Se podían dividir perfectamente. No era tan difícil.

Jaime fue quien hizo una propuesta.

—Está bien. Qué os parece si nos mezclamos los dos cursos, a mi no me importa. Por ejemplo, yo me uno a Marcos, Andrés y Carlos, y los cinco restantes juntos.

Jaime estaba haciendo un esfuerzo que no hubiera hecho cualquiera. Luis y Ricardo eran sus amigos de siempre, pero los tres chicos del grupo de Marcos, los que yo no conocía, no estaban

dispuestos a dividirse. Por lo que había podido comprobar en el río, hacía buenas migas con sus recién elegidos compañeros de tienda, así que por lo menos iba a estar a gusto. Los demás chicos no pusieron ninguna pega. Fue otra persona quien lo hizo.

—Jaime, pareces bobo. Siempre te estás sacrificando tú por todo.

—Mira, Yoli, es mi decisión y no me parece ningún sacrificio. Si los demás están de acuerdo no sé por qué tú tienes que protestar. Sobre si te parezco bobo o no por ello, ya hablaremos más tarde.

Las discusiones de esa pareja eran cada vez más frecuentes. Empecé a temerme que, de seguir así, no durarían las dos semanas que íbamos a estar allí.

—¿Ya estáis los ocho grupos?

Sonia contó los corrillos. Dos de pequeños, uno de chicas y otro de chicos. De medianos éramos dos de chicas y uno de chicos, al contrario que de mayores, que eran uno de chicas y dos de chicos. Ocho tiendas en total.

—La asignación de tiendas va a ser muy sencilla. Las chicas os distribuiréis en las de la fila junto a la colina, empezando por las pequeñas y acabando en las mayores. Los chicos haréis lo mismo pero en la fila paralela. Cuando abráis las tiendas, poned las puertas de frente unas a otras, como si fuera una calle con casitas a ambos lados, ¿entendido?

Asentimos todos y nos dirigimos hacia nuestras respectivas tiendas.

—Vamos, a ver si lo hacemos rápido y terminamos antes de comer —nos animó Nico— que ya es la una y media y a mí me rugen las tripas.

Yo no había montado una tienda de campaña en mi vida. Descontando el momento en el que había descubierto la existencia de una norma no escrita sobre cómo debía sentarse uno en el

autobús, este fue el momento en el que me sentí más novata.

Descubrí un montón de términos que me sonaban a chino y tuve que estar preguntando de qué me hablaban cada dos por tres.

«Pásame la *piqueta* para clavar la *clavija».* ¿Qué clase de frase era esa? O: «Estira más ese *viento,* que está flojo». ¿Desde cuándo se podía estirar el viento? Tendría que haber llevado un diccionario.

Bea y Rosa, que eran las únicas que habían ido de campamento antes, tuvieron una enorme paciencia con las otras cuatro, explicándonos cada cosa cuatro veces y traduciéndonos al lenguaje urbano los términos técnicos de nuestra tarea.

Tuvimos un ataque de risa cuando Bea nos pidió que buscáramos los macarrones para colocarlos entre el toldo y la tienda. Cuando encontramos los tubitos de metal no parecían muy apetitosos, a pesar del hambre que teníamos.

A los peques les ayudaban algunos monitores, y no porque no supieran cómo montar las tiendas, que lo hacían mil veces mejor que yo, sino porque no llegaban a la parte más alta de las *canadienses*, otro término que asocié al origen de ese tipo de tiendas, así que me abstuve de preguntar la razón del nombrecito.

Eran las tres de la tarde cuando terminamos. Algunos habían acabado mucho más rápido, pero se habían puesto a ayudar a los que iban más atrasados. Ciertos palos no coincidían exactamente y un par de tiendas tenían *sietes* en la tela. Con el presupuesto con el que se contaba se reciclaban las tiendas lo máximo posible. Cuando se decidía tirar una que no daba más de sí, se usaban sus piezas aún útiles para otras tiendas que tenían pequeños fallos. Las dos de los pequeños parecían las más nuevas, e iban en decadencia según avanzábamos por la calle que habíamos edificado. David y Nico habían tardado casi media hora en encajar los palos de diferente altura de la tienda de las chicas mayores, que estaba a la izquierda

de la mía. Jorge y Mónica se habían dado una vuelta con hilo y aguja por todas las tiendas. Donde más rato estuvieron fue en la de Marcos, que estaba frente a la mía, a escasos cinco pasos.

—Esto es todo lo que hemos podido hacer. Si entráis y salís con cuidado, no tiene por qué volver a rasgarse el toldo. Confiamos en vuestra responsabilidad.

—No te preocupes Mónica, la trataremos bien. Y si la volvemos a romper, la coseremos nosotros mismos, ¿verdad? —Jaime miró al resto, que asintió.

—Estupendo. —Jorge comprobó la resistencia de sus remiendos—. Esto era lo último. ¡Vamos a comer!

Estábamos todos famélicos. Cogimos nuestras provisiones e hicimos un círculo en el suelo, en una zona bastante llana de la campa. Aún no habíamos construido las mesas. A la tarde nos quedaba mucho trabajo por hacer. Parecía que la lluvia había decidido no visitarnos ese día.

Marta y yo nos sentamos en un hueco que encontramos entre los chicos de nuestro grupo. Yo me senté entre ella y Teo. Mientras llegaba el resto, busqué con la mirada a Paula. Creí que ella no vendría a por el bocata que le había prometido si yo no se lo volvía a ofrecer. No teníamos la confianza de amigas todavía, y supuse que le daría algo de apuro. La vi sentada frente a mí, al otro lado del círculo, y le hice señales con la mano para que me viera. Levantó la vista y le mostré dos bocadillos estirando los brazos hacia ella. Se levantó y vino donde mí.

—A ver, Adri, ¿qué tenemos hoy de menú? —Se agachó para estar a mi altura.

—Tenemos dos bocadillos tortilla y uno de lomo.

—Tú eliges, Adri, que son tuyos.

—Yo solo voy a comer uno, así que me da lo mismo.

—Con uno también tengo más que de sobra. Que sea uno de tortilla, que lo tienes *repe*.

Lo cogió y abrió el papel de plata. La tortilla de grosor extra de mi madre sobresalía por los laterales del pan,

—Mmmm, de patata, ¡qué buena pinta tiene! Gracias, Adri.

—De nada. Y si te quedas con hambre, ya sabes que aún queda otro.

—Uy, dudo que pueda acabarme incluso este. —Se rio mientras volvía a su sitio junto a Lucía y Ricardo.

El círculo se cerró. Ya estábamos todos. Botellas de hasta dos litros de refresco rulaban por el suelo de un lado al otro del círculo. Unos pequeños caprichos que solo se consentían ese día. El resto del *campa* beberíamos agua con las comidas, y comeríamos lo que allí se cocinara. Por el agua no me preocupaba, todo lo contrario, nunca bebía refrescos ni zumos a la hora de comer o cenar. En cambio, con la comida tenía que reconocer que tenía más problemas. Me comería lo que fuera, pero alguna cosa que otra me iba a costar mucho, incluso tener que acompañarla con media barra de pan para poder tragarlo.

—¡Hey! Que nadie empiece todavía. Recordad que hay que bendecir la mesa.

—Bueno, Mónica, será el suelo —bromeó Yoli. Estaba de mejor humor, sentada entre a Jaime y Elena. Y junto a su novio, solo chicos.

—Sí, bueno…, quiero decir la comida.

Éramos un grupo de la parroquia del barrio. Entre otras muchísimas cosas, hablábamos de la fe y de cómo vivir según los valores que ésta nos transmitía. Bendecir la mesa era un modo de

dar gracias por tener alimentos, cosa que muchos niños del mundo no tenían. Además era muy divertido, pues lo hacíamos cantando. Teníamos un sinfín de cánticos para ello, algunos muy graciosos. En esta ocasión nos decidimos por uno corto y que no nos hiciera levantarnos, ya que estábamos sentados en el suelo. Y es que algunos tenían hasta coreografía.

—Con la mano, mano, mano, con el codo, codo, codo, queda bendecido todo.

La mano y el codo bailaban haciendo círculos según las indicaciones de letra. En unos segundos estábamos devorando nuestros bocatas. Paula levantó la mano y me hizo un gesto de aprobación con el dedo pulgar levantado. Y es que la tortilla de patata de mi madre era digna de concurso. Acabé el bocata enseguida y partí el de lomo por la mitad. Tenía suficiente hambre como para comer un poco más. Se lo ofrecía la gente que se sentaba cerca pero todos tenían comida se sobra. Solo Teo me aceptó un zumo. Se había bebido toda el agua de su cantimplora.

Sonia se levantó y puso varias bolsas en el centro del círculo.

—Cuando terminéis dejad aquí los desperdicios. Orgánico en la grande, envases en ésta y cartón la última. Recordad que durante todo el *campa* vamos separar la basura para reciclar. A ver si lo hacemos bien desde ya.

No quería tener que tirar medio bocata, y si me comía la manzana no iba a poder con el plátano. Decidí buscar a los tragaldabas de siempre. Estaban unas diez personas a mi derecha. En cuanto les hice un gesto con el medio bocata se levantaron y se llevaron todo lo que me sobraba.

—Gracias, Adri, nos vamos a poner las botas —dijo Carlos con la boca llena.

—Sí, ¿seguro que no quieres más?

—No gracias, estoy llenísima. Coméoslo tranquilos, Andrés. Pero preguntad por vuestra zona a ver si alguien quiere algo.

—Estupendo, chicos, no hay que tirar la comida —reconoció Nico al verles comer a dos carrillos—. Pero tampoco os pilléis un empacho. De todas formas, si queda algo, no lo llevéis a las tiendas, que luego se os llenan de bichos. Recuerdo un año…

—¡Calla, Nico! No cuentes eso ahora, que estamos comiendo —le regañó Mónica.

Me quedé con la duda de qué iría a contarnos Nico. Los de mi alrededor tampoco tenían ni idea. Sabía de alguien que podría contármelo. Después se lo preguntaría. Pero tras nuestra última conversación no estaba segura de poder volver a mirarle de cerca sin ponerme colorada. ¿Lo habría malinterpretado? «Dudo que conozcas todos mis motivos para venir este año…, sobre todo los que me hacen estar aquí ahora mismo». Recordaba literalmente sus últimas palabras y me estremecí al oírlas de nuevo en mi cabeza.

Tiramos cada uno de los desperdicios en su correspondiente bolsa y volvimos a nuestros sitios. Raquel se puso en pie en el centro y comenzó a explicarnos los planes para la tarde.

—Vamos a distribuirnos en grupos para empezar a hacer las construcciones. A ver si conseguimos avanzar lo máximo posible. Os diré qué monitor va a estar en cada construcción y cuando acabe, hacer equipos junto a él. Si quedan muy descompensados tendremos que igualarlos. Así que, como con las tiendas, esperamos que seáis capaces de organizaros vosotros mismos. Sino, acabaremos decidiendo nosotros qué va a hacer cada uno. ¿De acuerdo?

Asentimos y esperamos a que enumerara las construcciones. Yo nunca había hecho ninguna, todo iba a ser nuevo para mí. La verdad es que me daba igual participar en una que en otra.

—Esta tarde David y Sonia estarán en comedor, Jorge en cocina, Mónica en bidonero, Laura en letrina y Nico en fregadero. Yo no voy a estar ahora porque voy a buscar a Pablo a la estación de autobuses. Cuando lleguemos pondremos las boyas en el río para que podáis bañaros, pero eso ya lo haremos nosotros solos.

Pablo era el monitor de los de once a doce años. Tenía que trabajar hasta ese lunes, así que se uniría a nosotros por la tarde. Casi todos los monitores trabajaban y tenían que cuadrar su mes de vacaciones con la quincena del campamento. Alguno todavía estudiaba en la universidad y tenía más tiempo. La verdad era que hacían un gran esfuerzo para poder estar con nosotros.

El equipo de David y Sonia se llenó enseguida, y poco después el de Jorge y Nico. Con Mónica solo había cinco personas, pero ella dijo que ya eran suficientes y se los llevó a la zona de las maderas para comenzar con el bidonero. Laura estaba aún sola y empezó a protestar.

—¿Qué pasa? ¿Nadie piensa hacer sus necesidades durante dos semanas? De acuerdo, no haremos letrina. A ver cómo os lo montáis. Ya he visto a alguno escabullirse fuera de los límites a hacer pis.

Marta y yo no habíamos decidido aún. Como realmente nos daba igual, nos pareció bien trabajar con nuestra monitora, que además no tenía equipo aún.

—Esas son mis chicas. —Nos pasó el brazo a ambas por los hombros—. Necesito a alguien más. Por lo menos dos.

Todos estaban ya en algún equipo. El de Jorge tenía más de quince personas y Laura decidió que eran demasiados.

—Jorge, pásame dos de los tuyos, altos a ser posible. Ya sabes, para hacer el agujero de la letrina. No quiero tener que lanzar una cuerda para sacar a nadie.

Jorge se rio y miró a su equipo. Los más altos eran Jaime, Carlos, Andrés, Marcos y Bea. Nos sacaba casi dos cabezas a todas sus amigas. Jorge los apartó del grupo y les acercó al nuestro.

—Te dejo escoger.

—¡Eh, que no somos objetos! —se quejó Jaime ante la frase de Jorge.

—Ahora sois mano de obra… como nosotros. Es lo que tiene el voluntariado.

—Yo me siento voluntario obligatorio —protestó Carlos.

Laura los miró y nos miró a nosotras. En unos segundos tomó su decisión.

—Ya tengo dos chicas. Escogeré dos chicos. —Puso el mismo tono de voz que en el autobús, sutilmente burlón—. Andrés y Marcos.

Marta y yo miramos a Laura. Era la segunda vez que nos lo hacía, la primera fue cuando nos sentó el final del autobús junto a ellos. Estaba claro que sabía algo y que había hecho su elección a propósito. Pero nosotras no le habíamos dicho nada. ¿Cómo se había enterado?

Los muchachos vinieron a nuestro equipo sin protestar. Laura les revolvió el pelo con gesto afectuoso.

—Gracias, chicos, no os vais a arrepentir.

Cada equipo se ubicó en el lugar de la campa donde iba a realizar su construcción. Se repartieron las maderas y herramientas que iban a necesitar. Nosotros de primeras solo necesitábamos unos picos y unas palas.

Nos dirigimos hacia la parte trasera de los módulos, donde los chopos crecían más cerca unos de otros. Esta zona estaba más dejada. En el suelo había troncos de árboles que habían caído y la

hierba era mucho más alta. No habría sido una zona apta para la acampada, ni siquiera como zona de juegos, podríamos tropezarnos con facilidad.

Caminamos en línea recta unos metros y nos detuvimos delante de un pequeño montículo que destacaba en el terreno llano. Sobre él había apoyados un toldo azul y unos hierros.

—Vamos a excavar un agujero profundo pero no muy ancho detrás de este montículo. Es la zona más discreta que hemos encontrado. Está a una distancia prudente y en línea recta desde la cocina. Será fácil de encontrar incluso de noche. Aun así, pondremos unos cartelitos señalizando el camino.

—¿Aquí mismo? —preguntó Marcos a Laura, dispuesto a levantar el pico y empezar a cavar. Ella rodeó el montículo, alzó el otro pico y dio cuatro golpes contra el suelo.

—Bien, parece un buen lugar. No he visto ninguna piedra, esperemos no encontrar muchas según vayamos profundizando, eso nos complicaría mucho la labor.

Marcos siguió picando donde Laura había comenzado. Ella continuó dándonos indicaciones.

—Hacer el agujero es bastante cansado. Haremos turnos. Marta, Andrés, id montando los hierros de la estructura. Adri, tú coge una de las palas y ve haciendo un montón en un lateral con la tierra que vayamos sacando Marcos y yo.

En menos de cinco minutos estábamos sudando a chorros. El suelo se iba volviendo menos blando por momentos y costaba más retirar la tierra. Por su parte, Marta y Andrés se *peleaban* con los hierros, no conseguían encajarlos.

—Ese no es de ahí, lo estás poniendo mal —lo acusaba ella.

—No, está bien. Lo que pasa es que faltan palos… y otros sobran. ¡Laura!

Laura tiró su pico a un lado y se acercó ellos.

—A ver, chicos, no gritéis. ¿Cuál es el problema?

—Esto no encaja. Yo creo que faltan palos.

—No, no falta nada, es que los estás poniendo seguidos y no van así, tiene que hacer escuadra.

Oyendo a Marta, y sabiendo lo bien que se el daban las mates, estaba bastante segura de que no faltaba ningún palo. Tenía una visión espacial muy buena, en geometría me había tenido que ayudar cientos de veces. A mí se me daba mejor la trigonometría.

—Vamos a ver. Marta tiene razón, este no va aquí. —Ella le sacó la lengua a Andrés, que se cruzó de brazos—. Pero también tiene parte de razón Andrés. Nos faltan los palos del techo. Vamos a buscarlos. —Se giró hacia nosotros—. Enseguida volvemos.

Andrés le devolvió el gesto a Marta y los tres se marcharon riéndose. Me quedé sola con Marcos. Él estaba dentro del agujero, que le cubría por encima de la rodilla. Yo seguía sacando tierra desde fuera con la pala.

—Oye, Adri, ¿planeas enterrarme vivo?

Sacudió su pelo castaño y la camiseta, que estaba mojada de sudor y con la tierra pegada había quedado más marrón que azul. Al pasar la mano por su pecho lo único que consiguió fue extender la tierra formando barrillo pringoso.

—Uy, perdona. Si quieres cambiamos un rato.

—No, no hace falta. No quiero decir que tú no puedas, pero a mí ya me está costando bastante clavar el pico, empieza a haber muchas piedras. Lo estás haciendo muy bien con la pala, solo trata de no echarme la tierra encima.

Saqué la siguiente palada y volví a salpicarle. Cerró los ojos y sacudió la cabeza. La camiseta daba pena.

—Ups, lo siento. Me pongo mejor desde este otro lado.

Rodeé el círculo y cuando volví a mirar Marcos se había quitado la camiseta y se la estaba poniendo a modo de turbante. Era una tontería, íbamos a ir al río en pocas horas y todos nos veríamos en bañador, pero aquí me sentía fuera de contexto y verle con el torso al aire me puso nerviosa. Pensaba que era mucho más delgado de lo que ahora estaba comprobando. Pude ver que tenía los músculos más marcados de lo que parecía con la camiseta puesta.

Se irguió y me vio allí inmóvil, con la pala en la mano y con la vista clavada en sus abdominales.

—¿Qué pasa? ¿Nunca has visto a un chico sin camiseta? —Se rio entre dientes.

Me dejó fuera de juego. Claro que había visto a chicos sin camiseta, en la playa, en la piscina… pero ninguno era él. No tenía excusa, me había pillado. Decidí seguir sacando tierra y salirme por la tangente.

—Marcos, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Claro. —Dejó de cavar y apoyó el codo en el pico. Se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano y esperó mi pregunta.

—Tú has ido a muchos campamentos, ¿verdad?

—Sí, este es el quinto. ¿Por qué?

—Entonces sabrás qué iba a contar Nico a la hora de la comida, cuando Mónica le ha cortado.

—Ah, sí, ya sé por dónde vas. No estoy seguro de que quieras saberlo.

—Si te lo he peguntado será porque sí quiero.

Se agachó y buscó con la mirada. Removió un poco la tierra con el pico y cogió algo. Se levantó y me lo lanzó.

—¡Arg! ¿Qué haces? —retrocedí varios pasos para esquivar la lombriz que me acababa de lanzar.

—Si te da cosa esa simple lombriz, no querrás conocer la historia

de las manzanas.

—No es lo mismo que te lo cuenten que vivirlo. Imagino que tiene que ver con lombrices. Si dejas de lanzarme bichos a la cara y te limitas a contármelo, creo que podré soportarlo.

—Está bien, satisfaré tu curiosidad. Pero luego no me vengas llorando que no puedes dormir en la tienda porque ves gusanos. No eran lombrices exactamente.

—¿Gusanos?

-—Cientos de gusanitos, por todas partes.

—¿Cómo entraron en la tienda?

—No entraron, nacieron allí. Una chica olvidó en la mochila pequeña dos manzanas que había traído para el primer día. A mediados de la segunda semana abrió la mochila para buscar algo y la dejó abierta sin ver lo que se había podrido dentro.

—¡Y salieron todos los gusanos! —Le escuchaba apretando la pala con fuerza, imaginando el susto de la chica.

—No, fue peor que eso. No se dio cuenta y dejó la mochila abierta en la tienda toda la tarde. Tiempo suficiente para que los pequeños gusanos amarillos se retorcieran entre los sacos y las esterillas.

—¡Bua, tuvo que ser asqueroso!

—Sí, lo fue. Cuando nos fuimos a dormir oímos gritos en esa tienda y fuimos todos corriendo a ver qué pasaba. Las chicas salieron sacudiéndose el pelo y la ropa. Miré dentro y vi la plaga entre los sacos pero también una montaña retorciéndose dentro de la mochila abierta. Creo que esa noche nadie pegó ojo.

—Es repugnante —comenté, imaginándome la escena.

—Ya te avisé de que no querrías saberlo, pero has insistido…

—¿Y cómo los sacaron de la tienda?

—Con mucha paciencia, precisamente Nico y Mónica fueron los que vaciaron la tienda y la limpiaron. Mónica vomitó al final. El resto

de los monitores sacudieron los sacos hasta que no quedó ni un solo gusanito dentro. Algunos nos solidarizamos y les quitamos a las chicas los que tenían en el pelo.

—¡¿En el pelo?! —Me estremecí ante la idea y sacudí la cabeza—. Con eso sí que no puedo. No me importa ver bichos pero que me toquen…, es superior a mis fuerzas. Especialmente los gusanos.

—¿No te dan miedo las arañas? —Marcos me miró desconfiado.

—No. No me da miedo ningún bicho. Solo algunos me dan asco.

—Mejor, así me ahorrarás el entrar en vuestra tienda a sacar un par de arañas al día. —Se puso serio y siguió cavando—. De todas formas, procurad dejar las cremalleras cerradas.

—Si un día olvidamos cerrarlas y entra un gusano asqueroso…, ¿puedo llamarte para que lo mates?

—¿Quién ha hablado de matar a nadie? —dejó de cavar y puso los brazos en jarra.

—Bueno, me da igual lo que hagas luego con él mientras lo saques de la tienda. Yo sería incapaz de tocarlo.

—Ah, bueno. Si no se trata de aniquilar a ningún ser vivo, puedes contar conmigo las veces que haga falta. —Sonrió y volvió al trabajo.

Mantuvimos un silencio solo interrumpido por algún que otro gemido de esfuerzo hasta que él empezó a tararear una melodía que en cuanto descubrí de cuál se trataba, no pude evitar seguir.

Al final, terminamos cantando —sin importarnos desafinar y a pleno pulmón— Iberia Sumergida, de Héroes del Silencio, y fuimos sumando canciones que nos gustaban a uno y a otro de forma alternativa, descubriendo que compartíamos gustos musicales y, después, literarios.

A él también le encantaban las historias de suspense y había leído a mi autora favorita, Agatha Christie. Eso me llevó a confesar que de mayor me gustaría ser escritora o periodista, y él me habló de las

dudas que aún tenía sobre sus planes de futuro. Le gustaba el deporte, sobre todo en el agua, aunque consideraba que vivir de ser deportista era demasiado sacrificado. De momento, nadaba a diario y se estaba planteando la posibilidad de dedicarse al socorrismo, aunque no estaba convencido del todo. No lo veía como algo para toda la vida. En el instituto, tenía preferencia por los idiomas, la historia y la filosofía. Leía mucho sobre la mente humana y el cerebro, pero no se veía como neurocientífico ni nada por el estilo. No tenía claro qué iba a estudiar, pero sí que acabaría trabajando con personas de tú a tú, no metido en una oficina pegado a un ordenador ocho horas al día. Quizá médico, pero no en un quirófano.

Cuando de pronto golpeó con fuerza en el fondo del hoyo y el sonido fue metálico, me miró con los ojos como platos y susurró:

—¡Lo hemos encontrado!

—¿El qué? —pregunté yo igual de bajito.

—¡El tesoro de Willy el tuerto!

Su carcajada fue contagiosa y, tras mi desconcierto inicial, acabé partiéndome de la risa por su referencia a la película de *Los Goonies* que habíamos visto en el autobús, en la que un grupo de chavales se embarcaban en la búsqueda de un tesoro pirata.

Lo que había al fondo del hoyo resultó ser una chapa metálica bastante enana, sin valor alguno, pero Marcos siguió bromeando al respecto.

—Solo está sucia, pero seguro que es de oro.

—Lo dudo.

—Valdrá una fortuna. Así que la venderemos y nos fugaremos a una isla paradisíaca. Tú escribirás historias de suspense y yo estudiaré la mente de los indígenas.

—¿Indígenas? ¿Qué clase de isla paradisíaca es esa?

—No sé, la que nosotros queramos.

—Tú no harías eso.

De pronto, Marcos dejó de observar la chapa oxidada y fijó su mirada en mí.

—¿Crees que no me fugaría contigo?

La pregunta me hizo tragar saliva. Ya no parecía una broma sin más, su mirada planteaba la pregunta con cierta seriedad. Y a mí la idea me resultaba, como poco, tentadora, por muy loca que fuera.

Ver que me costaba responder pareció agradarle, pues en sus ojos apareció un brillo muy peculiar. Tragué saliva y jugueteé con la pala sobre la tierra removida.

—Lo que creo es que si encontráramos un tesoro en ese hoyo, ninguno de los dos nos lo quedaríamos para nosotros solos. Lo compartiríamos con todos nuestros compañeros.

—Eso crees, ¿eh? —Su sonrisa fue retorcida.

—Estoy segura.

Marcos se encogió de hombros y lanzó la chapa a un lado.

—El segundo síntoma de la muerte de nuestros sueños son las certezas —murmuró antes de seguir cavando.

—¿Qué?

—Es una frase que leí en algún sitio. Ya te he dicho que leo mucho sobre la mente humana.

No sé si él siguió dándole vueltas en silencio, pero a mí me dejó muda y pensativa un buen rato.

Laura volvió poco después con Marta y Andrés, que seguían discutiendo sobre la posición de los palos del toldo. Cargaban con un saco enorme de cal, una pala de plástico, papel higiénico y bolsas de basura.

—Como veo que no os vais a poner de acuerdo, vamos a cambiar

ya el turno. Marcos, puedes salir ya del agujero. ¡Estás hecho un asco!

El aludido se apoyó en el borde del hoyo para salir de un salto. Tenía la cara manchada como un minero, pero hasta así me parecía guapísimo, además de interesante. Cuanto más tiempo pasaba con él era peor. ¿Qué iba a hacer? Que fuera siempre tan encantador conmigo me ponía muy difícil el negar lo evidente: me estaba enamorando de él.

Bebimos un trago de agua de la cantimplora que había traído Laura y nos pusimos a montar los hierros. Los otros tres siguieron con la excavación.

—Sí que son un poco raros estos palos. No entiendo dónde tiene que ir este tan fino.

—Si te soy sincero… yo tampoco. ¡Laura!

Mi monitora vino a ayudarnos. Montar la tienda de campaña era más sencillo que este simple toldo. Tras varios intentos fallidos, logramos montar la estructura que nos proporcionaría intimidad y nos protegería de la lluvia cuando fuéramos a hacer nuestras necesidades. Pensando en ello, me di cuenta de que no había hecho pis desde que había salido de mi casa. Me entraron unas ganas terribles, pero aún no estaba terminada la letrina. Me acerqué a Laura para que Marcos no me oyera y le pregunté a dónde podía ir.

—Allí, detrás de aquel otro montículo. Toma, llévate un rollo y una bolsa, no hay que dejar papeles por ahí tirados.

Salí corriendo.

—¿A dónde vas, Adri? —me preguntó Marta.

—Va a *mear de campo* —le contestó Marcos, riéndose. Se había enterado de todo.

—Espérame, que yo también quiero.

Cuando volvimos, Laura se había ido y Marcos estaba de nuevo

dentro del hoyo, que ya le cubría por encima de la cintura. Andrés también estaba dentro y sacaba paladas a toda velocidad.

—¿Por qué tanta prisa ahora? —les pregunté.

—Pablo y Raquel ya han venido. Le han pedido a Laura que les ayude y en cuanto pongan las boyas podremos ir al río.

—Y yo quiero acabar antes de ir, que si tenemos que seguir después no servirá de nada haberme lavado. —Marcos me miró y me echó un puñado de tierra que impactó contra mi brazo.

—¡Eh! ¡Que ya te he pedido disculpas! —protesté y me sacudí la manga.

Marta y yo nos unimos a ellos y enseguida dimos por concluida la labor. El agujero era suficientemente profundo para las dos semanas, o eso pensé yo. No había utilizado una letrina en toda mi vida. Me dio vergüenza tener que pedir instrucciones para algo así, pero no pude evitarlo al ver el saco de cal y la pala.

—Muy sencillo —me explicó Andrés, acompañando con gestos su discurso—, tú te agachas sobre las maderas con cuidado de no caerte al hoyo, y cuando terminas echas cal para tapar tus *caquitas* y un poco de tierra después. Luego ello va bajando solo, para que no se amontone más y más y llegue a sobresalir…

—Basta, Andrés, no hace falta que des tantos detalles —le cortó Marta.

—¿Te parece asqueroso? Es algo natural, una necesidad humana.

—Sí, eso ya lo sé. Solo te pido que no te recrees mientras lo cuentas. No hace falta visualizar una montaña de *eso* sobresaliendo del hoyo.

Pero ella misma se rio de la imagen y todos arrugamos la nariz ante la idea. Estábamos a punto de llevar el toldo a su lugar cuando Jorge nos gritó desde la zona del comedor. Solo su torrente de voz podría oírse a esa distancia.

—¡Dejad de momento todo como esté! ¡Nos vamos al río!

Los chicos salieron disparados y nosotras fuimos detrás más despacio. Llegamos a la zona del comedor, que ya tenía tres mesas montadas y los cabrios de la cuarta estaban en el suelo esperando a ser clavados, para después apoyar en ellos el tablero.

—Venid, chicas, ya hemos cogido vuestras mochilas. Las demás ya se están cambiando en la tienda.

Esther, que ya llevaba puesto el bañador, nos acompañó hasta la zona de tiendas, donde el resto de los compañeros se organizaba también por turnos para cambiarse.

—Enseguida salimos —oímos decir a Bea desde dentro.

—Por cierto, de momento las mochilas las dejamos fuera. Cuando volvamos a cambiarnos de nuevo ya nos organizaremos. Lo que sí hemos colocado son las esterillas para cubrir el suelo. Las hemos colocado al azar, ya veremos cómo nos ponemos para dormir. Caben cinco en vertical hacia la puerta y una en horizontal al final, que no podría ser Bea, que no da de largo…

—Te he oído Esther —le riñó Bea, que ya estaba acostumbrada a las bromas respecto a su estatura. Abrió la cremallera de la puerta y salió casi de rodillas delante de Sara y Rosa—. Os toca —nos dijo Rosa, que llevaba el mismo bikini que Sara, pero en otro color.

—Qué monas, vais a juego —les dijo Marta.

—Fuimos juntas de compras y nos gustó el mismo. Por lo menos los había en distinto color. Sabemos que nos vacilarán con el tema, pero nos da igual.

—La verdad es que es muy bonito. Hacéis bien. Si os gusta, qué más da lo que digan los demás —les felicitó Bea.

Marta y yo buscamos nuestros bikinis, toallas y chancletas y entramos en la tienda.

8

La carrera

Cuando llegamos al río, ya estaban casi todos allí. Las seis bajamos juntas hasta la orilla y dejamos las toallas estiradas en una zona llana al sol, para tumbarnos a secarnos después.

Había sudado bastante y me apetecía un baño más que nada en ese momento, pero en cuanto metí un pie en el río se me quitaron las ganas. Estaba helada.

—Uff, me va a costar meterme más de lo que pensaba. —Bea se llevó una mano a la tripa—. Estoy con la regla.

—Bueno, pues poco a poco—. Le di la mano y caminé despacio sobre las piedras. Imaginé que ese sería el motivo por el que había rehusado participar en la carrera. No se sentía bien.

No habíamos avanzado ni dos pasos cuando Borja y Pedro, otros dos chicos de nuestro curso que ya estaban dentro del agua, se pusieron a salpicarnos.

—Venga, venga, meteos de golpe que es mejor —proponía Borja mientras nos calaba.

—¡No salpiquéis!

—¡Basta!

—¡Ya veréis como os pille!

Cada una nos quejamos a nuestro modo, pero Marta decidió atacarlos y comenzó una pequeña batalla a la que se unieron todos los que andaban cerca.

—¡Nada de aguadillas! —nos regañó Pablo, que seguía colocando las boyas.

—Oh, vamos. Solo estamos jugando —lo intentó convencer Jaime.

—Parece mentira. Tú que eres el más mayor deberías ayudarnos a poner orden.

Las palabras de Pablo sonaron incoherentes cuando Nico y David se unieron a la batalla.

—Eso, y vosotros dando ejemplo —tuvo que reñirles también a ellos.

—Es verdad, Pablo, tienes razón —se disculpó David.

—Venga, juguemos a otra cosa —propuso Nico, levantando en sus hombros a uno de los más pequeños. Me fijé en que tenía un enorme moratón inflamado en las costillas. El golpe que le habían dado con la cantimplora tenía que haber sido bastante fuerte.

—Nosotros habíamos quedado en hacer una carrera a nado —confesó Jaime.

—¡Qué buena idea! Podemos ir desde estas boyas hasta las otras. Es distancia suficiente. ¿Quién se apunta?

Nico fue preguntando a todos los interesados. Además de los que ya habíamos dicho que sí antes, se animaron otros nueve.

—Bien, como sois muchos para ir de una sola vez, haremos dos turnos. —Yoli, que había reclamado su puesto de árbitro, se adjudicó también la organización—. Después, los ganadores competirán entre ellos, así sabremos quién es el más rápido.

Ella misma hizo los equipos, empezando la competición los que

nos habíamos apuntado a la mañana y después los recién incorporados. Nos colocamos a lo largo de la hilera de boyas y esperamos el pistoletazo de salida.

—Preparados, listos, ¡ya!

Los ocho participantes comenzamos a chapotear hacia la meta.

—¡Ánimo, chicas, tenéis que ganar una de vosotras! —nos gritó Lucía, haciendo honor a su papel de animadora.

—¡Rápido, Jaime, que te quedas atrás! —le regañó Yoli, viendo que iba en cuarto lugar, justo detrás de mí.

Solo Carlos y Marcos iban por delante, muy igualados. Tanto que Yoli declaró un empate cuando salimos del agua.

—Desde mi posición creo que habéis llegado a la vez. Tú has sido la tercera Adriana, ¿quién crees que ha llegado antes?

No estaba segura. Yo iba a lo mío y no me había fijado bien. Tal vez Marcos se había detenido antes, pero no podía asegurarlo. Preferí no arriesgarme para ser justa.

—No lo sé, Yoli, no lo he visto bien, iba nadando y ya casi no podía con mis brazos.

Estaba agotada. Pero había merecido la pena, era la tercera, y la primera de las chicas. Me hizo mucha ilusión, sobre todo cuando Jaime me felicitó.

—Enhorabuena, Adri, eres una gran nadadora.

—Oh, gracias. Siento que te haya ganado… una chica.

—Sé que no lo sientes en absoluto. Pero no te preocupes, no has herido mi ego. Eres más rápida nadando que yo y así lo has demostrado. No tiene nada de malo.

—Me alegra que pienses eso. Ojalá todo el mundo lo viera de ese modo.

—Sí, mi novia la primera. —Echó una mirada a Yoli, quien estaba claramente decepcionada, pero en ese momento estaba ocupada

dando la salida al siguiente grupo.

Nos sentamos en la orilla junto a los espectadores a ver el resultado de la segunda ronda.

—Lo que me extraña es lo del empate —murmuró Jaime.

—A mí también me parece muy sospechoso. —Yoli se acercó a nosotros y habló bajito—. Marcos iba como frenándose cuando le empezaba a sacar mucha ventaja. Creo que se ha dejado ganar, bueno, empatar.

—Ya decía yo que no podía ser. —Jaime se giró y señaló a Marcos–. Eres un buenazo. Carlos no se lo merecía, por orgulloso.

—No sé de qué me hablas. —Marcos se hizo el loco, pero su mirada lo delataba.

—¿Cómo lo sabías? —le pregunté a Jaime. Yoli lo había visto desde la orilla y podía sospechar, pero a Jaime no, estaba nadando.

—Porque Marcos tiene ventaja en ese sentido. Imagino que por eso no ha querido abusar y ha permitido que Carlos empate con él. Pero debería haberle ganado para hacerle callar.

—¿Ventaja? ¿A qué e refieres? ¿Tiene branquias?

Jaime rompió a reír.

—¡Qué ideas tienes, Adri! No, es otra cosa. Pero no lo sabe casi nadie. El inconsciente de Carlos sí lo sabe y aún así le ha retado.

Yo ya sabía a lo que se refería, el propio Marcos me lo había contado mientras cavábamos el hoyo de la letrina, pero me hice la loca, porque no quería delatar que tenía información de primera mano de Marcos, ya que era algo muy reciente.

Parecía que Jaime no iba a decírmelo y decidí ir directamente donde él.

—Oye, Marcos, ¿por qué te has dejado ganar?

—Qué manía, que no me he dejado ganar. Además, hemos empatado.

—No te creo. Si tienes esa ventaja, ¿por qué no la has usado?

Él miró hacia otro lado. Fue Carlos el que se acercó y me lo reveló como si con eso pudiera molestarlo.

—Su supuesta ventaja es que entrena. Se está preparando para ser socorrista, y tiene que pasar unas pruebas, por lo que suele ir a nadar. Pero no sé si las pasarás, no te he visto muy rápido hoy.

—Tanto como tú, listillo —le increpó con voz ronca.

—Bueno, no estoy dispuesto a que se dude de mi media victoria. Exijo un desempate.

—Ya lo vais a tener, nadaréis contra el que gane la segunda ronda – apunté.

—Marcos, ¿vas a competir en serio esta vez? —solicitó Jaime.

—Claro, si no, no vale —protesté yo. No importaba que él entrenara. Si era más rápido, lo era y punto. Cada uno contaba con lo que tenía, unos más altos, otros más ligeros…

—Tengo una idea. Apostaos algo que os motive para competir en serio —opinó Yoli—. Además, el ganador de esta ronda no va a volver a nadar. Dice que está cansado y que solo lo hacía para divertirse. Así que sois solo vosotros dos.

—No me gustan las apuestas. —Marcos no parecía muy convencido.

—A mi me parece una idea estupenda. —Jaime estaba emocionado—. Pero… ¿qué pueden apostar?

—Yo qué sé, que lo decidan ellos. —Yoli se sentó junto a la orilla —. Pero que sea rápido, que me estoy quedando helada.

Sentí la mirada de Carlos fija en mí. Lo miré y vi una media sonrisa en su rostro que me dio mala espina.

—Ya lo tengo. —Carlos se acercó a Marcos y le extendió la mano —. Nos apostaremos un beso de la ganadora femenina.

—¿Eh? ¿Qué? ¡No os podéis apostar eso! —Tardé un poco en

reaccionar y darme por aludida. Después protesté tan alto que los que estaban cerca miraron alarmados.

Marcos también tardó unos segundos en reaccionar. Buscó a Jaime con la mirada, quien le hizo un gesto de aprobación, y después apretó la mano de Carlos con fuerza.

—Yoli, tú arbitras —le dijo Marcos. Se volvió hacia mí y me guiñó un ojo.

—Entonces…, ¡al agua patos! —Jaime se estaba divirtiendo de lo lindo.

Carlos y Marcos entraron en el agua y se colocaron en la hilera de boyas, esperando las indicaciones de Yoli.

—No lo voy a hacer, me da igual lo que digáis —les grité desde la orilla.

¿Quién se había creído Carlos para proponer esa apuesta? ¿Y cómo se le ocurría a Marcos aceptarla? No podían obligarme a darles un beso si yo no quería, eso por descontado. De todas formas…, acabé sentada junto a Jaime a ver la carrera.

—Vaya, Adri, eres una rompecorazones —bromeó Jaime.

—No tiene gracia. No pienso besar a ninguno de los dos.

—A Carlos se le nota mucho que le gustas, pero de Marcos me sorprende más —murmuró Yoli tan bajito que casi no la oí.

—¿Qué? No es cierto. Carlos me ha propuesto a mí por ser la ganadora femenina, nada más.

—Ay, Adri, que inocente eres. —Jaime se rio de mi comentario—. Eso era solo una excusa.

—Pues claro. Carlos te mira con cara de bobo, cualquiera se daría cuenta, pero Marcos es más reservado. —Yoli habló más alto esta vez para que la oyera bien—. Además, esa competitividad por parte de Carlos… Está claro que quería quedar por encima para fardar delante de ti, que pareces más interesada en Marcos. Lleváis todo el

día juntos.

Me puse colorada. Era cierto, durante este largo día había estado con Marcos mucho tiempo: en el autobús, tras la caída de Lucas, al ir a por las cantimploras, excavando el hoyo…

Mis amigas vinieron corriendo desde la zona donde habíamos extendido las toallas.

—¡Adri, Adri! —Marta saltó hasta la orilla—. ¿Es cierto que eres el premio del ganador?

—No me lo puedo creer. ¿Quién va diciendo esa barbaridad por ahí?

—Todos. Comentan que han hecho una apuesta y serás la novia del ganador.

—¿Qué dices? ¡La cosa no ha ido tan lejos! Lo que han apostado es *solo* un beso y sin mi consentimiento. Así que ya pueden ir buscándose otro premio. No soy una cosa.

—¿Y quién quieres que gane? —me preguntó Bea. La miré incrédula.

—¿Tú qué crees? Me da exactamente lo mismo. Os repito que no voy a besar a nadie.

Yoli levantó el brazo con su gorra en la mano. Los participantes se separaron unos metros y la miraron, esperando su señal.

—Preparados, listos…, ¡ya!

Se había creado una gran expectación. El rumor de la apuesta había llegado hasta los oídos de los monitores, y se estaban acercando a la orilla a ver la carrera. Todo el campamento se había enterado. ¡Qué vergüenza!

—¡Ánimo, Carlos, tú puedes! —gritó Elena.

—Qué raro, Elena no anima a Marcos, ¿por qué será...? —canturreó Bea con tono irónico.

Yoli le echó una de sus frecuentes miradas a Bea. No le gustó que

se metiera con su amiga. Pero era cierto, Elena no quería que ganara Marcos, evidentemente para que no se llevara el supuesto premio.

La carrera estaba muy igualada. Quedaba menos de la mitad del recorrido y parecía que fueran a empatar de nuevo. Pero de pronto Marcos aceleró el ritmo. Me tuve que levantar para ver mejor lo que ocurría. En pocas brazadas, llegó a la meta, dejando una gran distancia entre él y Carlos.

—¡Bravo! ¡Vaya recta final!

Jaime se levantó para aplaudir. Todos los espectadores aplaudieron con él. Algunos fueron a felicitar a Marcos. Carlos se quedó en el agua. Volví a sentarme al verle acercarse entre el barullo.

—Bueno, ¿dónde está mi trofeo?

Lo miré horrorizada. Jamás habría imaginado que fuera a reclamar mi beso tan descaradamente y delante de todos. No me lo esperaba de él.

—No me mires así, Adri, es broma.

—Pero tú te lo has ganado, tienes derecho a reclamarlo —puntualizó Jaime, que me cogió por los hombros y me acercó a Marcos.

Todos se quedaron mirándonos, esperando mi reacción. Yo no me moví.

—Si ella no está de acuerdo, no cuenta —puntualizó Marcos—. Me reservo mi derecho al premio hasta que quiera dármelo voluntariamente.

Respiré aliviada. Marcos me liberaba del compromiso en el que me habían metido. Pero no lo hacía totalmente, solo hasta que yo lo decidiera. Eso me gustó, porque significaba que quería recibirlo. Y yo claro que quería dárselo, pero no así, no delante de toda esa gente,

no porque fuera un premio que se había ganado. Me pregunté qué habría pasado de haber ganado Carlos. Él no habría sido tan comprensivo como Marcos, seguro, y tendría que haber estado protestando mucho más tiempo, ya que a él no pensaba besarlo bajo ningún concepto. En cambio con la frase de Marcos, el tema quedó zanjado de inmediato.

Algunos volvieron al agua y yo me fui a la zona de las toallas con las chicas de mi tienda. Los monitores repartieron unos bocatas de paté que agradecimos enormemente. El trabajo de las construcciones y la carrera en el río nos había abierto de nuevo el apetito.

***

—A ver, a ver… —Laia intervino en cuanto el capítulo terminó—. Me he estado mordiendo la lengua desde el momento en el que quedaste tercera, para decirte ¡enhorabuena!, pero ya cuando han hecho esa apuesta tan chunga…

—Imaginaba que te escandalizaría —adujo Adriana—. De hecho, me tranquiliza que así sea.

—¡¿Pero cómo nadie más que tú protestó?! ¡Ni siquiera los monitores dijeron nada, y estaban allí, mirando la carrera como los demás!

—Supongo que les llegó el rumor y se quedaron observando para controlar la situación, por si la cosa se ponía seria. Nadie me podría haber obligado a besar a nadie, por supuesto, aunque yo en aquel momento pensara que podrían intentarlo.

—Te habrías negado.

—Las veces que hubiera hecho falta.

—Pero ¿por qué los monitores no lo cortaron desde el principio?

—No estaban allí al principio. Y de todas formas, eran muy jóvenes también, supongo que se lo tomaron como un juego, nada más. Si yo hubiera dado señales de sentirme asustada, coaccionada o no ser capaz de resolverlo por mí misma, habrían intervenido. Hoy en día, habría sido diferente, no me cabe duda, pero eran otros tiempos, han pasado treinta años. Hay cosas impensables ahora que antes eran... más habituales. Aunque no estuvieran bien.

—Si tú lo dices… — Laia se quedó pensativa—. Creo que Marcos accedió a competir para conseguir tu beso. Sabía que podía ganar y pretendía hacerlo. Pero luego te vio reacia y se arrepintió de su impulso. Aunque puede que lo hubiera hecho de todos modos, porque así Carlos no podría exigir besarte.

—Es una posibilidad.

Laia le dio un pequeño codazo a su madre.

—Jaime tenía razón. Eras una rompecorazones.

Adriana rio con nostalgia.

—No creo haber roto el corazón de Carlos, nunca nos conocimos lo suficiente para ello. Como mucho le gustaba.

—Crees que no era amor, quieres decir.

—Obviamente, nadie está en el interior de otra persona para saber algo así con certeza, pero estoy bastante segura de que no lo era. Quizá un pequeño cuelgue, completamente platónico, porque nunca le di muestra de interés por mi parte. Pero dudo mucho que fuera amor. El amor es otra cosa.

—Y tú ya sabías que te estabas enamorando de Marcos — sentenció Laia, pues las palabras estaban tal cual en el texto que su madre acababa de leer.

—En aquel preciso momento, tenía sentimientos encontrados. Si me hubiera reclamado el beso, me habría decepcionado, porque habría demostrado ser de una forma distinta a la que me hacía

sentir esas cosas tan bonitas por él.

—Porque habría antepuesto sus propios deseos sin importarle si tú estabas preparada para ellos —declaró Laia, mostrando de nuevo aquella vulnerabilidad en la mirada. Volvía a recordar lo vivido con Raúl, un chico del que había creído sentirse enamorada.

—Eso es, tesoro. Eso es.

Adriana le dejó un tiempo para que ordenara sus ideas. Pensó que ya habían tenido suficiente por esa noche y estaba a punto de cerrar el cuaderno cuando Laia volvió del lugar adonde su mente se había retirado a meditar.

—Pero como Marcos supo comportarse como tú necesitabas, no te decepcionó en absoluto —declaró de pronto.

—Exactamente —convino su madre.

—Y seguiste enamorándote de él cada día que pasaba, ¿verdad?

—Pues…

—Sigue, sigue leyendo, por favor.

Con una sonrisa, Adriana pasó a la siguiente página.

9

La primera noche

Aún no se nos habían secado los bañadores cuando tuvimos que ir a cambiarnos para seguir con las construcciones. Aunque nosotros casi habíamos acabado, las mesas del comedor estaban a medias y la cocina iba muy retrasada.

Laura pidió a Marcos y a Andrés que ayudaran con los tablones y a nosotras nos llevó con varios de los más pequeños para hacer los carteles del camino de la letrina.

—Chicas, os dejo a vosotras encargadas. Yo voy a echar una mano en la cocina, que si no hoy no cenamos.

Estuvimos muy a gusto dibujando con Lucas, Nuria y Álvaro, de once años. Estaban ilusionados por que llegara la noche. Aunque aún no haríamos juegos, pues tocaba descansar del duro día, la velada consistiría en repartir los nombres para los regalos del *amigo invisible* y distribuir los pañuelos que definirían a qué grupo perteneceríamos a lo largo de todo el campamento, para los juegos, los turnos de fregado o servir la comida.

—¿Qué es eso del amigo invisible? —preguntó Lucas.

—Es un juego. Los nombres de todos los del *campa*, *monis* incluidos, están escritos en unos papelitos y metidos en una bolsa. Tú coges un papelito y el nombre que te salga, es tu amigo invisible —le explicó Álvaro.

—¿Y qué pasa con ese amigo? —Lucas no lo comprendía. Yo sí había jugado con mis amigas. Solíamos hacerlo en Navidad. Pero esta versión tenía algo nuevo que yo desconocía.

—Tienes todo el *campa* para prepararle un regalo, pero lo tienes que hacer con tus propias manos.

—No es solo el regalo, tienes que ser su amigo invisible durante todo el *campa*. Eso significa que tienes que intentar ayudarlo y apoyarlo como si fuera tu mejor amigo, pero con disimulo. —Nuria nos explicó esto también a Marta y a mí, que no teníamos ni idea.

—Qué juego tan completo —exclamó mi amiga.

—Yo soy pésima en manualidades, no sé qué podré hacer.

—No te preocupes, Adri, haremos muchos talleres y puedes regalarle algo de lo que hagas. —Nuria intentó consolarme y darme todo tipo de soluciones—. O te puedo enseñar a hacer pulseras de hilo, se me dan muy bien.

—Vaya, gracias. Pero ¿tú cómo sabes tantas cosas? ¿No es tu primer campamento?

—Sí. Todo lo que sé me lo ha contado mi hermana Elena.

—¿Eres la hermana de Elena? No tenía ni idea.

—Y yo soy el hermano de Yoli —dijo Álvaro.

—¿Y hay más hermanos por aquí?

—No, que yo sepa. Bueno, Pablo y Raquel, los monitores.

—Ah, eso sí lo sabía. Se parecen mucho. ¿Y tú tienes hermanos, Lucas? —le pregunté al pequeño, que seguía dibujando flechas.

—Sí, uno de tres años. Se llama Marcos, como tu novio.

Me quedé blanca. Marta se rio a carcajadas.

—Lucas, Marcos no es mi novio. ¿De dónde has sacado eso?

—Lo he adivinado yo. Nuria dice que no, que Marcos es el novio de su hermana Elena. Pero yo os he visto juntos y parecéis novios.

—Una conclusión muy lógica. —Marta seguía riéndose.

—Yo no he dicho que mi hermana sea la novia de Marcos, no digas mentiras, Lucas. Lo que he dicho es que lo habían sido cuando tenían nuestra edad.

—Nuria, bonita, con once años no se puede tener novio —le trató de explicar Marta.

—Porque tú lo digas. Yo tengo novio. Se llama Sergio y va a mi clase.

—Qué precoces son los niños de ahora. —No me imaginé a mí misma con novio a esa edad. ¡No me imaginaba ni ahora! Intenté desviar un poco el tema—. ¿Sabes una cosa? Ese novio tuyo se llama como mi hermano, que también tiene tres añitos, como el hermano de Lucas. Y le voy a echar mucho de menos estos días.

Seguimos hablando de hermanos y de nuestras familias en general hasta que Laura vino a buscarnos.

—¿Habéis terminado?

—Sí, justo íbamos a ir a colocarlos —le respondí, mostrándole nuestros diseños. Habían quedado muy bonitos. Sobre todo el que indicaba «libre» por un lado y «ocupado», por el otro, para la entrada a la letrina.

—¡Han quedado geniales! En cuanto los pongáis, id a guardar las mochilas y estirad los sacos para la noche. Dejad a mano la linterna y una sudadera, que en cuanto se esconda el sol va a refrescar.

Colgamos los carteles de las ramas más bajas de los árboles que formaban una hilera en el camino hacia la letrina. La barrera de «libre» y «ocupado» la pusimos delante del montículo. Detrás de él asomaba el toldo azul de la estructura que tanto nos había costado

montar. Alguien la había colocado en su lugar. Me asomé a ver cómo había quedado.

—No sé si podré hacer mis cositas aquí —se lamentó Nuria.

—Seguro que sí, es muy fácil. —Álvaro nos hizo una representación aún más graciosa de lo que había hecho Andrés antes—. Mira, pones un pie en la madera, pasas el otro al otro lado, sin meter el pie en el hoyo, y luego te agachas y te agarras a ese palo para no perder el equilibrio.

—Bueno, es verdad, no parece tan difícil. —Nuria parecía menos preocupada.

Revisamos que todos los carteles estuvieran bien colocados y nos fuimos a las tiendas. Nuestras cuatro compañeras nos estaban esperando para organizar la nuestra.

—Ya estamos todas, ya podemos repartir los sitios. —Bea se levantó y abrió las puertas de la tienda de par en par—. ¿Alguien quiere el hueco de atrás? Yo lo siento chicas, pero no quepo.

—Yo soy la más bajita —alegó Sara, poniéndose de puntillas—. Soy la que quepo mejor. Si nadie tiene ninguna pega, me pongo yo misma. Pero colocad los pies hacia la puerta, no me vayáis a pisar la cara.

Todas nos reímos al visualizar la imagen que nos acababa de describir. Nadie estuvo en desacuerdo por lo que Sara cogió su saco y su mochila, se descalzó y entró en la tienda. Cambió su esterilla por la que estaba al fondo, ya que antes las habían ubicado todas, y después estiró su saco sobre ella. Efectivamente, el hueco era bastante justo.

—Entonces nos quedan las paredes para dos y el centro para tres. A mi me da igual, si alguien tiene alguna preferencia que lo diga.

Nadie respondió a Bea, todas se encogieron de hombros. Así no nos íbamos a poder decidir.

—¿Por qué no lo hacéis a sorteo? —propuso Andrés desde dentro de su tienda—. A este paso se os va a hacer de noche.

—Desconecta la antena, Andrés —le regañó Marta.

—Encima que os intento ayudar, ¡qué desagradecida!

—Tiene razón —le defendió Esther—. Si a todas nos da igual, será lo más rápido.

—Podéis poneros de menor a mayor, según la fecha de nacimiento —se le ocurrió a Sara.

—Vale, si seguimos el mismo orden de las tiendas, la más pequeña a la izquierda y la más mayor a la derecha.

Cogimos las esterillas para ordenarlas antes de poner nada encima. Sara era la más pequeña, pero ya estaba colocada atrás del todo. Por lo tanto, a mi me tocaba la pared izquierda.

—¿Cuándo era tu cumple Rosa? —Bea estaba haciendo cuentas.

—El 15 de marzo.

—Entonces creo que te toca en medio. Veamos, yo el 18 de enero, Esther el 1 de febrero, tú el 15 de marzo, Marta el 29 de mayo y Adri el 14 de julio.

—¿De quién es el cumpleaños el día 14? —La voz de Andrés se oyó de nuevo dentro de su tienda.

—De Adriana —le respondió Bea.

—No nos olvidaremos de felicitarte, Adri. Te daremos un buen tirón de orejas.

—Eh, gracias, Andrés —le respondí, gritando un poco para que me oyera, aunque no habría hecho falta. Nuestra conversación se oía de sobra. No me gustaba que me tiraran de las orejas, pero al ofrecerse para felicitarme, no me quedó otra que dar las gracias.

—Deja de cotillear, Andrés, o te vamos a tener que poner tapones. —Marta seguía discutiendo con él, como de costumbre. Era la manera que tenían de estar siempre el uno con el otro.

—Tapones es lo que vais a necesitar vosotras esta noche para poder dormir con los ronquidos de Marcos, aquí enfrente.

—Yo no ronco, al menos no tanto como tú —le acusó el aludido, que también estaba dentro de la tienda.

—No sé, igual ronco más que tú, como no me oigo.

La carcajada de Andrés fue contagiosa.

—Lo que nos faltaba, un dueto de roncadores en la tienda de enfrente. —Marta se acercó hasta allí y les dijo desde la puerta—: Como no nos dejéis dormir me levanto y os meto un calcetín en la boca a cada uno.

—No creo que te atrevas a entrar en nuestra tienda a la noche —la retó Andrés.

Marta dudó unos segundos, y al final, dando la espalda a su tienda y volviendo hacia la nuestra, respondió levantando la cabeza.

—Tú ponme a prueba.

Se oyeron las risas de los chicos. Jaime sacó la cabeza entre las cremalleras de la puerta y nos miró con cara de bueno.

—Siento deciros que vamos a roncar los cuatro habitantes de esta humilde morada. Sed comprensivas y no nos ataquéis con calcetines sucios.

—Vaya. Ahora ya no son dos, son cuatro ronquidos simultáneos. —Bea se llevó las manos a la cabeza.

—Pero os proponemos una cosa. Os damos una ventaja de quince minutos para que os durmáis. Yo me encargo de que ninguno de estos se duerma antes.

—Es más que nada —comentó ella.

—Yo tardo un montón en conciliar el sueño, a mí no creo que me sirva de mucho —se lamentó Marta.

—Salvo en los autobuses, querrás decir —maticé yo, y las dos reímos.

—Más no te puedo prometer. Roncar es algo que no podemos evitar.

—Bueno, bueno. Vale, me conformaré con eso. Gracias, Jaime.

El chico metió la cabeza de nuevo en la tienda y nosotras terminamos de colocar nuestras cosas. Tuvimos que encender una linterna, porque aunque fuera aún se veía, dentro estaba muy oscuro.

—Ya se acaba el primer día, chicas. —El comentario de Esther me hizo reflexionar sobre la cantidad de cosas que habían pasado en ese día, que aún no había acabado. A mí se me estaba haciendo muy largo, pero no de forma negativa, todo lo contrario—. ¿Qué tal os lo estáis pasando?

—Yo muy bien, pero estoy agotada. Me quedaba ya en el saco durmiendo.

—i¿Qué dices, Bea?! Si aún queda lo mejor.

—¿Ah, sí? ¿Qué es lo mejor del día?

—El reparto de pañuelos y grupos.

—Marta tiene razón, yo tengo muchas ganas de saber con quién me ha tocado en el grupo.

—¿Y por qué tanto interés, Adri? ¿Con quién quieres que te pongan?

Bea me enfocó con su linterna desde lo alto de la tienda, a modo de confesión criminal. Me cegó con la luz.

—No, con nadie en especial. Solo quiero saber quiénes formamos el grupo, porque vamos a hacer un montón de cosas juntos a lo largo del *campa*.

—¿Y no quieres hacer ese montón de cosas junto con cierto chico que se llama Mar…?

Le tapé la boca con mi almohada de viaje. Estaba hablando demasiado y demasiado alto.

—Calla, Bea, que te van a oír —le gruñí.

—Demasiado tarde —nos respondieron desde la otra tienda. No supe de quién era exactamente la voz. Luego se oyeron risas de al menos tres personas.

—Ya te vale, Bea, ahora van a pensar que… —susurré hasta que Marta me cortó.

—Van a pensar lo que es, ¿o no?

—Venga, Adri, dínoslo. ¿Te gusta Marcos? —me preguntó muy bajito Esther.

Me sentía como en un juicio. Todas a mi alrededor, esperando mi respuesta, y encima el foco en plena cara, cegándome.

—No, no me gusta —mentí.

—No me lo creo —refunfuñó Bea—. Se te nota muchísimo. Y a él también le gustas tú, después de lo del río, está más claro que el agua.

—Bueno chicas, si dice que no le gusta, es que no le gusta. Dejadla en paz. —Agradecí el capote que me estaba echando mi mejor amiga.

—Tú calla, Marta, que también tienes algo que confesarnos. O si no, ¿por qué discutes tanto con Andrés?

—Bueno, yo no tengo nada que ocultar. Sí, me parece muy mono, pero hay cosas que no me gustan nada de él. Igual por eso le estoy todo el día regañando. Pobre, que paciencia tiene.

Todas nos reímos. Agradecí dejar de ser el centro de atención. Marta siguió con al ronda de confesiones.

—Y tú, Bea, ¿no tienes nada que contar? Tanto preguntar, y de ti no dices nada.

—No, en estos momentos no me gusta nadie.

—¿Y Jaime?

—¿Qué pasa con Jaime?

—Eso digo yo, ¿qué pasa con él? ¿Habéis estado juntos media tarde montando la cocina, no? ¿Qué tal?

—Vale, es un chico encantador y bastante guapo también. Pero tiene novia. Aunque la verdad es que no sé qué hace con Yoli, que le trata tan mal.

—¿Y si no estuviera con ella? Si siguen como los he visto hoy, no se si van a volver a casa siendo aún pareja.

—Nada, me alegraría por él y punto. Seguro que está mejor sin esa chica riñéndole y poniéndose celosa todo el día.

Un silbido y un grito cortó el diálogo entre Marta y Bea, que todas estábamos intentando seguir, pero que iba tan rápido que nos costaba bastante.

—¡A cenar!

La voz de Jorge hizo eco por toda la campa. Marta se calló para escuchar la voz y cortó la conversación.

—Vale, voy a aceptarte esa respuesta de momento. Pero ya retomaremos el tema en unos días.

—No te voy a decir nada diferente.

—Ya lo veremos.

Salimos de la tienda a la vez que nuestros vecinos de enfrente. Había refrescado bastante y casi se había hecho de noche. Nos calzamos, cogimos las sudaderas y las linternas y nos dirigimos todos hacia el comedor atravesando la calle que formaban las dos hileras de tiendas.

Las mesas no estaban aún terminadas, por lo que los tablones de las dos últimas estaban apoyados en unos caballetes. Los bancos tampoco estaban hechos, así que usamos unos plegables que eran multiusos, pero que se quedaban demasiado bajos para la altura de las mesas. Si hubiéramos querido, podríamos haber sorbido la sopa directamente de los platos sin usar las manos, pues estaban casi a la

altura de nuestras bocas.

Como los grupos y los turnos aún no se habían comunicado, pidieron voluntarios para servir la sopa y los filetes de pescado. Los monitores ya estaban repartiendo trozos de pan y llenaban de agua los vasos.

Muchos niños se levantaron en cuanto pidieron seis personas. Algunos tuvieron que volver a su lugar. Me sorprendió ver lo interesados que estaban en servir la comida. Yo me senté en una de las esquinas, que era lo único que quedaba libre para cuando llegamos. Laura y Mónica trajeron varios lumogases para alumbrar las mesas, y nos pusieron uno muy cerca. Enseguida se empezó a llenar de polillas que revoloteaban alrededor de la luz, lo que alteró a varios niños de la zona.

Cuando todos los platos estuvieron llenos, cantamos una canción para bendecir la mesa que yo no conocía. Ya tenía unas cuantas en mi repertorio, pero parecía que siempre había una nueva que aprender. En esta teníamos que golpear la mesa y dar palmas alternativamente. Muchos platos de sopa se desbordaron ente los fuertes golpes de algunos exagerados.

Tras la cena, nos dieron veinte minutos de tiempo libre para lavarnos los dientes, ir a la letrina o coger algo más de abrigo. Después llevamos los bancos al extremo de la campa donde estaba preparada la hoguera del primer día, lo que llamaban: fuego de campamento. Lo encenderíamos esa noche, como símbolo del comienzo de nuestra estancia allí, y no lo volveríamos a encender hasta la última, en la que nos despediríamos.

Colocamos con cuidado los bancos alrededor del fuego y nos sentamos. Pablo tomó la palabra.

—Bueno, chicos, yo me he incorporado más tarde y me he perdido parte de la diversión. Contadme. ¿Qué tal el día?

—Estamos agotados —tuvo que quejarse Carlos.

—Yo me lo estoy pasando muy bien —expuso Jaime.

—Este es mi primer *campa*, y lo que voy viendo me está gustando mucho —dijo tímidamente una de las niñas pequeñas.

Varias personas más dieron sus opiniones, por lo general muy positivas. Lo negativo se centraba en lo fatigados que estaban por las construcciones del día. Pablo continuó.

—Sí, tenéis razón. El primer día se hace un poco largo y es el que más cosas tenemos que montar. Pero ya está lo más importante listo, bueno, excepto las mesas del comedor, que es lo que más tiempo lleva.

—Mañana sin falta las terminaremos y decoraremos la zona. Después de eso, solo nos queda… ¡diversión! —le apoyó Nico, que era puro entusiasmo. Parecía mentira que pudiera estar de tan buen humor con el golpe que llevaba en las costillas.

Marcos, a quien no había visto porque se sentaba solo cinco personas a mi izquierda, quiso hacer también su comentario.

—A mí las construcciones también me han parecido divertidas.

—Tienes razón, lo que he querido decir es que apenas queda nada por construir. Lo habéis hecho tan bien que lo previsto para tres días lo vamos a terminar en dos. Así que tendremos un día extra para jugar.

Nico se levanto y empezó a dar saltos. Muchos se unieron a su gamberrada y chillaron como locos. Era único animando el cotarro.

Cuando el ambiente se calmó, Pablo repartió unas hojas y pidió voluntarios para leer. Salieron de sobra, al igual que para servir la comida, sobre todo entre los más pequeños.

Según me habían contado, todas las noches nos íbamos a reunir unos minutos en los que nos pararíamos a meditar sobre el día. Para ello, nos ayudaríamos de un cuento o historia, unas preguntas y

unos versículos del evangelio elegidos expresamente por su relación con lo programado para ese día. Además, también tendríamos un lema.

Tras las lecturas, estuvimos unos minutos en silencio, cada uno reflexionando sobre lo que habíamos vivido ese día y lo que acabábamos de leer.

Yo me concentré enseguida, mirar el movimiento caprichoso de las llamas me ayudó bastante. Tenía mucho sobre lo que pensar. Habían pasado tantas cosas que me parecía que había transcurrido más tiempo. Analicé todo detenidamente y alcé la cabeza para observar al resto de mis compañeros, con el lema del día en la mente: «Juntos construimos nuestro hogar». Qué razón llevaba. Con el esfuerzo de todos y cada uno de nosotros, habíamos hecho de la campa vacía un hogar común.

Algunos parecían estar reflexionando, pero otros estaban distraídos mirando hacia atrás, o al cielo que estaba muy estrellado, o incluso hablando de dos en dos. Independientemente de cómo se tomaran ese momento, que a mi me estaba viniendo muy bien, me llenó de alegría ver cómo formaba parte de esa gran familia, a pesar de que la mía no estuviera ahora conmigo. Aunque les echaba de menos, podía ver que me estaba haciendo mayor y que empezaba a ser más independiente. Ni me había dado cuenta que detrás de mí había una oscuridad que en otros tiempos me hubiera aterrado.

Pablo rompió el silencio y todos dejaron lo que estuvieran haciendo.

—¿Alguien quiere comentar algo?

Laura tomó la palabra.

—Yo quería decir que estoy muy contenta de haber podido venir. No sabía si iba a poder cogerme las vacaciones en el trabajo otra vez en julio, pero una compañera me ha cambiado unas fechas y al final

tengo toda la quincena para estar con vosotros. Me hace especial ilusión porque este es el último año que voy a estar de monitora y no quería perdérmelo.

A Laura se le escaparon unas lagrimillas cuando pronunció esas palabras. Jorge, que estaba a su lado, le pasó el brazo por los hombros y le dio un pequeño abrazo. Le dijo algo al oído que no pudimos oír, pero que la hizo reír.

A mí me dieron ganas de llorar también. Tenía mucho cariño a mi monitora, en solo un año la había llegado a considerar una amiga, casi como una hermana mayor. Pero me contuve y pestañeé hasta que la lágrima se rindió y permaneció dentro de mi ojo.

Tras ese arranque emotivo de Laura, varias personas más expusieron sus motivaciones para estar en el campamento y se creó un clima de confianza muy agradable.

Jaime esperó a que todos hubieran hecho sus comentarios para levantarse y contarnos algo que estaba guardando.

—A ver, yo tengo que contaros una cosa. Los monitores me han pedido que os lo diga yo mismo, y creo que este es el momento idóneo para hacerlo. —Todos lo miramos expectantes y en silencio—. Llevo algún tiempo pensando que me gustaría dedicar parte de mi tiempo libre a alguna causa social como voluntario. Un día, hablando con Jorge —le echó una mirada cómplice, quien lo miraba orgulloso — me comentó que me veía perfil de monitor. Me lo estuve planteando y me pareció una idea estupenda. Llevo desde los diez años en el grupo y, ahora que voy a acabar, me encantaría formar parte del equipo de monitores y dedicar parte de mi tiempo a los niños y adolescentes del barrio, al igual que lo han hecho por mí antes.

Mis sospechas eran ciertas, Jaime era uno de los interesados en ser monitor. Lo que no sabía era que ya estaba decidido y que le

habían dado el visto bueno. Me pareció una gran elección, el chico tenía ese perfil sin duda.

—Esto es lo que os tenía que decir. Como aún no he terminado el proceso, de momento voy a estar de apoyo puntual cuando se me necesite. Para casi todo seré uno más de vosotros durante este campa, pero me han encomendado una labor concreta, que es ver desde el otro lado quiénes de vosotros considero que serían buenos monitores. Podéis considerarme como un espía.

Todos reímos ante la broma de Jaime. Jorge se levantó y le dio un abrazo de eso fuertes que suenan las palmadas en la espalda. Se notaba que se habían hecho buenos amigos.

Cuando se sentaron, Pablo cogió de las manos a los niños que tenía al cada lado, y todos lo imitamos.

—Muy bien, si nadie quiere añadir nada más, nos cogemos de las manos y damos por finalizado el momento de reflexión cantando el Padre Nuestro.

David y Sonia sacaron sus guitarras de detrás del banco y dieron paso a nuestras voces tras los primeros acordes. No éramos precisamente los niños cantores de Viena, pero tampoco lo hacíamos mal.

Al terminar, todos aplaudimos y Mónica se levantó de un brinco con una bolsa en la mano.

—¿Alguien sabe qué toca ahora?

—¡Sí, lo grupos, los grupos! —gritaban a coro los más pequeños.

—¡Los pañuelos! —decían otros.

Mónica sacó el primer pañuelo de la bolsa. Era de color verde claro y tenía unos animales dibujados. Parecían leones.

—Este será el pañuelo del grupo número 1. Luego vosotros os pondréis el nombre que queráis relacionado con el diseño exclusivo de vuestro pañuelo. Veamos, los monitores de este grupo son…

Jorge y Laura.

Algunos empezaron a silbar y a aplaudir. Los dos se levantaron y cogieron su pañuelo verde de leones. Jorge se lo puso en la cabeza como un pirata y Laura se lo ató a la muñeca.

Mónica enumeró los nombres del resto del grupo, en el que se encontraba Bea con, entre otros, Sara, Paula y Jaime. Marta me dio un codazo cuando vio que Jaime daba un abrazo y dos besos a todos los miembros de su equipo. Cuando llegó donde Bea, se puso roja y Yoli se enfurruñó cruzándose de brazos. Marta tenía una vista de lince para estas cosas.

Al grupo 2 le tocó un pañuelo blanco con varios animales de granja. Era bastante hortera, pero en general todos lo eran. Solían coger los más graciosos que encontraban, cada año distintos. Este era el grupo de Nico y Mónica. Los dos primeros nombres que salieron fueron los de Marcos y Elena. Él pareció indiferente al respecto, pero a Elena se le notaba la felicidad en la cara. Le estampó un beso enorme en cada carrillo cuando recogió su pañuelo. El siguiente nombre fue el de Marta, quien antes de dirigirse hacia ellos me susurró: «Tranquila, que yo te los vigilo». Mi amiga me tenía calada, aunque antes me hubiera defendido en mi mentira. Rosa también estaba en ese grupo. ¿Así serían dos para vigilarlos? No quise pensar en eso, no era celosa, y menos de algo que no tenía derecho a celar, él era libre de estar con quien quisiera.

Mi grupo era el tercero, con David y Raquel como monitores y un pañuelo naranja con naranjas también dibujadas. De los que más conocía, estaban Andrés, Lucía y Nuria, la hermana pequeña de Elena.

—Nos podemos llamar *Naranjitos*, es bastante apropiado.

—Me gusta, suena bien —apoyé la idea de Andrés.

El cuarto y último grupo tenía un pañuelo de ositos con piruletas y

globitos, bastante infantil. Carlos protestó en cuanto lo vio. A Esther y a Yoli no pareció importarles mucho. Los monitores, Sonia y Pablo, le buscaron el lado positivo.

—Qué bien, vamos a ser los más dulces.

—Como los *Osos Amorosos*… igual sois demasiado jóvenes para esos dibujos. Pero a mi me encantaban cuando era pequeña.

Los grupos estaban formados. No estaba con ninguna de mis amigas, con quienes más relación tenía era con Lucía y Andrés. Al principio me preocupó un poco, aunque luego pensé que podría ser mejor así. Con mis amigas iba a estar a todas horas, en la tienda, en el tiempo libre, en general, cuando quisiera. Pero tener un grupo distinto para otras actividades no estaba mal. Así conocería mejor a más gente.

Nos fuimos a dormir comentando con quién nos había tocado a cada una. Jorge nos acompañó hasta las tiendas con un lumogas. Lo dejó en el medio de la calle de tiendas y dio las últimas indicaciones del día.

—En quince minutos quiero silencio total. Eso significa que todos y cada uno estaréis en vuestras respectivas tiendas y lo único que se podrá oír serán los ronquidos y los grillos.

El tema de dormir se tomaba muy en serio. Casi tanto como que cada quien estuviera en la tienda que le correspondía. Me habían contado que otros años solía haber mucho movimiento entre tiendas, hasta que los monitores se enteraron y empezaron los castigos. Les hacían quedarse en la reunión de programación para el día siguiente, apuntando el acta o la lista de cosas a comprar. Si no tenían sueño para andar de aquí para allá, podían hacer de secretarios. Después de unos días, nadie había vuelto a salir de su tienda, como mucho para ir a la letrina. Por estar hablando a deshoras solo solían caer algunas broncas, pero no castigos.

—Mañana al grupo 1 nos toca fregar la cena de hoy, poner la mesa y servir el desayuno, así que nos levantaremos media hora antes. Los demás a las ocho y media.

—Otra cosa, los que tenéis que tomar medicamentos y no habéis venido a intendencia, ¿a qué estáis esperando?

Mónica llegó con la linterna de frontal en la cabeza y una lista en la mano. Llamó uno por uno a los despistados y se los llevó, regañándoles.

—Nosotros guardamos los medicamentos e intentamos estar pendientes, pero sois cuarenta niños. Sabéis que es vuestra responsabilidad venir a las horas que os toca, bien sean pastillas, inhaladores o lo que sea. ¡Que ya sois mayorcitos, chicos!

Podíamos oír el rapapolvo de Mónica alejándose desde el interior de nuestra tienda.

Nos acomodamos las seis como pudimos, encajando las mochilas en los pocos huecos libres que teníamos e intentando no aplastar a la pobre Sara que estaba atrás del todo.

El suelo estaba duro hasta con la esterilla hinchable que todas habíamos comprado por una oferta de la tienda de deportes. Poco a poco fueron apagándose las voces, hasta quedar solo un murmullo dentro de cada tienda.

—Buenas noches, chicas —oímos canturrear desde la tienda vecina.

—Buenas noches a vosotros también —les respondió Bea en tono amable.

Todos reímos.

—Intentaremos no roncar mucho —añadió Jaime—. Recordad que tenéis quince minutos para dormiros.

—Yo no sé si voy a aguantar tanto —le entendimos a Andrés entre bostezos.

—Ni se te ocurra dormirte antes de lo pactado —le avisó Marta—, ya sabes que si no entraré con un calcetín sucio de los vuestros y te lo meteré en la boca.

—¡No! ¡De los nuestros no! —chilló Andrés, con tono horrorizado.

Volvimos a reír y esos fueron los últimos comentarios de los chicos por aquella noche. Me alegré de tenerles a ellos como vecinos, aunque esperaba que lo de los ronquidos no fuera tan grave como lo planteaban. Yo tenía el sueño profundo y esperaba no despertarme con esos ruidos.

—Buenas noches, chicas, otro día hablamos un rato, pero hoy se me cierran los ojos —avisó Esther, bostezando.

—Sí, yo también estoy agotada.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Al no oír más, imaginé que algunas se habían dormido ya. Yo no iba a tardar mucho. Había sido demasiado para un solo día. ¿El siguiente sería igual de intenso?

10

Enfrentamientos

Me desperté con el canto de los pájaros. Me incorporé para mirar mi reloj. Eran las siete y media.

—Buenos días, Adri —susurró Sara desde su rinconcito—. Ya que estás despierta, ¿te importa dejarme salir por tu lado? Voy a reventar.

—Sí, claro. —Me aparté para dejarla salir, pero al final decidí levantarme también e ir con ella. No iba a poder conciliar el sueño y también quería ir al baño. Bueno…, a la letrina.

Fuera hacía frío. Cuando abrimos las cremalleras de la puerta, Marta se cubrió la cara con el saco y se acurrucó.

La campa estaba desierta, los monitores tampoco se habían levantado todavía. Si alguien roncaba, lo hacía muy bajito o lo había hecho de madrugada, porque ahora solo se oía el trinar de los pájaros.

Anduvimos despacio, aún estábamos algo dormidas. Sara se paró de pronto y se escondió detrás de mí. Si había algo que la asustaba, había elegido mal escudo.

—¡Adri! Creo que hay alguien entre los árboles.

Miré hacia donde me señalaba Sara con su mano temblorosa. Dos figuras que provenían de la zona del precipicio se acercaban lentamente hacia el recinto de acampada. En pocos segundos pude comprobar que eran Jaime y Marcos.

—¿De dónde venís? Nos habéis asustado —les recriminé cuando llegaron a nuestra altura.

—Del río —respondió Jaime con cara de sueño.

—¿Del río? ¿Os apetecía un baño mañanero?

—No, *uff*, ahora está demasiado fría. Jaime se ha puesto la alarma del reloj a las seis y media para ver amanecer. Me he despertado y he decidido ir con él. Ha sido una pasada.

—¿En serio? —preguntó Sara con incredulidad.

En ese momento me di cuenta de que estaba completamente despeinada y que vestía mi pijama de cuadros por debajo de la sudadera. Sara, tres cuartos de lo mismo. En cambio ellos ya estaban vestidos y además se habían levantado hacía una hora, nada más y nada menos que para ver amanecer.

—Totalmente. Deberíais verlo un día. Ojalá hubiera cogido la cámara para grabarlo.

—Quizá el último día sacrifique unas horas de sueño para algo así.

—Te tomo la palabra, Adriana. —Marcos sonó muy en serio. Empezaba a sonarme así cada vez que pronunciaba mi nombre completo.

—He dicho «quizá». Soy muy dormilona.

—¿Sí? Hoy te has levantado la primera.

—De eso nada. Los primeros habéis sido vosotros —rectifiqué sus palabras, y me dio la razón.

—¿A dónde ibais? —se interesó Jaime.

—A la letrina, tenemos una urgencia. —Miré a Sara, que estaba

bailando para aguantar las ganas.

—Ah, entonces id, id. A ver si no vais a llegar. —Jaime nos hizo un gesto con la mano con sonrisa divertida. Salimos pitando.

Cuando volvimos ya había algunos monitores levantados. Oímos el motor de la furgoneta. Probablemente irían a por el pan o a por agua. Era demasiado pronto para ir a las compras.

Jorge despertó uno por uno a los miembros del turno de fregado, quienes remolonearon un poco. Algunos salieron de sus tiendas casi a la vez que los que no tenían turno. Aun así, el desayuno estaba listo para las nueve en punto, todo fregado y la mesa puesta.

—Vamos chicos, este año vamos a hacer algo nuevo para empezar el día con energía —comentó Nico, lleno de entusiasmo ya a esas horas de la mañana—. ¡Aerobic!

—¿Qué? No será en serio —protestó sobre todo el sector masculino.

—Super mega en serio —bromeó Mónica, que se acercó con un radio-cd y conectó la música. Se puso al lado de Nico y empezaron a hacer estiramientos.

—Por favor, haced unas filas frente a nosotros. Tenéis que seguirnos.

A mí me pareció muy divertido, igual que a muchos otros que se acercaron enseguida y empezaron a imitar a los monitores.

Pero otros se habían sentado a la mesa y se negaban rotundamente a bailar.

—Chicos, no es opcional —les recalcó Raquel.

Los rezagados se levantaron y se pusieron en las filas sin muchas ganas. Tras los calentamientos empezamos los pasos de baile aeróbico. Dos canciones después ya habíamos entrado en calor.

—Es suficiente por hoy. Pero necesitamos voluntarios que quieran dirigir al grupo los próximos días.

Lucía y Paula corrieron hacia Mónica entusiasmadas. Querían hacerlo ellas al día siguiente.

Desayunamos cacao caliente y galletas con mantequilla. De momento no había tenido ningún problema con las comidas. Mis padres eran unos exagerados, no era tan mala comedora.

El resto de la mañana estuvimos terminando las construcciones que quedaban y decorando el campamento. Yo estuve ayudando con los bancos del comedor. Me pareció increíble verme a mí misma construyendo un asiento con maderas y aún más increíble conseguir que cinco personas se pudieran sentar en él sin caerse. Estaba descubriendo unas facetas que jamás creí que tuviera.

Después de comer nos dejaron una hora de tiempo libre. Algunos se fueron a ordenar el interior de las tiendas, que ya estaban revueltas. Otros optaron por jugar a las cartas o al fútbol y otros decidimos dar un paseo.

Caminar sin rumbo por aquel bosque con mis amigos, bajo los rayos de sol que se colaban entre las ramas de los altos chopos, era una inigualable sensación de libertad, paz y… felicidad.

Llegamos a la bajada hacia el río y nuestros vecinos de tienda se sentaron en una gran piedra que había junto al acceso de los trece escalones.

—Adriana, aquí es donde hemos visto esta mañana el amanecer. El último día estaré aquí para verlo de nuevo. Espero que te despiertes solita y que no tenga que ir a buscarte.

Me acababa de sentar en una esquina de la roca, detrás de Andrés y Carlos, que se giraron esperando una respuesta a la propuesta de Marcos. Marta estaba a mi lado y me susurró al oído: «Te has puesto roja».

Carlos se adelantó a cualquier reacción por mi parte.

—¿Y esa propuesta es exclusiva para Adriana o puede ver el

amanecer alguien más?

—La piedra no es privada. El que se sienta capaz de madrugar y venir hasta aquí es bienvenido.

Le di un codazo a Marta para que dijera algo. Yo no podía articular palabra.

—Así que el último día… Parece una buena idea. Yo soy muy remolona, pero si alguien me despierta, ya que es la última oportunidad de verlo aquí, haría el esfuerzo.

—Venga, si Marcos me despierta a mí, yo te despierto a ti —Andrés secundó la idea de Marta.

—Jaime, ¿por qué no se lo propones a Yoli y así estáis todas las parejitas? —Carlos se levantó de la piedra, pero antes de irse hizo otro comentario fuera de lugar—. Ah, que igual no es a ella a quien se lo quieres proponer.

Jaime se levantó también de la roca y se dirigió hacia Carlos muy enfadado. Marcos le agarró por el brazo lo más fuerte que pudo, pero Jaime se le escurrió.

—¿Qué insinúas, estúpido? —le dijo acercando su cara a la de él, de forma que no les separaban más de dos centímetros.

—Nada que no hayas dicho tú mismo. —Carlos también se le encaró.

—Más vale que dejes de meterte en los problemas de los demás, preocúpate de tus propios asuntos, o te va a ir muy mal en la vida.

Andrés y Marcos habían saltado de la piedra y cada uno sujetaba a uno de los chicos enfrentados.

—Tranquilo Marcos, no tienes que sujetarme. No necesito pegar a este bocazas, nos entendemos de sobra hablando. —Se soltó de las manos de Marcos y se acercó de nuevo a Carlos—. Espero que sea suficiente con esta advertencia, tío. No sé qué habrás oído a escondidas o de casualidad, pero más te vale tener la boca cerrada.

Las otras cuatro chicas de mi tienda llegaron en ese preciso momento junto con las mayores. Las ocho se quedaron paradas cuando vieron la escena.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Yoli, acercándose a Jaime.

—Nada, un mal entendido. ¿Verdad, Carlos?

—Eh, sí. Nada, una tontería —balbuceó y se soltó de las manos de Andrés. Después se marchó hacia la campa. Andrés fue detrás de él.

Jaime rodeó a Yoli con el brazo y la llevó hacia la roca. En el rato que estuvimos todos allí, se respiró una tensión en el ambiente muy incómoda. No me gustaba que la gente estuviera enfadada. Esperaba que lo arreglaran pronto.

—Vaya plan, aquí pasa algo muy raro —me dijo Marta por lo bajini.

El resto de la tarde estuvimos haciendo un taller de orientación hasta la hora del baño. En dos días, los tres cursos superiores nos íbamos de ruta y debíamos tener unos conocimientos mínimos de orientación en la montaña. Aprendimos cosas muy básicas cómo usar una brújula, interpretar un mapa o las distintas posiciones del sol a lo largo del día. Dudé de ser capaz de poner eso en práctica si por desgracia llegaba a perderme.

Cuando nos fuimos a lavar, ya estaban montadas las duchas. El día anterior se había estropeado la bomba de agua y no pudimos jabonarnos. Para no contaminar el río con el gel o el champú, hicimos un dique en el suelo para que frenara el agua que salía de las duchas algo cascadas que teníamos. La bomba se solía estropear dos o tres veces por campamento, y acababan lavándose sacando baldes del río y echándose el agua unos a otros. La idea parecía divertida.

Esa tarde había refrescado y no nos quedamos tumbados en las toallas para secarnos al sol, que apenas asomaba entre las nubes.

Tras la cena y el rato de reflexión, tendríamos la primera velada. Yo ya conocía ese tipo de juegos de los fines de semana que habíamos pasado en albergues, pero nunca había vivido algo así de noche en el monte.

Durante la cena intentamos sonsacarle a Laura qué tipo de velada sería, pero no soltó prenda.

«Tendréis que esperar como todos. Si no, no tiene gracia».

Aún estábamos en el círculo de bancos, esta vez sin hoguera, cuando Nico apareció disfrazado con una careta de lobo y una capa. Yo sabía que era él por los saltos que pegaba, pero muchos se asustaron y chillaron. La verdad es que a mí también me sobresaltó de primeras. David se levantó y habló desde el centro del círculo.

—Esta noche tenemos que encontrar a Caperucita Roja. El Lobo la ha secuestrado y tenemos que rescatarla antes de que se la vaya a comer. Por equipos, iréis buscando pistas que Caperucita os ha dejado, cada una con el número del grupo escrito.

Mónica llegó vestida con una caperuza roja y una cesta en la mano.

—¡Socorro, chicos! ¡Venid a rescatarme, por favor! —suplicaba mientras el Lobo hacía amago de morderle un brazo.

Lucas se levantó y le dio un puntapié en la espinilla al Lobo, que saltó a la pata coja de dolor.

—Eh, que es solo un juego —advirtió David a los que estaban planeando atacar al Lobo en serio.

—Pero tenéis que tener cuidado cuando vengáis a buscarme —continuó su explicación Caperucita— porque el Lobo ha puesto

trampas por el bosque y, si caéis en ellas, deberéis pasar unas pruebas muy difíciles. Además, el Lobo tiene más amigos malvados en el bosque que también os pueden dar caza.

—Un juego de pistas con pruebas, todo un clásico —murmuró Jaime, frotándose las manos—. Y puede que también con sustos. Perfecto para empezar.

Caperucita se soltó de las *garras* del Lobo y desapareció en la oscuridad. El *animal* hizo lo mismo por otro lado. Todos los monitores se escondieron, excepto David, que se quedó con nosotros.

—Dadles unos minutos para esconderse y podéis ir saliendo por grupos. Yo os voy a dar la primera pista. Recordad que son distintas para cada equipo, están señaladas con vuestro número. Por supuesto, tenéis que ir unidos. Si pillan a uno, os pillan a todos. Los límites son los del primer día, sin bajar los peldaños al río. ¿Entendido?

Leímos nuestra primera pista. Dos de los grupos lo tuvieron clarísimo enseguida y salieron cada uno hacia un lado. A nosotros nos costó un poco más al principio, pero luego remontamos. Le estábamos cogiendo el tranquillo.

En un par de ocasiones, los malvados secuaces del Lobo nos atraparon y tuvimos que resolver varias adivinanzas que nos plantearon y recorrer a la carretilla la calle de las tiendas.

El Lobo dejaba ese trabajo a sus secuaces y él se dedicaba a pegar sustos a diestro y siniestro, por lo que cada poco se oía gritar desde diferentes lugares. Dudé que nadie tuviera miedo realmente, pero chillando nos lo pasábamos mejor, ya que de seguido nos reíamos a carcajadas.

Eran casi las doce de la noche cuando el grupo 4 encontró a Caperucita atada a un árbol. Como premio, los campeones

obtuvieron un balón cada uno. Obviamente, era un premio que íbamos a usar todos, muy práctico.

Nos fuimos al saco agotados de correr durante la velada y también de las actividades del resto del día, pero no tanto como el día anterior.

—¿Queréis que charlemos un rato antes de dormir?

—¿De qué quieres que hablemos, Bea? ¿No tienes sueño?

—Sí, tengo sueño, Esther, pero podríamos hablar un poco hasta que nos vayamos quedando dormidas.

—Eso, eso. Vosotras hablar que nosotros escuchamos —se oyó desde la tienda de enfrente.

—¿Tan alto hablamos? ¿O es que estos chicos tienen el oído muy fino? —dije sorprendida.

—Las dos cosas. —Pude distinguir la voz de Marcos.

—Habrá que hablar muy bajito —insistió Bea.

Nos colocamos en círculo con las cabezas juntas para poder hablar sin ser escuchadas, o eso esperábamos.

—Venga, Bea, empieza tú que pareces ser la más interesada. —Marta tenía un sexto sentido.

—La verdad es que más bien quería que vosotras me contarais una cosa.

—¿Quiénes? —preguntó Marta, sorprendida esta vez.

—Adri y tú habéis estado presentes en la pelea de esta tarde. ¿Sabéis por qué ha sido?

—Bueno, no se han llegado a pelear. Jaime se ha enfadado mucho, pero no creo que sea de los que van pegando por ahí a la gente —dije mientras recordaba la escena de esa tarde junto a la roca.

—¡Claro que no! —exclamó Bea, subiendo el tono de voz.

—Calla, que te van a oír los *espías rusos* —bromeó Marta.

—Perdón. ¿Y por qué les estaban agarrando Marcos y Andrés?

—Porque Jaime ha ido como una flecha hacia Carlos, que se estaba marchando tan tranquilo después de soltar una de sus joyitas por esa boca que tiene. Todos pensábamos que le iba a pegar, aunque luego hemos visto que no lo habría hecho. Marcos le ha soltado enseguida.

Me gustó mucho la confianza que Marcos había tenido en la templanza de Jaime en ese momento.

—Pero ¿qué es lo que ha dicho Carlos para que se pusiera así?

—¿Por qué tanta curiosidad, Bea? —Marta sospechaba algo.

—Es que creo que ha sido culpa mía.

—¿Culpa tuya? ¿Cómo va a ser culpa tuya?

—Veréis. Jaime y yo estábamos poniendo la mesa esta mañana para desayunar, porque los dos estamos en el grupo 1. Estábamos hablando de cosas normales, del *campa*, de las construcciones de ayer… Ya sabéis, lo típico. Jaime me ha empezado a contar que cuando clavaron los cabrios de la mesa de la cocina calcularon mal, y al ir al poner el tablero no les encajaba. Si apoyaban una esquina, no podían apoyar ninguna de las otras tres. Así que tuvieron que volver a empezar.

—No entiendo qué relación tiene eso con la pelea —murmuró Esther medio dormida.

—¡Que no ha habido pelea! —insistí.

—La relación llega ahora, tranquila. —Bea cogió aire y continuó su historia—. Me eché a reír al visualizar la escena, y Jaime se rio de sí mismo también. Decía que había sido culpa suya, ya que pensaba que los tableros de la cocina eran como los de las mesas del comedor, pero resulta que eran más pequeños. Bueno, el caso es que los dos nos estábamos riendo a carcajadas cuando llegó Yoli, por cierto, arregladísima para ser las ocho de la mañana y estar en

pleno monte.

—Oh, oh. Esto huele a bronca. —Fue Marta quien lo dijo, pero todas lo pensábamos también. En solo dos días habíamos visto lo celosa que era la novia de Jaime.

—Efectivamente. Yoli se nos quedó mirando con esa cara de vinagre que pone ella, ya se la habréis visto. Yo dejé de reírme y Jaime la saludó como si nada. Pero ella no le devolvió los buenos días y le regañó por no haberla despertado, al parecer, ella se lo había pedido la noche anterior. Él le explicó que como tenía turno se había distraído y se le había ido la hora. Se disculpó y todo, pero ella le dijo literalmente: «Sí, ya veo cómo te distraes», y me miró a mí.

—¡Qué borde! —exclamó Sara, que estaba absorta siguiendo la historia.

—Sí, mucho. Según dijo eso, se marchó y yo me quedé con una sensación de culpabilidad enorme. No quería ser la causa de su discusión, pero tampoco me parecía justo que Yoli tratara así a Jaime. No estábamos haciendo nada malo.

—Por supuesto que no, no te sientas culpable por nada en absoluto. —Me parecía muy injusto.

—Pero me dio tanta rabia ver la cara que se le había quedado al pobre Jaime, que hablé sin pensar lo que estaba diciendo, y le dije algo así como: «Si yo fuera tu novia, no te trataría así».

—¡Toma ya! Muy bien, directa al grano —la felicitó Marta.

—¡No! Pero no era eso lo que quería decir, no me supe explicar bien. Es como cuando dices: «Si yo fuera tú, no haría eso». Es una forma de hablar.

—¿Y cómo lo interpretó él? —pregunté con curiosidad.

—Me temo que como vosotras. O eso creo, porque me respondió: «Estoy seguro de que tú no serías así».

—¡Ay, qué majo! —ronroneó Rosa, que no había abierto la boca

hasta ese momento.

—¿Y qué tiene que ver Carlos en todo esto? —quiso comprender Esther entre bostezos.

—El oportuno de Carlos estaba allí haciendo qué sé yo, él no era del turno. Pero oyó toda la conversación. Pasó por nuestro lado y nos dijo riéndose: «Hasta luego, creo que aquí sobro».

—Este chico no aprenderá nunca a cerrar la boca —se lamentó Marta.

Retrocedí hasta esa tarde en mi cabeza, intentando recordar con exactitud las palabras de Carlos y las de Jaime después. Efectivamente, Bea era la razón de aquella discusión, pero no la culpable. Así se lo expliqué.

—Tú no has hecho nada, fue Carlos que le dijo a Jaime que seguro que preferiría invitar a otra a ver amanecer en vez de a su novia. Jaime seguro que sabía por qué se lo estaba diciendo y no quería volver a dar motivos a Yoli para estar celosa, así que le advirtió a Carlos que no volviera a repetir lo que acababa de decir.

—El caso es que el resto del día Jaime ha estado evitándome, y Yoli me ha estado mirando de reojo cada vez que pasaban por mi lado, agarraditos del brazo.

—Estaba marcando el territorio —dijo con voz ronca Marta y luego se rio—. El problema lo tiene ella si no puede confiar en su novio. Si se va a poner así cada vez que lo vea riéndose con otra chica, lo va a pasar fatal. Y él no lo va a aguantar, por mucha paciencia que tenga.

—Eso creo yo también. —Bea sonó resignada—. Lo que pasa es que ahora no sé qué hacer. Tampoco quiero dejar de hablarme con él.

—Tú compórtate normal, como siempre. Jaime es un chico muy majo y no va dejar de hablarte por eso. Ya verás como todo se

arregla.

Intenté tranquilizarla, aunque no se la veía muy convencida. La verdad era que yo en su lugar me hubiera sentido igual.

—Mañana en el turno intenta hablar con él como si nada hubiera pasado, ya verás como se comporta normal contigo. Y por Yoli no te preocupes, mañana se pondrá celosa cuando él esté hablando con cualquier otra y se olvidará de ti. —Todas nos reímos ante la previsión de Marta, que tenía muchas posibilidades de cumplirse.

—Gracias por escucharme, chicas, me siento mejor ahora que os lo he contado.

—De nada, para eso están las amigas. —Marta le dio un beso maternal en la frente, lo que la hizo sollozar.

Volvimos a nuestras esterillas para dormirnos, pero en cuanto se hizo el silencio, los suave lloriqueos de Bea se oyeron más claramente, solo encubiertos por los ronquidos que provenían de la tienda de enfrente.

—Todo sería más fácil si no te gustara Jaime, ¿verdad?

La pregunta de Marta me pilló por sorpresa, pero lo hizo más la respuesta de Bea. Preferí no decir nada más.

—Sí, mucho más fácil. Buenas noches, chicas.

11

Mochila ligera

La tarea más importante del tercer día era preparar una mochila apropiada para las cuatro jornadas de ruta que nos esperaban. Me desperté con los nervios clavados al estómago.

Antes de desayunar hicimos aeróbic bajo las instrucciones de Lucía y Paula, que bailaban sincronizadísimas al ritmo de una música discotequera que consiguió hacernos sudar a todos. La verdad es que las chicas lo hicieron muy bien, por lo que les felicitamos al final de la sesión.

A media mañana, los tres cursos superiores fuimos a darnos un baño al río, ya que debíamos tener la toalla y las chancletas secas a la hora de hacer la mochila a la tarde. Nunca había tenido que preparar un equipamiento de ruta, y no tenía ni idea de qué considerar indispensable y qué no. Menos mal que íbamos a tener ayuda por parte de los monitores que nos iban a acompañar esos cuatro días, Laura, Nico, Mónica y Jorge.

Los cuatro se paseaban entre las tiendas respondiendo a las dudas que iban surgiendo. Al que acababa muy rápido, le cogían la

mochila y se la colocaban a la espalda. Por lo general, no estaban de acuerdo y revisaban lo que había. A todos les sacaban cosas que consideraban prescindibles. Empezaron por sacar todos los pijamas, según Mónica, no nos iban a hacer falta. Tenía razón.

—Mientras andemos, sudaremos y mucho. Pero a la tarde, después de asearnos, nos pondremos ropa limpia con la que podremos dormir perfectamente. Y al día siguiente la sudaremos en la marcha. Con que llevéis algo de abrigo para poneros encima es suficiente. No quiero ver ni un solo pijama.

Jorge abrió la mochila de Ricardo y se echó a reír.

—¿Se puede saber para qué quieres llevar un bote de gel de un litro?

—Es el único que he traído —se justificó, avergonzado.

—¡Si es que pareces nuevo! Vamos a ver, atención todos. —Tuve que pasar por encima de docenas de prendas de ropa para salir de la tienda y oír bien a Jorge—. Que a nadie se le ocurra llevar todo el neceser en la mochila.

Más de la mitad tuvieron que sacar los neceseres. Yo no lo había metido aún, pero pensaba hacerlo. Estaba visto que no era una buena idea.

—Solo vamos a estar cuatro días fuera. En todos los pueblos donde vamos a dormir no hay río o algún lugar para ducharnos. Vamos a intentar por lo menos asearnos a diario, pero os sobra el noventa por ciento del neceser. —Jorge cogió el de Lucía, lo levantó y lo soltó de golpe. Sonó como si pesara una tonelada.

—Además —continuó Laura—, vamos a cargar con todo a la espalda. Los botes pesan muchísimo, y vais a llevar peso inútil que no vais a gastar y vais a traer de vuelta. ¿No creéis que sería mejor repartir el peso entre varias personas?

Nos estaban insinuando algo que pretendían que averiguáramos

nosotros solos. No tardamos mucho en pillar la indirecta.

—Vale, yo si queréis llevo el champú, que es un bote mediano, y nos llega de sobra para las seis. No importa que se gaste —nos dijo Sara a las de la tienda.

—Y si se gasta usas los nuestros al volver —le invitó Esther—. Vale, entonces yo llevo el gel, que es más o menos de ese tamaño también.

—Yo llevo la pasta de dientes. Ésta sabe super rica. —Rosa nos enseñó su tubo de pasta de fresa.

—Comparto con gusto mi desodorante, que es de spray —propuso Marta, riéndose.

—Mi crema de sol tiene factor alto, así no nos quemaremos ninguna. —Además, mi piel blanca no podría resistir con un factor más bajo.

—¿Y yo qué llevo? Os lo habéis pedido todo ya —se lamentó Bea.

—Puedes llevar la cámara y luego les pasas las fotos por *email* a las demás.

—Es verdad, no hace falta llevarlas todas. Gracias Jaime, es una gran idea.

Él estaba cerca, haciendo su mochila con los otros tres chicos de su tienda. Ellos también estaban decidiendo qué llevar cada uno. Jaime tenía su cámara en la mano y nos hizo una foto mientras cerrábamos las mochilas.

—¡Eh! ¡Que estábamos mirando para otro lado! —protestó Bea, pero sonriendo.

Se la veía feliz de poder volver a hablar con él. A Jaime también lo notaba mejor que el día anterior, incluso se hablaba con Carlos, que no había protestado por nada en todo el día, al menos delante de mí.

—Así queda más natural. La voy a titular «Las vecinas de

mudanza».

Nos reímos ante semejante título, y le pedimos que nos hiciera una foto solo un poco menos natural. Habíamos sacado pocas en los tres primeros días. Esa iba a ser la primera de las seis juntas. Nos hizo unas cuantas con distintas cámaras.

—Yo también quiero salir —Andrés se tiró al suelo, quedando cruzado delante de nosotras. La foto quedó movida.

—Estaos quietos, así es imposible —le regañó Jaime.

—Anda, posad todos, ya os la saco yo. —Jorge se acercó y cogió la cámara de Jaime.

Los cuatro chicos se distribuyeron alrededor de nuestro grupo. Carlos se sentó en el suelo, delante de todos. Andrés montó a Marta a caballito a su espalda. Ella se dejó aupar y, por esa vez, no discutió con él. Marcos se puso a mi izquierda y me pasó le brazo por los hombros. Yo reaccioné haciendo lo mismo con mi brazo derecho sobre los hombros de Bea. La postura quedó forzada, ya que era mucho más alta que yo. Jaime, que estaba aún explicándole a Jorge cómo usar su cámara, vino corriendo hacia el grupo y, apartando mi brazo, se hizo hueco entre Bea y yo.

—Decid *Pre-as* —canturreó Jorge, dividiendo el nombre del grupo en dos partes.

Los de alrededor vieron que nos estábamos sacando fotos y se acercaron con sus cámaras.

—¡Vamos a hacernos una todos juntos! —propuso Toño.

Estuvimos un buen rato posando, primero todos juntos, luego las chicas y los chicos por separado, después por cursos, con los monitores, dentro de las tiendas… un poco de todo.

Una hora más tarde teníamos las mochilas preparadas. La mía parecía vacía a simple vista, el saco incluso me iba a caber dentro, cuando al venir lo había tenido que enganchar a las correas de

fuera, debajo de la esterilla. Pero así lo llevaría mejor, si llovía estaría más protegido. Puse el chubasquero y la crema de sol en un bolsillo lateral. La cantimplora en el otro. Los lugares más accesibles para los objetos que más a mano debía tener durante la marcha. La gorra y las gafas de sol las coloqué junto a mi almohada y la ropa que pensaba ponerme al día siguiente, un pantalón corto y una camiseta bastante vieja que no me importaba sudar y pringar de barro si me tumbaba en el suelo a descansar durante la caminata. En general, había reservado la ropa más usada que llevaba para esos días. Me habían avisado de que algunas prendas quedaban para el arrastre después de la ruta, sobre todo si llovía.

En la oración de la noche hubo unas palabras de los monitores que se quedaban con los peques, pidiendo a Dios que nos protegiera en nuestro viaje y que volviéramos todos sanos y salvos. Hubo unas risillas tímidas ante aquellas palabras, porque según las habían pronunciado, parecía que nos íbamos a la guerra y que igual no volveríamos. No era para tanto. Si no hubiésemos estado en oración habríamos bromeado al respecto y Nico seguro que se habría levantado para escenificar el retorno de los soldados heridos en la batalla. Pero durante las oraciones habíamos aprendido a respetar el silencio y solo se hacían comentarios sobre lo que habíamos estado reflexionando. Después, podíamos bromear y hacer el payaso libremente.

Esa noche no tuvimos velada, teníamos que descansar para estar en plena forma a la mañana siguiente. Solo los pequeños dieron un paseo nocturno hasta la zona recreativa donde estaba la fuente en la que habíamos bebido agua el primer día. Cuando les dijeron que irían allí, pensaban que podrían llamar por teléfono a casa. Pero no lo harían hasta el día siguiente, como nosotros. El pueblo donde habíamos bajado del autobús era muy pequeño y no tenía ningún

bar o cabina.

Algunos se echaron a llorar, hacía ya tres días que estábamos allí y aún no habíamos hablado con nuestros padres. Los monitores tuvieron que consolar a varios niños que se contagiaron de los llantos de los primeros sentimentales.

No lloraban porque no estuvieran bien, se lo estaban pasando en grande. Lloraban por el hecho de pensar que estaban lejos de casa y de sus padres y hermanos. A mí también me entró morriña, pero sabía que al día siguiente podría hablar con ellos. No en el pueblo de al lado, como lo harían los pequeños, si no en algún otro que nos quedara de camino en nuestra travesía.

Pensé en mis padres mientras cogía el sueño. Esa noche me estaba costando más dormirme. Por una parte, porque eran solo las once y media, los demás días nos habíamos acostado después de las doce. Por otra, estaban los nervios ante la inminente ruta. Mis compañeras estaban igual que yo.

—No puedo dormir.

—Yo tampoco, Marta —secundó Bea.

—Sigues dándole vueltas a lo de ayer.

—No, estoy nerviosa por la ruta.

—Yo también, pero hay algo más que me quita el sueño —nos confesó Marta.

Parecía que hoy era ella la que nos iba a abrir su corazón.

—¿Qué te pasa? —pregunté preocupada.

—No sé qué hacer, si decírselo claramente o esperar a que coja de una vez mis indirectas.

—¿De qué hablas? —preguntó Bea extrañada.

Yo ya sabía de lo que hablaba. Me lo había contado hacía tiempo, pero no pensé que fuera a decidirse a hablar con Andrés cara a cara sobre sus sentimientos.

—¿Tú que harías, Adri?

Me puso en un compromiso. Yo estaba en una situación parecida a la suya y no tenía ni idea de qué hacer. ¡A buena le iba a pedir consejo!

—Yo creo que le gustas. Fíjate cómo te ha aupado hoy para la foto.

—¡Ah! ¿Habláis de Andrés? —Bea también se había fijado en ese detalle—. Es obvio que está por ti, Marta, pero desde mediados de curso yo ya me había dado cuenta. No solo te buscaba por los ejercicios de matemáticas.

—¿Tú crees? —Marta no parecía muy convencida.

—Estoy segurísima. Lo que no me imaginaba ni por asomo es que él te gustara a ti. ¡Si estáis todo el día discutiendo!

—Chicas, hablad más bajo, que las paredes tienen oídos —nos recordó Sara.

—Mira, igual es mejor que nos oigan, así me ahorro tener que encontrar el momento para decírselo.

—Me parece muy valiente por tu parte mostrarle tus sentimientos. —Ojala yo tuviera las mismas agallas, pensé.

—Hay que luchar por lo que uno quiere. ¿Verdad, Bea? —Marta aprovechó para conocer más sobre la situación de nuestra amiga.

—Mi caso es distinto. Mientras tenga novia no voy a dejar ni que se imagine nada de lo que siento.

—¿Por ti o por él? —quiso saber Marta.

—Por los tres.

—Estoy de acuerdo contigo —apoyé a Bea. Si Jaime y Yoli dejaban su relación, que fuera porque ellos lo decidían. Algo bueno tenían que tener como pareja para estar juntos. Nosotras solo nos habíamos fijado en los ataques de celos de ella. No sabíamos nada más.

—Al menos ya vuelve a hablarme y podemos ser amigos. Con eso me conformo de momento. —La voz de Bea sonó muy triste—. Pero no hablemos más de mí. Adriana, nosotras ya hemos confesado. Te toca a ti.

—¿Qué? ¡Pero si aún no sabemos lo que va a hacer Marta! ¿Se lo vas a decir o no?

—No sé. Después de la ruta lo decidiré. A ver qué pasa estos cuatro días. —Noté cómo se acercaba y, de pronto, su linterna alumbró mi cara—. ¡Te toca! Tienes que confesar.

Me tapé hasta arriba con el saco. Me había cegado.

—No tengo nada que confesar —mentí.

—No es justo, nosotras te lo hemos contado —protestó Bea, acercándose a nosotras, pisando a su paso a Esther y a Rosa.

Mis dos amigas saltaron sobre mí y me aplastaron contra el suelo. Chillé más alto de lo que hubiera querido. Ellas se rieron más alto de lo debido.

—¡Qué pasa! ¿Habéis montado una fiesta y no nos habéis invitado? —oímos decir a Andrés desde su tienda.

—Es una fiesta de chicas, no estás invitado —soltó entre risas Marta. Con esas indirectas tan cortantes, normal que no se diera por aludido.

—Ah, *él* no. Pero ¿los demás estamos invitados?

Pude distinguir a Marcos. Dije lo primero que se me ocurrió.

—Hemos dicho que es una fiesta de chicas. ¿Acaso eres una chica?

—Ahora mismo no me importaría.

No supe qué decir ante su respuesta, pero tampoco pudimos hablar más, porque los monitores nos habían oído y estaban fuera. Lo supimos al ver acercarse una luz. Todos nos callamos.

—¿Qué? ¿No tenemos sueño?

No respondimos. Por la voz me pareció David, pero tal vez fuera Pablo, por las palabras que empleó para hacernos callar. Por lo menos no adivinó de qué tiendas provenían exactamente las voces.

—Mañana os espera un día muy largo y cansado. Si no dormís no vais a tener fuerzas.

Esperó unos segundos antes de irse.

—Espero no tener que volver, porque entonces sí que os sacaré para que nos ayudéis a preparar los mapas.

Marta y Bea volvieron a sus esterillas silenciosamente. Cuando la luz se alejó, Marta me dijo al oído: «Mañana tienes mucho que contarnos».

***

—¿Todas las noches hablabais de chicos antes de dormiros?

—Por tus risas mal disimuladas, pensaba que tu comentario iba a ir sobre el radio-cd de las clases de aeróbic.

Laia se carcajeó sin cortarse un pelo esta vez.

—¡Es que no sé ni cómo es un cacharro de esos! ¿Cómo narices podías vivir sin Internet? ¡Y sin móviles! En plan… ¡cromañón!

—Pues de maravilla, como has podido comprobar. Yo volvía a esos tiempos sin pensármelo dos veces.

—¡No!

—Vivíamos mucho más tranquilos y felices, creo yo.

—Con móviles podríais haber tenido vuestras conversaciones nocturnas sobre los chicos de enfrente sin peligro de que os escucharan. ¿O lo hacíais justo para eso?

—No, salvo Marta quizá esa tercera noche. Supongo que nos parecía el momento apropiado. Al parar, cerrar los ojos, encontrarnos en un pequeño círculo en el que nos sentíamos en

confianza, nos era más fácil abrir nuestro corazón. El resto del día, siempre había más gente alrededor o estábamos ocupadas con actividades.

—Durante la ruta no pudisteis seguir esa rutina, supongo. Dormíais todos juntos, ¿verdad?

—Verdad.

—Cuéntamelo. Pero primero, voy a por un vaso de agua. ¿Quieres uno? Tendrás sed de tanto leer en alto.

—La verdad es que sí, pero igual me preparo un té.

—Yo te lo traigo.

Laia salió corriendo y tardó muy poco en volver, pero aquellos minutos fueron suficientes para que Adriana rememorara la última vez que había leído en alto para su hija en aquella cama. Quizá a sus nueve años, y de forma excepcional, cuando se había encontrado enferma, porque desde los ocho leía sola y a menudo. Su padre aún estaba en casa, pero ya tenían problemas. Entre ellos, que él había leído un cuento a su hija antes de dormir en muy contadas ocasiones.

12

La ruta

Nos levantamos más temprano que de costumbre para emprender la marcha lo antes posible. Si nos hubiéramos retrasado en la salida, durante el primer tramo del trayecto, que era todo subida, nos habríamos encontrado con un sol justiciero achicharrándonos en pleno mediodía. Pero a las nueve y media ya estábamos despidiéndonos de los peques y para las doce, que empezaba a calentar más el sol, ya habíamos llegado lo alto de nuestra primera cima.

Nos sentamos a descansar bajo unos pinos que nos regalaron su sombra. A pesar de que el trayecto no había sido muy largo, sí había sido bastante empinado, por lo que Jose ya había tenido que sacar un par de veces su inhalador para el asma.

Los monitores nos repartieron unas onzas de chocolate para reponer azúcar y un gajo de limón para quitar la sensación de sed.

—Bebed agua a sorbitos, pero no media cantimplora de trago, que luego os pesa la tripa y no podéis andar —nos recomendó Nico.

Marcos se acercó a mí y cogió mi cantimplora. La movió junto a su

oreja, escuchando el sonido del agua.

—¿Estás racionando el agua o ya te la has bebido toda?

—Solo he bebido un trago subiendo y otro ahora.

—Muy bien. Hasta que volvamos a bajar el monte no creo que haya una sola fuente.

—¿Vamos a bajar el monte que acabamos de subir?

Marcos me miró con una ceja alzada y media sonrisa cautivadora.

—Claro. ¿Acaso quieres quedarte aquí?

Me di cuenta de lo tonta que era mi pregunta. Estábamos de ruta. No íbamos a pasar el día en el monte jugando.

—¿Y sabes adónde vamos a ir cuando bajemos?

—Al pueblo que está en ese valle. —Señaló hacia una hilera de árboles que estaban a pocos metros—. Ven, se ve desde ese alto.

Me tendió la mano para ayudarme a levantarme. Estaba sentada en el suelo, descansando sobre mi mochila. Me limpié las manos frotándolas contra los pantalones. Me había apoyado para sentarme y las tenía manchadas de tierra. No quería darle la mano teniéndola sucia.

Tiró tan fuerte de mí que di un salto al ponerme de pie. Sin soltarme la mano, me llevó hasta el lugar que me había indicado. Cruzamos entre los árboles y dimos a un precipicio mucho más alto que el del río de la campa.

—¡Madre mía!

—Es una flipada, ¿verdad? Espero que no tengas vértigo.

—No, pero impresiona a cualquiera.

—Y merece la pena. Son unas vistas increíbles.

Era cierto. Nunca había visto nada semejante. Había hecho senderismo con mis padres muchas veces, pero jamás había tenido frente a mí una foto igual.

De frente, una pared de montañas formaba un cerro que se veía

borroso con la neblina que, aun siendo las doce del mediodía, no se había disipado. En medio de esa gigantesca pared se abrían varios pasos. A pesar de que estábamos muy lejos, se podían distinguir algunos caminos marrones entre el color verde de los árboles y el gris casi rojizo de la roca. Entre la pared y nosotros, un amplio y verde valle donde se agrupaban casas en tres puntos distintos. Uno de ellos, el más cercano, parecía el más grande. Quizás solo fuera la perspectiva.

—Es impresionante —dije después de un buen rato callada admirando el paisaje.

—¿Te gusta? —me preguntó Marcos tras expulsar lentamente una bocanada de aire que había inhalado hasta inflar al máximo su caja torácica. Hice lo mismo que él y noté cómo se oxigenaban mis pulmones.

—¡Me encanta! —confesé tras aquella sensación tan pura.

—Me alegro.

Me di cuenta de que, desde que me había ayudado a levantarme, no me había soltado la mano. Con lo impresionada que me había quedado ante aquellas vistas no lo había notado hasta ese momento. Solté mi mano de la suya como un reflejo y señalé hacia el primer conjunto de casas.

—¿Será ese el pueblo al que vamos a ir?

Marcos frunció el ceño ante mi reacción y siguió con la mirada la dirección de mi dedo.

—Sí, ese es. Comeremos allí y descansaremos antes de seguir hasta el pueblo donde vamos a dormir —se puso detrás de mí y estiró su brazo izquierdo a lo largo del mío. Agarró mi muñeca y dirigió mi dedo, que aún estaba señalando, moviéndolo hacia el pueblo más lejano—, que es aquel otro. Desde allí llamaremos a casa. Y mañana subiremos por ese camino. —Subió mi brazo e hizo

que me inclinara ligeramente hacia atrás.

Sentí un escalofrío al oír su voz detrás de mí. De pronto, sus rodillas golpearon la parte trasera de las mías haciendo que se me doblaran y perdiera el equilibrio. Mi propio peso me venció hacia delante y creí que me iba a caer por el precipicio. Pero solo fue una sensación, porque estábamos a casi tres pasos del borde y la fuerza de su empujón no fue apenas suficiente para moverme un poco. Aun así, me asusté tanto que grité, tensé la espalda y la eché hacia atrás, chocando contra él.

Ante mi reacción, Marcos me agarró con fuerza pasando sus dos brazos por mi cintura y retrocediendo un paso. Yo apreté mis brazos por encima de los suyos tan fuerte que tuve que clavarle las uñas. Él no se quejó.

—¡Hey, era una broma! Pensaba que no tenías vértigo —justificó a modo de disculpa. No me pareció suficiente para el susto que me había llevado.

—No ha tenido ninguna gracia. Pensaba que iba a llegar al pueblo la primera.

Se rio al oír mi voz temblorosa, o tal vez de mi comentario. La voz me tembló todavía más tras sus últimas palabras, que fueron muy dulces y con sus labios rozando mi oreja.

—Tranquila, Adriana, nunca dejaría que te cayeras.

—E-eso espero.

El corazón me latía muy rápido, y no era solo del susto. Una voz que nos llamaba me dio el impulso suficiente para liberarme de su abrazo y recuperar la compostura. Aún me temblaba todo el cuerpo.

—Vamos, chicos, coged las mochilas. Nos vamos.

Bajé corriendo hacia el lugar donde habíamos descansado. Marta me estaba esperando junto a mi mochila. Me la eché al hombro y empecé a andar antes de ponérmela bien del todo.

—Eh, tú, espérame —reclamó Marta. Me agarró del brazo y me hizo frenar.

Estaba temblando y ella se asustó.

—Dios mío, Adri, ¿qué te ha pasado?

—Nada, luego te cuento.

Me puse bien las correas e intenté alcanzar al resto del grupo. No quería quedarme la última. Pero Marta no pensaba quedarse sin saber lo que había ocurrido.

—Adri, no me asustes. Pensaba que estabas con Marcos, por eso no me había preocupado.

—Sí, estaba con él.

—¿Y?

—Luego te cuento, ahora no puedo.

—¿Le has dicho que te gusta? Sí, es eso.

Marta lo sabía de sobra, pero me conocía poco si pensaba que así, de buenas a primeras, le iba a decir a un chico que me gustaba, o en este caso… que me había enamorado de él.

—No, no le he dicho nada.

—Entonces te lo ha dicho él.

—No. No insistas. *Nadie* le ha dicho a *nadie* que le guste *nadie*.

—Pero algo ha pasado.

Nos estábamos quedando muy atrasadas y no quería perder al grupo. Decidí satisfacer la curiosidad de Marta para que me dejara avanzar.

—Sí, ha pasado algo, pero ha sido muy raro. Solo me ha susurrado al oído que nunca me dejaría caer y me ha abrazado… bueno, así explicado suena aún más raro.

—¡Te ha abrazado!

—No ha sido exactamente un abrazo. ¡Ay! No sé cómo explicártelo.

—¡Quiero todos los detalles!

Laura vino hacia nosotras, deshaciendo el camino que ya había hecho el resto.

—¡Chicas! ¡No os quedéis atrás! Pensaba que era la última. Menos mal que os he oído y me ha dado por volver. Vamos a llegar a una bifurcación sin señalizar. Si llegáis a coger la que no es… ¡no quiero pensar dónde habríais acabado!

Laura se puso detrás y empujó nuestras mochilas para que avanzáramos más rápido. Tardamos unos minutos en alcanzar al resto.

Cuando llegamos al pueblo llenamos las cantimploras y nos mojamos la cabeza en la fuente situada en una gran plaza. Había muchas sombras que podríamos aprovechar mientras comíamos los bocatas. El calor era casi insoportable al sol. Menos mal que por el camino también habíamos encontrado sombras. Con las prisas no me había vuelto a echar crema y de haber ido bajo el sol me habría puesto como un cangrejo.

Hicimos un corro y los monitores repartieron las lonchas de jamón para las medias barras de pan que llevábamos cada uno en las mochilas. Muchos panes estaban extraplanos porque sus dueños los habían metido en el hueco que quedaba al enrollar la esterilla, pero luego se habían tumbado encima de la mochila. Abrirlos con el cuchillo era casi tan difícil como intentarlo con una hoja de papel.

No pudimos descansar mucho rato. El día siguiente era el más duro de los cuatro y debíamos madrugar aún más, por lo que debíamos llegar pronto al pueblo en el que íbamos a dormir para no perder horas de sueño.

La tarde fue más calurosa todavía, pero el camino era casi todo

llano. Estábamos atravesando aquel majestuoso valle que había podido contemplar desde el alto, junto a Marcos. Recordar aquel momento me hizo temblar de nuevo. Unas gotas de agua me hicieron *bajar de mi nube*. Estábamos pasando por una pista entre campos de cultivo y los aspersores regaban gran parte del camino por el que íbamos a pasar.

Agradecimos enormemente esa ducha inesperada, ya que en todo el camino no habíamos encontrado ni una sombra. La magia aumentó cuando pudimos ver más de un arco iris a través de los chorros de agua. Algunos sacaron sus cámaras e hicieron fotos del fenómeno.

Hacia las seis de la tarde llegamos cantando al último pueblo del día. Los monitores nos llevaron hasta el pórtico de la iglesia donde íbamos a dormir para que dejáramos las mochilas. No era gran cosa, pero estaba limpio y cubierto. Suficiente para pasar la noche.

—¡Ya hemos llegado! ¿A que no ha sido para tanto?

—La subida de la mañana ha sido lo peor —opinó Jose mostrando su inhalador.

—Lo mejor han sido los aspersores.

-—No, las vistas del valle.

—La caída de César.

Cada quién daba su visión de lo más divertido o lo más duro del día. César lanzó su gorra a Fede cuando recordó en alto el traspiés que había sufrido bajando el monte. Una simple caída de culo al resbalar con las piedrillas del camino que no había tenido necesidad de ningún tipo de cura. Jorge continuó hablando.

—Me alegra que las opiniones sean casi todas positivas. Ahora vamos a ir al río a darnos un chapuzón y luego tendréis tiempo para llamar a casa y… ¡comprar un helado!

Algunos dieron saltos de alegría. El helado era muy apetecible en

ese momento, pero llamar a casa era algo que estaba deseando desde el primer día. Tenía tantas cosas que contar, que en los pocos minutos que tenía no me iba a dar tiempo.

Hicimos turnos para no colapsar el pequeño bar del pueblo. La dueña fue muy amable y comprensiva con la compra escalonada de helados y el uso continuo de los baños. Nos preguntó a qué hora nos íbamos al día siguiente, por si necesitábamos volver a usar los baños antes de reemprender nuestra marcha.

Acababa de terminar mi helado de cucurucho de chocolate y vainilla cuando me llegó el turno al teléfono.

—¿Sí?

—¡Mamá! Soy Adriana.

—¡Hija! ¿Qué tal estás? ¿Estás comiendo bien?

Sin duda, eso era lo que más le preocupaba. Lo segundo era la siguiente pregunta.

—Sí, mamá, muy bien.

—¿Te estás echando la crema? Mira que a veces parece que está nublado y también coge.

—Que sí, no te preocupes. ¿Qué tal estáis vosotros?

Todos estaban bien, no había mucho nuevo que pudiera contarme. Realmente solo habían pasado cuatro días. En cambio yo tenía muchísimas cosas que decirles. ¡Había construido un banco y la gente se podía sentar sin caerse! A mi padre le hizo muchísima gracia, casi tuve que jurárselo para que se lo creyera. Nos reímos de varias de las historias que le fui contando, la velada del Lobo y Caperucita y mi forma de gritar, incluso de canté un par de bendiciones para la mesa. Pero cuando me pasó con mi hermano no pude evitar que se me cayeran las lágrimas al oír su vocecita.

Intenté dejar de llorar antes de colgar, pero no pude. Cuando me despedí, mi madre se quedó un poco preocupada. Le costaba creer

que solo llorara porque les extrañaba y no porque me hubiera pasado algo horrible que no quería contar.

Les mandé muchos besos y colgué el auricular. Salí pitando del bar para que nadie pudiera ver mi llanto. Pero en cuanto crucé la puerta impacté contra alguien y su helado cayó al suelo.

—Eh, ve con más cuidado.

Marcos intentó coger al vuelo su helado pero no consiguió atraparlo y cayó a la acera.

—Perdona, perdona. —Agaché la mirada hacia el helado, intentando que no me viera la cara.

—Adriana, ¿estás llorando?

Intenté escabullirme pero me cortó el paso.

—¿Qué te ha pasado? —Me cogió de los hombros y me sentó en un banco de piedra que había junto al bar. Él se agachó frente a mí.

Marcos me miraba muy preocupado mientras retiraba las lágrimas de mis mejillas con ternura.

—Nada, estoy bien. —Mi voz era demasiado nasal y saqué un pañuelo de papel de mi riñonera.

—Entonces, ¿por qué lloras?

Me soné la nariz para conseguir hablar con normalidad y sequé las lágrimas que aún me quedaban.

—Solo he llamado a casa —dije avergonzada.

—¡Ah! ¡Es eso! —Marcos se levantó y resopló—. Me habías preocupado. Como te ibas corriendo, me había imaginado cualquier cosa.

—Solo pretendía evitar que alguien me viera llorando. Pero no ha sido posible. —Le miré él y luego al suelo—. Y encima te he tirado el helado.

Saqué mi cartera y me levanté para ir a comprarle otro. Marcos me llevó de nuevo hasta el banco y se sentó a mi lado.

—No te preocupes, lo importante es que tú estés bien.

—Estoy bien. Solo me he emocionado al oír a mi hermanito.

Marcos retiró de nuevo una lagrimilla que asomaba por mis pestañas.

—¿Es muy pequeño? ¿Cómo se llama?

—Sergio, tiene tres años.

—Te echará mucho de menos.

—Y yo a él. —Me soné de nuevo la nariz.

—Eso está bien. Yo también he hablado con mis padres y con mi hermana. Pero no he llorado. No porque nos les eche de menos, es que mi hermana Mar ya tiene veinte años, y no es lo mismo que un precioso bebé rubito de ojos verdes.

Se rio y me dio un empujoncito con el hombro. También reí.

—¡Eh! He conseguido que te rías —se alegró.

—Te equivocas. —Se quedó serio, pero seguí la frase para que viera a lo que me refería—. Mi hermanito sí que es rubio, pero tiene los ojos azules.

—Ah, bueno. Entonces es como tú solo a medias. —Me miró a los ojos—. Aunque lo de precioso, lo mantengo.

Debí ponerme colorada como siempre, pero Laura nos interrumpió y quizá evitara que mi sistema parasimpático acabara su labor.

—¿Qué, chicos, ya habéis llamado a casa?

Los dos asentimos con la cabeza.

—¿Qué tal están Jesús y Pili? —me preguntó Laura. Conocía a mis padres de algunas reuniones y del día de padres y madres de la última salida del curso. El último día del campamento también lo celebraríamos junto a ellos, hermanos, otros familiares y amigos, además de nuestro párroco.

—Están muy bien, gracias.

Laura vio el helado en el suelo y nos miró extrañada. Me levanté

rápidamente para no darle tiempo a Marcos a decir nada.

—Ah, sí, se me ha caído. Ahora iba pedirle algo a la dueña del bar para limpiarlo. ¿Podría comprar otro Laura?

—Sí, claro, si estaba entero.

—Gracias.

Entré corriendo de nuevo en el bar, compré un helado igual al que se había estampado contra el suelo y pedí un poco de papel para recogerlo.

Cuando salí, Marcos ya lo había recogido con el propio envase del helado y lo había tirado a la basura.

—Toma, tu helado.

—No hacía falta, Adri.

—Sí que hacía falta. Yo te lo he tirado y ni siquiera lo habías probado.

Me agaché para limpiar un poco de nata que se había quedado en el suelo.

—Gracias. —Marcos le dio un enorme bocado.

Estuvimos jugando a las cartas y aprendiendo canciones de ruta para el día siguiente. Algunas eran de lo más absurdas, pero tenían mucha gracia. Algunas chicas hicieron una fila y se pusieron a hacerse trenzas unas a otras. Bea me convenció para que nos uniéramos a ellas.

—Venga, que así vamos a ir mucho más frescas mañana.

En quince minutos, la mitad del sector femenino llevábamos trenzas de todo tipo. Algunos chicos quisieron que les hicieran algunas pequeñas a ellos también en los mechones más largos de la zona de la nuca.

Tras la cena, extendimos las esterillas por todo el pórtico y nos sentamos en círculo para hacer la oración. El texto hablaba de los obstáculos que no encontramos en el camino de la vida, y que cómo

con esfuerzo y con ayuda de los demás conseguimos superar. Recordé cómo Marcos había conseguido hacerme reír cuando estaba llorando.

Todos pedimos que el día siguiente fuera tan bueno como el que acabábamos de pasar y nos fuimos a dormir. Esta vez me costó bastante más que en el campamento. Había demasiada claridad y los ronquidos, más cercanos que en las tiendas, no me dejaban conciliar el sueño. Desde donde estaba se veía un poco el cielo. La luna y las estrellas estaban empezando a desaparecer tras unas nubes oscuras que avanzaban deprisa empujadas por un viento bastante fuerte que se había levantado. Me quedé dormida esperando que el día siguiente no lloviera.

Cuando nos levantamos estaba muy nublado pero aún no llovía. Era muy temprano y esperábamos que el cielo se despejara según avanzara la mañana.

Desayunamos y, mientras guardábamos todo en las mochilas, los monitores curaron algunas ampollas y rozaduras que tenían los que habían llevado botas nuevas.

—Ay, ya os avisamos sobre las botas de monte. En la reunión de junio os dijimos que si os ibais a comprar calzado nuevo lo usarais antes de venir, para irlo haciendo al pie.

Las curas retrasaron un poco nuestra salida, pero aun así estábamos en marcha antes de las nueve.

La lluvia no tardó mucho en acompañar nuestro viaje, haciéndolo más pesado y monótono, al ir con el chubasquero puesto y no poder ir hablando igual con los compañeros.

Paramos a mediodía en un pueblo que no estaba previsto. Ese día la idea era comer en el monte, pero con la intensa lluvia era

imposible. Los ánimos estaban más decaídos que la jornada anterior. Teníamos frío y estábamos cansados. Eso sumado a la baja moral no ayudaba a la hora de reemprender la marcha.

A media tarde comenzamos la subida de una cuesta muy embarrada y muy pronunciada. Las botas parecían tener plataformas por la cantidad de barro pegado a la suela. A cada paso que avanzábamos por la cuesta, descendíamos medio.

—¿No podemos dar un rodeo? —preguntamos a los monitores.

—Con esta niebla tan espesa no es seguro desviarnos del camino definido. Podríamos perdernos. Tendremos que subir por aquí sea como sea.

Yo iba subiendo y parando cada pocos pasos. El esfuerzo me estaba dejando agotada, pero, a diferencia de otros compañeros, no retrocedía camino, cuando veía que me resbalaba, volvía a avanzar. En cambio había quienes solo habían conseguido subir algunos unos pasos.

Los monitores, además de Jaime y Marcos, empezaron a tirar de los más rezagados, cogiéndoles de la mano y subiendo sin detenerse, para no retroceder. Tuvieron que hacer muchos viajes, aunque por lo menos dejaron sus mochilas arriba de la cuesta. Pasaron por mi lado y me preguntaron si quería ayuda. A Jaime bastó con decirle una vez que no. Creía poder llegar sola, aún había gente más atrasada que yo y que necesitaba más un empujón. Marcos me riñó la tercera vez que pasó por mi lado y no me dejé ayudar.

—Cuando haya subido el último, puedes venir a buscarme. Mientras tanto, seguiré yo sola.

—Eres muy orgullosa Adriana. No hace falta que demuestres nada a nadie.

Desconocía por qué parecía enfadado, pero fuera lo que fuera, no

le daba derecho a acusarme de cosas que no eran ciertas.

—No soy orgullosa ni quiero demostrar nada. Voy a mi ritmo, pero voy bien. Cuando no haya nadie más necesitado de tu ayuda, estaré encantada de recibirla.

Estaba empezando a resbalarme cada vez más, apenas me quedaban fuerzas. No era capaz de ver si quedaba alguien detrás de mí. Entre el gorro y la niebla casi no veía nada. Aún me quedaba media cuesta por subir. Parecía que no se iba a acabar nunca.

Marcos bajó a buscarme. Eso significaba que era la última. Al menos había conseguido subir media cuesta. Me pareció que cojeaba, pero no tuve oportunidad de preguntarle, porque según llegó tiró de mi brazo y empezó a arrastrarme cuesta arriba.

En pocos pasos noté de nuevo su cojera, así que le frené y le obligué a responder.

—Marcos, vas cojeando.

—No te pares o nos resbalaremos.

—¿Te has caído? ¿Te has torcido el tobillo?

Siguió arrastrándome, pero hizo un gesto de dolor y fue él quien frenó esta vez.

—Marcos, no estás bien. ¿Qué te pasa?

—Es la rodilla, se me ha salido. Me pasa a veces.

—¿Qué? ¡Y cómo bajas estando así!

—No iba a dejarte aquí. Los demás han seguido avanzando. No me ha dado tiempo a decirles que Jose no era el último. Con la niebla ha sido todo muy confuso. Tenemos que llegar arriba para alcanzarles, si no nos vamos a perder.

Aceleré el paso, tanto que casi era yo la que tiraba de él. Se notaba que le dolía. Llegamos a la piedra donde había apoyado su mochila. Se la puso y nos limpiamos las suelas de las botas contra la roca. Llevábamos varios centímetros de barro en cada una.

Avanzamos muy despacio, a Marcos le dolía cada vez más la rodilla y casi no podía apoyar la pierna. Yo intentaba cargarle, pero con las mochilas era demasiado peso.

—Vamos a dejar las mochilas y a alcanzar al resto. Luego ya volveré a por ellas con algún monitor.

—No, no podemos dejar la mochila atrás. Si nos perdemos y no les encontramos, sin la ropa de abrigo y el saco sería muy peligroso quedarnos aquí hasta que nos encuentren.

—Pero tú no puedes andar solo y yo no puedo cargar contigo y las mochilas.

Marcos se paró y se sentó sobre el tocón de un antiguo árbol.

—¿Por qué te paras? Nos van a sacar más ventaja.

Señaló hacia delante. El camino que estábamos siguiendo se bifurcaba. Era imposible saber por dónde se habían metido los demás. La intensa lluvia removía el barro del suelo tanto como para tapar cualquier huella que poder seguir.

—Tendrás que ir a buscarlos tú sola.

—¿Qué? No pienso dejarte aquí solo con la rodilla así.

—Solo tienes que elegir un camino e ir lo más rápido que puedas. Si ves que en unos quince minutos no les has alcanzado, no era ese camino. Tendrás que volver atrás. Yo intentaré colocarme la rodilla de mientras. Si vuelves sola, intentaremos ir los dos por el otro camino. Si los encuentras, ¡que vengan al menos dos a buscarme!

Marcos se rio pero el gesto de dolor de su cara no desapareció.

—¿Y qué pasa si avanzo y el camino se vuelve a bifurcar? ¿Y si luego lo vuelve a hacer? No voy a saber volver.

—En ese caso, creo haberte visto un reloj muy equipado.

Recordé mi regalo de cumpleaños. No estaba segura de saber usar bien la brújula.

—¿Recuerdas lo que nos enseñaron en el taller de orientación el

otro día?

—No estoy segura. Pero puedo intentarlo.

Me moví buscando el norte. Sí, Marcos se encontraba en dirección noreste. Podría volver a buscarlo sola si fuera necesario, y le cargaría a mi espalda dejando atrás las mochilas por mucho que él dijera que no. De nuevo, vi el dolor en su cara.

—¿Te duele mucho? —Me sentía culpable. Me agaché a comprobar el daño. Sin duda, estaba desencajada, se notaba incluso a través del pantalón—. No tendrías que haber bajado a buscarme con la rodilla así.

—Era preferible perderme contigo a que te perdieras sola. Lo que no esperaba era no ser capaz de seguir andando.

—No tendrías que haberlo hecho.

—No habría podido evitar hacerlo.

Lo miré y me sentí inmensamente agradecida. No sabía qué habría hecho de haberme encontrado sola. Tal vez me hubiera quedado quieta allí hasta que volvieran a buscarme. Era una buena opción, era el último sitio donde me habían visto y vendrían a por mí. Pero no podía esperar a que se dieran cuenta de nuestra ausencia, Marcos estaba herido y necesitaba atención médica urgente. La historia del helicóptero empezada a tener sentido ahora. Aunque con es niebla tan espesa, no nos habría encontrado.

—Gracias por no dejarme atrás —le dije con lágrimas en los ojos.

—De nada. Siempre que me necesites. —Me acarició la cara y evitó que la primera gotita saliera de entre mis pestañas.

El corazón se me desbocó y me hizo actuar de la forma más impulsiva que recordaba.

—Creo que tengo algo que te habías ganado. —Recordé la apuesta del río y el *premio* al que había renunciado hasta que yo se lo diera voluntariamente—. Ahora te lo has ganado de verdad. Si aún

lo sigues queriendo, estoy dispuesta a dártelo.

Marcos parpadeó varias veces, como si no comprendiera lo que le decía. Hasta que los ojos se le abrieron de par en par.

—No quiero que me lo des porque te sientas agradecida.

—¿No puedo sentirme agradecida por lo que has hecho por mí?

—Sí, igual que yo te agradezco que me ayudes ahora. Lo que no quiero es que me beses solo para darme las gracias.

No quería que pensara eso. No era *solo* eso. Era muchísimo más. Pero me moría de vergüenza de solo pensar en decirle que estaba enamorada de él.

—¡No! Es más que eso…

—¿Qué *más* es?

—Estoy… —la voz me falló, pero me obligué a seguir hablando—. Estoy muy a gusto contigo. Me gusta mucho estar contigo, Marcos. —Sentí que mi cara enrojecía debajo del gorro de mi chubasquero.

—Vaya, me he tenido que lesionar y perderme contigo en medio de la niebla para que me lo dijeras. Pero ha merecido la pena.

Me retiró el gorro hacia atrás, me miró con fijeza a los ojos unos instantes y acercó mi cabeza a la suya. Me dio un beso muy dulce en los labios. Mi primer beso. Deseé quedarme bajo aquella niebla mucho más tiempo, pero no podía esperar más. Si no me daba prisa no les encontraría, y la rodilla de Marcos podría empeorar. Me separé de él y me incorporé contra mi voluntad.

—No tardes —solicitó.

—No lo haré. Tú no te muevas de aquí.

Cogí la bifurcación de la derecha y seguí unos metros. Efectivamente, allí había otra bifurcación. Esta vez decidí escoger la izquierda, sin motivo aparente. Estaba a punto de llegar a los quince minutos que tenía como margen para seguir por ese camino antes de dar media vuelta e ir a por Marcos, cuando creí oír unas voces.

Seguí un poco más y pude escucharlas con más claridad. En unos minutos encontré a mis compañeros sentados junto a un refugio de montaña.

—¡Adriana! —gritó Lucía, que estaba consolando a Marta, quien no paraba de llorar.

Varios compañeros vinieron a recibirme.

—¿Estás bien? ¿Dónde está Marcos? Los monitores están como locos buscándoos.

Laura llegó desde un camino cercano y corrió hacia mí entre lágrimas.

—¡Dios mío, estás bien! ¿Dónde os habíais metido? ¿Y Marcos?

—Está cerca de la cuesta del barro. Me quedé rezagada y bajó ayudarme, pero se le ha salido la rodilla y no puede andar.

—¿Podrías llevarnos a donde está?

Los demás monitores fueron llegando, probablemente alertados por las voces.

—Sí, seguirme. —Tiré mi mochila y volví por el camino, sin necesidad de mirar la brújula.

Los monitores habían llamado a los servicios de emergencia en cuanto detectaron nuestra ausencia. Para cuando llegamos de nuevo al refugio, ya estaba allí un todoterreno dispuesto a llevar a Marcos a urgencias. Jorge, que le había llevado a cuestas el último tramo, subió con él al vehículo y lo acompañó al hospital.

Los demás bajamos andando hasta el pueblo más cercano, que no quedaba lejos, e hicimos noche allí en el frontón cerrado del pueblo que el alcalde tuvo a bien cedernos.

Marcos volvió solo con una venda. Estaba bien, le habían vuelto a colocar la rodilla pero le habían prohibido andar sin muletas unos días, y mucho menos hacer la ruta. Esa noche vino a despedirse de nosotros y volvió a la campa con los pequeños.

—Tú tienes que terminar la ruta para contármela después con tantos detalles que me parezca haberla hecho completa —me dijo antes de marcharse.

—Descuida, te haré hasta fotos de los paisajes más bonitos.

Le vi marcharse con David, que había venido a buscarle en la furgoneta. Marcos me guiñó un ojo desde la ventanilla.

—Os habéis besado, ¿verdad?

La voz de mi amiga a mi espalda me hizo brincar en el sitio.

—Marta, eres increíble. ¿Cómo lo sabes?

—Se te nota en la cara. Quiero todos los detalles.

Me daba mucha pena seguir la ruta sin él, pero por lo menos estaba bien y volvería a verlo en dos días. Había encontrado el camino hasta el grupo muy deprisa, como si algo o alguien me guiara. Estaba segura de que había sido así.

El fin de semana fue muy tranquilo. No llovió y el recorrido era más sencillo. Aun así, César tropezó de nuevo en una cuesta y esta vez se hizo un esguince. Acompañó a Marcos en la campa desde el sábado.

Cuando llegamos a la campa todos vinieron a recibirnos haciéndonos un montón de preguntas. Marcos estaba sentado junto a César en el comedor. Esperaron a que fuéramos nosotros los que nos acercáramos a ellos.

Esa noche en la oración salieron multitud de agradecimientos de unos a otros por haberse ayudado durante la ruta. Era cierto todo lo que me habían contado sobre ella. En esos cuatro días la gente se ayudaba más que nunca y esto creaba unos lazos muy fuertes entre todos, que seguro que se iban a notar en la semana que nos quedaba de campamento. Ya había transcurrido la mitad, y apenas

me había dado cuenta.

Tras la oración y un abrazo colectivo de felicitación por lo bien que lo habíamos hecho, superando todas las dificultades del camino, nos fuimos a dormir. Estábamos agotados. Menos mal que al día siguiente íbamos a poder dormir hasta las diez, o al menos eso nos habían prometido los *monis*.

Coincidí con Marcos y Andrés en el bidonero cuando fui a lavarme los dientes con Marta, quien se llevó a Andrés de allí con la excusa de ir a por la pasta de dientes y que ella no tenía linterna. El chico le ofreció la suya, pero Marta insistió en que la suya era mucho mejor. Definitivamente, no sabía coger las indirectas.

—Me alegro de que hayas vuelto entera —comento Marcos con la boca llena de espuma.

—¿Por qué no iba a hacerlo? —Me sentí molesta por la duda ante mi capacidad.

—Con lo cabezota que eres, tenía miedo a que insistieras en cruzar un río a nado y con la mochila puesta.

Me reí ante su exageración. No podía enfadarme con él por preocuparse por mí. Se enjuagó la boca antes volver a hablar y descolocarme por completo.

—He echado de menos esa sonrisa.

No era momento para ser tímida. Ya le había dicho lo que sentía, bueno, más o menos.

—Yo también te he echado de menos. Te he traído un montón de fotos, ya verás, te van a encantar.

—Sí, sí, pero ahora tienes que estar agotada. Mañana me cuentas todo y me enseñas cada una de las fotos.

Se acercó a mí y me besó por segunda vez. Esta vez me pilló desprevenida, me dio un triple vuelco el corazón y tuve que agarrarme a sus brazos para no caerme. Él me abrazó y yo apreté la

cabeza contra su pecho. Estaba indescriptiblemente a gusto con él.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para estar juntos —me susurró. Yo lo abracé más fuerte.

Alguien carraspeó y se acercó a nosotros. Nos separamos de inmediato.

—Marcos, ¿quieres que te ayude a llegar a la tienda? —le propuso Jorge, subiéndole a su espalda antes de que pudiera darle una respuesta.

—Hasta mañana Adri —me dijo desde *las alturas*.

—Ya te llevamos nosotras las muletas —dijo Laura, que había venido con Jorge.

Les seguimos a varios pasos de distancia. Se notaba que Laura iba más despacio a propósito.

—¿Qué tal, Adri?

—Bien. Algo cansada. Pero nada que diez horas de sueño no curen.

—Me refería a qué tal con Marcos.

Me sorprendió que fuera tan directa aunque nos hubiera descubierto en pleno abrazo. Tenía confianza con ella, pero de esto casi no había hablado ni con Marta.

—Bien, estamos a gusto juntos.

—Eso es muy importante. Es un buen chico, y tú eres una buena chica.

—Mmm, sí.

—Me refiero a que los buenos chicos y las buenas chicas se comportan bien.

—Sí, claro. Creo que no entiendo a qué te refieres. ¿Es por el abrazo?

—Un abrazo o un beso son más que suficiente a vuestra edad.

—¿Cómo sabes que me ha besado? —me delaté.

—Me lo imaginaba. Me lo imaginé desde el día en que Marcos me preguntó si tú ibas a venir este año. Le conté que ya estabas apuntada y se le alegró la cara. Conociéndoos a los dos, era cuestión de tiempo.

—Vaya ojo que tienes…

—Por eso, confío en vosotros y en que no tendré que candar las cremalleras de vuestras tiendas por la noche. —Lo dijo en alto y justo al llegar junto a Marcos. Por la cara de póquer que tenía, supuse que Jorge había tenido la misma conversación con él.

—Sí, Laura. Ya le he dicho que me quedo más tranquilo sabiendo que tendrá la rodilla así lo que queda de campamento.

Se rieron y esperaron a que entráramos a nuestras respectivas tiendas antes de marcharse.

En la mía estaban todas despiertas y algo revolucionadas. Por mi historia con Marcos no podía ser, ya se la había contado la noche anterior en ruta tras la insistencia de las cinco. Tenía que ser otra cosa.

—¡Adri, Marta por fin se lo ha dicho a Andrés!

—¿Cuándo?

—Ahora, cuando me lo he llevado para dejaros solos. Por cierto, me debes una.

—¿Y qué te ha dicho él?

—Que jamás se lo hubiera imaginado. ¡Pensaba que le odiaba!

—¿En serio?

—Sí, pero también me ha dicho que… por eso mismo pensaba que no tendría ninguna oportunidad conmigo. Y que si yo no se lo hubiera dicho nunca se habría atrevido a decírmelo él.

—Entonces, has hecho bien en dar tú el primer paso.

—Me ha costado pero ha merecido la pena.

—Felicidades, chicas.

—¡Eso! Nos alegramos por vosotras.

—Ya me podría haber fijado yo en uno que no tuviera novia—. Bea soltó un suspiro—. Lo tendré en cuenta la próxima vez. ¡A partir de mañana mismo!

—¡Eso es pensar en positivo!

Nos reímos durante unos minutos, pero en cuanto se hizo el silencio, caímos rendidas.

13

Cumpleaños

La segunda semana se me pasó aún más rápida. Los talleres, los juegos y las piscinas fueron los protagonistas. Decidí hacer una muñeca con lanas como regalo para mi amigo invisible, que era Bea. De todos los talleres que hicimos era lo que mejor me había quedado. El compromiso de ser *más amiga* suya de lo que ya era, creí haberlo cumplido.

También hicimos nudos en unas camisetas blancas y las metimos en tinte de diferentes colores. Tras unos días secándose, les quitamos las ataduras y quedaron unas camisetas muy *guays*.

Los días se pasaron más rápido de lo que nadie imaginaba. Marta y yo estábamos con Andrés y Marcos todo lo que podíamos. Solíamos ir los cuatro juntos a todos lados, aunque a veces reservábamos unos ratos para estar los dos solos. También estábamos con el resto de los compañeros, no por estar juntos íbamos a perdernos la oportunidad que nos daba el *campa* de divertirnos con todos nuestros amigos.

Elena dejó de mirarme mal al cabo de un par de días. Supongo

que se acostumbró a vernos juntos y se resignó a que Marcos había tomado su decisión. Me había elegido a mí. Yoli cambió un poco esa actitud tan posesiva que tenía con Jaime y se los veía mejor. Bea no volvió a mostrarnos interés por él, aunque yo sospechaba que era porque lo mantenía raya con férrea voluntad.

El sábado llegó antes de lo que me hubiera gustado. Y no porque fuera el día de mi cumpleaños, sino porque significaba que se acababa el campamento.

Mi cumpleaños me hacía mucha ilusión, siempre me había gustado celebrarlo con mis amigos, y allí tenía más que nunca. Además, uno de los días que estábamos paseando por la zona del río, Marcos me dijo que me iba a hacer un regalo muy especial. Estaba nerviosa por saber lo que era.

La velada de esa noche duró hasta tarde. Empezando con la oración, en la que nos despedimos emotivamente. Muchos se iban de vacaciones y hasta septiembre no se iban a volver a ver. Como Marcos y yo. Ambos nos íbamos a ir al pueblo el resto del verano, y no regresaríamos hasta una semana antes de empezar el instituto. Pero no lo quería pensar aún, me quedaba un día entero con él.

Laura se despidió como monitora y lloramos casi todos, sus compañeros incluidos. En su lugar, le dieron la bienvenida a Jaime, sin duda lo haría muy bien.

Jaime habló delante de todos sobre la cantera de monitores con la que contaba el grupo, dando su visión desde el otro lado, como uno más de nosotros. Así se lo pidieron los *monis*.

—Por su entrega y apoyo a sus compañeros, su personalidad y buen corazón, mi valoración es que Marcos podría ser un gran monitor. Él mismo me ha comunicado su motivación y creo que lo haría muy bien. Además, tengo en mente a tres chicas que el año que viene terminarán de demostrar lo que valen.

Jaime nos miró a Marta, a Bea y a mí. Me pilló de sorpresa. Lo de Marcos, no. Tal vez al cabo de un año viera en mí misma esa vocación. Por ahora no me sentía capacitada para esa responsabilidad.

Después vino la entrega de los regalos de los amigos invisibles. Yo recibí un joyero hecho con madera y pintado con témperas, que descubrí que era de Sara. A Bea le gustó mucho mi muñeca de lana. Tras el intercambio de regalos y justo cuando pensaba que todos se habían olvidado de mi cumpleaños, David sacó la guitarra y todos mis compañeros cantaron a coro el *Cumpleaños feliz*. Me dieron una caja envuelta en papel de colores. Cuando vi lo que había dentro me reí muchísimo. Era una brújula grande, no como la de mi reloj. Para próximas aventuras, quizá como monitora…

Nos fuimos a dormir y Marcos me recordó nuestra cita en la roca a las seis y media de la mañana. Solo faltaban cuatro horas. La velada se había alargado mucho.

Cuando entramos en la tienda, Marta propuso algo que le habían contado de otros años. A todas nos pareció muy buena idea.

Salimos con los sacos y las esterillas e hicimos vivac junto a nuestra roca favorita. La idea era quedarnos despiertas hasta el amanecer, pero fue imposible. Después de una hora hablando de lo que habíamos vivido esas dos últimas semanas, nos quedamos dormidas.

A las seis y media noté un beso en la mejilla. Marcos estaba allí, y se había quedado alucinado de vernos a las seis chicas durmiendo sobre la hierba.

—Estáis locas. Hace un frío que pela.

—Es el último día. Si no era hoy, no era nunca.

Me ayudó a incorporarme y me senté con él en la roca. Los dos nos tapamos con mi saco.

—Felicidades.

—Ya ha pasado mi cumpleaños.

—No hasta que haya amanecido.

—Bueno, es una forma de verlo. Oficialmente ha sido hasta las doce de la noche.

—¿Me concedes unas horas de plazo? No me había dado tiempo a acabar tu regalo, lo he repetido cuatro veces. Era más difícil de lo que imaginaba. Lo acabo de terminar.

Sacó un anillo hecho con abalorios. En los talleres habíamos hecho pulseras y llaveros con forma de cocodrilo, pero los anillos del patrón parecían muy difíciles y nadie lo intentó. Bueno, Marcos no solo lo había intentado, sino que lo había conseguido. Aunque se hubieran pasado más de seis horas de mi cumpleaños, podía perdonárselo.

—Es precioso. Muchísimas gracias.

Le di un beso en la mejilla.

—¿Te gusta? No es un diamante del tesoro de Willy el tuerto, pero…

—Para mí, tiene muchísimo más valor —confesé y él sonrió de forma que casi se me detuvo el corazón.

—A ver si te queda bien.

Me encajaba a la perfección. Además era violeta y verde, mis colores favoritos.

—No tenías que haberte molestado tanto. Seguro que no has dormido en toda la noche.

—Los de mi tienda me han tirado varias veces sus calcetines para que apagara la linterna. Pero tenía que dártelo antes de estar todo el verano sin vernos.

—Ay, no me lo recuerdes, no sé cómo voy a poder aguantar dos meses sin verte.

—Me escribirás.

—Por carta cada semana. Por *email* todos los días.

—¿Como mi novia?

—¿Qué? —Miré el anillo y lo comprendí. Por eso quería dármelo antes de irnos.

—Me gustaría que fuéramos novios, oficialmente.

Me quedé muda. No me lo esperaba. La verdad es que no me hacía falta definir con un nombre lo que éramos el uno para el otro. Yo le quería y estar con él era lo único que me importaba.

—¿No dices nada?

Lo noté nervioso ante mi silencio. Le acaricié la mejilla, cerré los ojos y le besé en los labios.

—Claro que sí.

Volvió a besarme y noté cómo los primeros rayos de sol calentaban nuestros rostros.

—Tenías razón, es una pasada —admití, mirando el amanecer.

—Hoy todavía más. —Me abrazó fuerte.

Nos quedamos contemplando el cielo hasta que hubo amanecido por completo. Ese día vendrían los padres y pasaríamos el día con ellos.

Los míos iban a conocer a *mi novio* y los de Marcos a *su novia*. Sonaba raro. A mis padres les iba a encantar Marcos. Esperaba gustarle yo también a los suyos.

Cuando había hecho mi mochila dos semanas atrás no podía imaginar que volvería con ella llena de nuevos amigos, nuevas habilidades, experiencias irrepetibles, y sobre todo… un gran amor. Marcos, mi primer y verdadero amor.

***

—¿Cómo? ¿Ya está?

—¿No te parece un buen final?

Laia enfocó la mirada en su madre y parpadeó repetidas veces.

—Lo sería si fuera un libro que hubiera cogido de la biblioteca. Pero es real, es la historia de tu primer amor. ¡No puede acabar así! ¡No puede acabar *ahí*!

Le quitó el cuaderno de las manos y pasó las páginas siguientes, que no eran muchas, pero estaban en blanco. Aunque sí que encontró algo más: cierto objeto pegado en el interior de la contraportada.

—¿Es este? —Con manos trémulas, Laia acarició la pequeña circunferencia en tonos verdes y violetas—. ¿Este es el anillo de abalorios?

Adriana despegó la pequeña bolsita de plástico en la que había guardado con sumo cariño aquel recuerdo como un preciado tesoro. Se lo puso en el mismo dedo donde lo había llevado mucho tiempo atrás.

Cuando Laia vio la nostalgia en el rostro risueño de su madre, sintió que descubría tanto o más de ella que con la propia historia.

—¿Qué pasó después, mamá?

—La vida, cariño. Eso pasó.

Tras un profundo suspiro, Adriana depositó un suave beso en lo alto de la frente de su hija y narró la parte menos bonita de la historia.

—Nos mantuvimos en contacto ese verano y después, hasta poco antes de Navidad, pasamos unos maravillosos meses saliendo juntos. Solos o en cuadrilla, a veces con Andrés y Marta el escaso mes que duraron juntos; no acabaron entendiéndose. También quedábamos con Jaime, que se hizo muy amigo de Marcos, y por lo tanto con Yoli, con quien nunca llegué a tener auténtica amistad. Éramos muy distintas.

—Pero ¿no me habías dicho que Bea y Jaime son los mismos que yo conozco? ¡Están casados!

—Yoli y Jaime cortaron antes del siguiente campamento, y fue entonces cuando Bea y él comenzaron un acercamiento lento, ¡lentísimo! Hasta que años después ella se hizo también monitora y empezaron su noviazgo.

—Ah, ya entiendo. —Aquel había sido un amor a fuego lento, no como el vertiginoso de su madre—. Pero… ¿qué pasó poco antes de Navidad con Marcos?

Cuando Adriana se removió buscando una mejor postura en el colchón, Laia supo que hablar de ello le costaba bastante.

—A su padre lo destinaron a México. Era ingeniero en una empresa de construcción y era una gran oportunidad de ascenso. Se llevó a su familia con él. Incluso la hermana de Marcos, que ya tenía veinte años, se trasladó allí. ¿Cómo no iba a irse su hijo de quince?

—Tuviste que pasarlo fatal.

—Lloré a mares —reconoció, con sonrisa resignada—. Para él fue peor, lo dejaba todo atrás, sus amigos, su instituto… y a mí, claro. Al principio mantuvimos contacto con mucha frecuencia, pero con el paso del tiempo, y sabiendo que no iban a volver como mínimo en tres años, los mensajes se fueron espaciando. Un día me contó que había conocido a una chica que le gustaba, yo también le confesé que había alguien que me interesaba.

»Fue como si nos estuviéramos dando permiso para poner fin a esa relación que no habíamos querido romper cuando se marchó. Pero la vida nos llevó por caminos distintos, y cada uno encontramos nuestro destino. —Miró a Laia a los ojos y tocó la punta de aquella nariz tan respingona como la suya propia—. El mío, tú.

Después, madre e hija se fundieron en un amoroso abrazo. Cuando Adriana le dio un sonoro beso en la mejilla, Laia hizo un

puchero para contener las lágrimas. Después observó a su madre, que había empezado a juguetear con el anillo de su dedo. Hacía mucho que se había quitado el de boda, cuando se había separado de su padre. Si en el lugar que había dejado libre todo ese tiempo se había decidido a ponerse el anillo de abalorios, tenía que ser porque aún, en algún lugar de su corazón, ese amor de su adolescencia seguía vivo.

—¿Qué fue de él? ¿Seguís en contacto?

—Dejamos de escribirnos con tanta asiduidad y, al final, del todo. Yo ni siquiera conservo la dirección de correo electrónico que usaba entonces. Pero sé por Bea, que lo descubrió por Jaime, ya que ellos dos sí deben de seguir en contacto, que volvió a Bilbao hace unos años. De hecho, me pareció verlo un día en un vagón de metro, mientras yo esperaba en el andén. Aunque igual lo confundí con alguien que se le parecía, o se le habría parecido si se hubiera convertido en el hombre que yo he imaginado en mi cabeza, claro. Hace muchísimo que no veo su cara. ¡Podría haber cambiado tanto!

—¿Tienes alguna foto suya? Aquí dices que hicisteis un montón en el campamento.

—Sí, claro. Pero están todas en los álbumes viejos. En el trastero.

—Y subir ahora a buscarlas sería muy…

—Innecesario —zanjó Adriana—. Es de madrugada ya. Otro día, ¿de acuerdo?

—Vaaale.

—Ahora, a dormir.

Adriana se puso en pie, arropó a su hija y la besó en la frente repetidas veces.

—¿Estás bien, tesoro?

—Bastante mejor —reconoció Laia—. Me he olvidado de Raúl todo este rato, y ahora es como si lo que ha pasado hace solo unas horas

fuera muy lejano. Ya… me importa mucho menos.

—Me alegra oír eso.

—¿Y tú, mamá? ¿Cómo estás?

La pregunta impactó en el pecho de Adriana casi tan fuerte como cuando ella le había contado que se separaba de su padre (a solas, porque la inmadurez de su ex era tal que había dicho entre gritos: «Tú eres la que quieres romper esta familia, díselo tú a la niña») y la «niña» de casi once años había respondido: «Si es lo que crees que es mejor para ti, vale. Pero siempre será mi padre, ¿verdad?».

—Estoy muy orgullosa de ti, hija.

Laia puso los ojos en blanco, aunque sonrió.

—Me refiero con respecto a remover el pasado y… con lo de papá.

—Lo de tu padre está ya superado. Me fui preparando para ello incluso antes de pedirle el divorcio, cuando vi que las diferencias entre nosotros ya eran insalvables. Y respecto al pasado, me siento… nostálgica.

»Mientras te leía, me he sentido como aquella chica otra vez, he sido de nuevo Adri. De todos los amores de mi vida, Marcos fue el más bonito. Supongo que por la inocencia con la que lo viví, dada nuestra edad. Pero no solo eso. Él era… un chico entre un millón.

—Lo he notado en cada comentario que escribiste sobre él. No me sorprende que te enamorara —reconoció ante el asombro de su madre—. Yo también encontraré a alguien especial —declaró después, con total convicción.

—Por supuesto que lo harás.

—Y no es Raúl. Es alguien mucho mejor.

—Qué palabras más sabias, hija. Ven aquí. —Le dio otro abrazo que casi la dejó sin respiración—. Te quiero, tesoro. Eres lo mejor que me ha pasado en mi vida.

—Yo también a ti, mamá.

Adriana apagó la luz y se dirigió a la puerta.

—Mamá, si mañana te despiertas antes que yo y te pones a ver la peli de miedo que ibas a ver esta noche…

—¿Cómo sabes que…?

—Me lo imagino —la cortó, con una risilla—. Cierra la puerta del salón y así cuando me levanté sabré que estás viéndola y no entraré justo en una escena espeluznante.

—Trato hecho.

—Y luego, subimos al trastero a por las fotos.

—Muy bien, pero con una condición.

—¿Cuál?

—A lo largo del día, cuando te veas con ánimos, llamas a Leticia.

—Jo, mamá…

—No puedes ir el lunes al colegio sin haber aclarado las cosas con ella. Aunque decidas que no vas a perdonarla, aunque no pretendas ser su amiga nunca más. Allí no vais a poder hablar a solas en todo el día. Es tu mejor amiga desde siempre, te lo ha demostrado muchas veces. Y aunque hoy se haya equivocado, merece que al menos lo habléis con calma después de que tú hayas tenido tiempo de consultarlo con la almohada.

Laia parpadeó repetidamente, asimilando cada palabra. Y aunque lo dijo entre dientes, como si fuera superior a sus fuerzas, lo dijo.

—Vale. Tienes razón.

—No te arrepentirás. Buenas noches.

—¡Espera! —Adriana volvió a abrir la puerta que había entornado —. Tu cuaderno.

—No, ahora es tuyo, cariño. Es un regalo. En su momento no lo sabía, pero está claro que lo escribí para ti.

A pesar de estar en penumbra, supo que los ojos de su hija se empañaban cuando apretó el cuaderno contra su pecho. Los de ella

brillaron en la oscuridad de camino a su dormitorio. Y se acostó con tantas emociones en su mente y en su corazón que tardó mucho más que su hija en conciliar el sueño.

Epílogo

La puerta del salón estaba cerrada cundo Laia se levantó, así que atravesó el pasillo como un rayo hasta la cocina para no escuchar ni el menor sonido procedente de la televisión. Cualquier minucia: un gruñido, una frase neutra pero dicha con un tono tenebroso o una musiquilla inquietante, podían hacer volar su imaginación hasta la más horrible de las escenas, trasladándola de nuevo a su mente cada noche durante meses y robándole el sueño hasta alta horas de la madrugada. En ese ámbito, que no en otros, era muy miedosa, lo reconocía y ya no se avergonzaba por ello, ni siquiera delante de sus amigos. Su madre lo sabía de sobra y se abstenía de ver su género favorito en su presencia.

Laia había intentado superar ese miedo muchas veces, no solo para poder compartir con su madre aquel hobby, sino para ser capaz de leer alguna de sus novelas. De momento, no lo había conseguido. Quizá algún día, se dijo mientras levantaba el paño que cubría un recipiente en el que encontró… ¡tortitas!

—Mami, te adoro —susurró, aunque se prometió decírselo más tarde.

Aún estaban templadas, así que no hacía mucho que su madre

había desayunado y se había ido al salón. Pensaba dejarle ver la peli a gusto, así que desayunaría con tranquilidad y después… lo haría, sí: llamaría a Leticia. Y cuando le contara a su madre que ya lo había hecho, que había seguido su consejo y había mantenido una conversación sosegada con su —al menos hasta la fecha— mejor amiga, tal vez Adriana estuviera abierta a recibir un consejo por parte de su propia hija. Laia contaba con ser persuasiva dándole de su propia medicina. Tenía un plan y pensaba llevarlo a cabo de forma eficaz.

Cuando alrededor de una hora más tarde Adriana entró en la cocina, se encontró a Laia trabajando en los fogones.

—Buenos días, cariño. ¿Qué haces?

—El aperitivo. —La miró por encima del hombro y le sonrió—. Tú has hecho mi desayuno favorito, así que te debo lo mismo.

—¿Estás haciendo croquetas? —El asombro fue absoluto.

—Lo estoy intentando. Sigo una receta de uno de tus libros de cocina, pero podría mirar alguna más en Internet. Si me dejas tu móvil...

—Claro. ¿Te ayudo?

—No, no. Déjame a mí. Tú siéntate. ¿Quieres otro café?

—¿Cómo sabes que ya me he tomado uno?

—Me lo figuro. Con las tortitas. Estaban más ricas que nunca, por cierto.

—Gracias. No, deja —la detuvo cuando sacó una taza del armario — yo me lo preparo, que tú tienes que remover esa masa si no quieres que se te pegue.

—Aún no he empezado con eso. Voy a mirar alguna receta más primero.

Cuando su madre le tendió el teléfono, Laia se limpió las manos en un trapo y buscó en Google durante unos minutos, aunque solo como parte de su plan. Corroboró lo que ya sabía para formar una masa perfecta.

—También lo puedes usar para llamar a Leticia, si te apetece ahora, o luego.

—Ya la he llamado desde el fijo.

—¿Ah, sí? —La sorpresa se le notó en cómo se quedó con la taza a medio camino de ser depositada sobre su platillo—. ¿Y qué tal ha ido la conversación?

—Muy bien. Se ha disculpado mil veces, me ha asegurado que su novio también está muy arrepentido por habernos dejado solos y quiere decírmelo personalmente, que le ha echado una buena bronca a su hermano y que, cuando yo quiera, él también se disculpará. Aunque yo le he dicho que de momento paso de hablar con ellos dos, que ya veremos. Por ahora, que me dejen en paz. —Hizo un gesto con la mano, como quien aparta una molesta mosca, pero en su cara había más indiferencia que angustia—. Con ella he quedado a la tarde para que me devuelva mis cosas. Daremos una vuelta hasta la hora que vuelven sus padres. La dejaré para que hable con ellos, como quedó contigo.

—Me alegro mucho, mi vida. —Se acercó y la besó en lo alto de la frente, ese sitio neutral donde Laia aún se dejaba besar sin refunfuñar. Lo de estrujarle los carrillos había empezado a molestarla hacía tiempo, para dolor de corazón de su madre.

—Oye, mamá. —Adriana no había dado ni un paso atrás aún, y se encontró una pantalla casi pegada en su cara—. Tienes Instagram en el móvil.

—Ah, sí, supongo que no lo he desinstalado. Cierra la sesión si quieres usarlo. Será de la cuenta personal, y esa apenas la uso

desde que me hicieron la de autora.

Laia sabía de sobra que su madre ignoraba deliberadamente todo lo relacionado con las redes sociales, y que desde que trabajaba con la editorial que publicaba sus novelas, había contratado a una *community manager* que le llevara sus perfiles. Colaboraba en lo que le solicitaban: promoción de los lanzamientos, algún vídeo o entrevista y poco más. Ella solo se dedicaba a escribir, que era lo que le gustaba y se le daba bien.

—¿No tendrás por casualidad a Jaime como seguidor? —consultó mientras lo comprobaba ella misma.

—Jaime… sí, supongo que sí. ¿Por qué?

—Porque si él y Marcos aún están en contacto, y no son tan desastrosos como tú con esto, lo más seguro es que se sigan en redes. Yo tengo curiosidad por ver las fotos de cómo era tu primer novio a los quince. ¿No la tienes tú por saber cómo es ahora?

—¿Te piensas meter en su cuenta?

—¡Eh, que no le vamos a *stalkear*! Solo vamos a ver si tiene algunas fotos actuales —aclaró y siguió curioseando—. Jo, mamá, tienes como un millón de notificaciones y mensajes sin abrir.

—Ya te he dicho que no la uso, me meto alguna vez para que no me cierren la cuenta y ya. Entrar y salir. —El sorbo de café que bebió se le quedó atravesado en la garganta y después le dio la tos cuando los ojos de su hija se abrieron de par en par, con el rostro iluminado de repente.

—¿No será el Doctor Marcos Magaña, por casualidad?

—Sí, ¿cómo lo…?

—¡Tienes un mensaje privado suyo! ¡Uno larguísimo!

—¿Qué? —A Adriana le tembló la voz.

—¡No! ¡Son dos!

—Ay, Dios. ¡Trae ese móvil aquí!

—Espera, ¡quiero leerlos!

—Laia, te digo que me lo des de inmediato.

Pero ella salía ya por la puerta, y echó a correr por el pasillo.

—¡El primero es de hace dos años! ¿Cómo no lo habías visto?

—Ya te he dicho que no uso esa cuenta desde hace un siglo. ¡Dame ese móvil ya! No pienso perseguirte por toda la casa.

Pero lo hizo, la siguió a lo largo del pasillo y después al interior del salón mientras Laia leía en alto con voz gutural:

—«¡Hola, Adri! Soy Marcos Magaña. ¿Cómo te va? Estoy en Bilbao, voy a pasar el verano aquí con mi hermana y su familia (tiene dos hijos), viven en nuestra antigua casa. La habíamos dejado alquilada por si lo de México no salía bien y ella decidió volverse el año pasado. Si te apetece, podemos tomar un café o comer juntos y ponernos al día. Hablo de vez en cuando con Jaime García y me contó que ahora vives en Llodio, ¡y que eres madre de una niña! Si te animas a quedar, y si quieres, tráete a tu hija, ¡por mí encantado! Jaime también me dijo que te habías divorciado hace poco, así que imagino que será complicado organizarte con una niña pequeña. Yo me adapto a lo que te venga bien. Si lo prefieres, podemos vernos en Llodio. Te dejo mi número por si te va mejor llamarme. Tengo ganas de verte. Un abrazo».

Laia estaba subida al sofá y con la mano en alto para que su madre no alcanzara el teléfono.

—Laia, no te lo voy a repetir. Dámelo ya.

—Vaaale, toooma.

Para deleite de la chica, su madre recuperó el aparato casi de un tirón y releyó el mensaje con avidez, como si hubiera dudado de la veracidad de las palabras.

—Bueno, aunque hace dos años yo ya tenía once, voy a pasar por alto lo de niña pequeña porque me ha parecido majísimo. Y porque

se ve que tenía auténticas ganas de quedar contigo.

—Madre mía, ¿cómo no vi este mensaje? —A Adriana le temblaban las manos—. ¿Y por qué no se le ocurrió contactar conmigo de otra forma? ¡Podría haberle pedido mi número o mi dirección a Jaime! ¿Habrá pensado que pasé de él?

—No creo. Porque no le dejaste en visto. Hasta ahora el mensaje habrá aparecido como no leído —la tranquilizó y se aproximó para asomarse de nuevo al teléfono—. El otro es de hace solo tres meses —susurró.

—Ya lo veo.

—¿Qué dice? No me has dado tiempo a leerlo.

Adriana se dejó caer en el sofá y enfocó la vista en las siguientes palabras. Como su hija se sentó a su lado, se rindió y lo leyó en alto:

—«Hola, Adri. Ahora sí que he vuelto a casa definitivamente y me he instalado en nuestro antiguo barrio, cerca de mi hermana y mis sobrinos. Me han ofrecido una plaza en la universidad de Deusto como profesor adjunto en la Facultad de Psicología y la he aceptado; empiezo en Septiembre. Todavía estoy instalándome, pero ya he ido quedando con los antiguos amigos que siguen por aquí. Me encantaría verte, si te apetece. Veo que no leíste mi anterior mensaje, y sospecho que las respuestas a los que te dejo en tu cuenta de autora son hechas por algún ayudante o que, a lo mejor, te las filtra sin darte el nombre del remitente, porque yo uso esta misma cuenta, y parece que no me reconoces. Habría esperado unas palabras más personales, más cercanas. No creo que acabáramos mal, ¿o sí? ¿Tan distintos pueden ser mis recuerdos de los tuyos? Lo nuestro simplemente no pudo ser porque las circunstancias no lo permitieron. Yo he seguido pensando mucho en ti todo este tiempo. ¡También me he leído todos tus libros! Me apasionan, te lo aseguro, y me encantaría poder hablar contigo sobre ellos. Como amigo, no

como psicólogo, aunque te confieso que en ocasiones mi lado profesional sale a la luz mientras te estoy leyendo. Siempre me pareció que tenías una mente fascinante. Ojalá pueda hacerte las mil preguntas que me rondan la cabeza. Sigo teniendo el mismo número, pero te lo apunto otra vez por si acaso. Llámame, por favor. ¿Lo harás?»

Laia le dio tiempo a su madre, como sabía que esta habría hecho con ella. Aguardó pacientemente a que se moviera, a que dijera algo. Parecía en *shock*. Hasta que un movimiento en la mano que no sostenía el móvil llamó su atención. El pulgar izquierdo jugueteaba nerviosamente con un anillo en el dedo anular. Un anillo de abalorios violetas y verdes.

—¿Lo harás? —Laia estaba completamente convencida de que sí, y casi tan ilusionada como su madre, que volvía a parecer aquella Adri que había leído la descripción de su primer beso como si lo hubiera estado reviviendo. Se levantó y se dirigió a la puerta del salón con pasos lentos—. Porque… yo lo haría. Si alguien que en su momento me hubiera parecido tan especial volviera a mi vida, si quisiera quedar conmigo para saber de mí, hablar de mis libros, porque se los ha leído todos y le apasionan —recalcó, pues había sido la palabra empleada por él— no me lo pensaría mucho, la verdad.

Adriana le echó una mirada fulminante a su hija, pero le sonrió.

—Y si después de un café o una comida, quiero volver a verlo porque sigue siendo igual de especial, o más… le diría que después de treinta años, aún no he conseguido encontrar el tesoro de Willy el tuerto, pero que he guardado otro mucho más valioso todo este tiempo.

La sonrisa ladeada que su hija le lanzó antes de dejarla sola en el salón, con la mano izquierda convertida en un puño al verse

descubierta, la dejó aún más estupefacta si cabe.

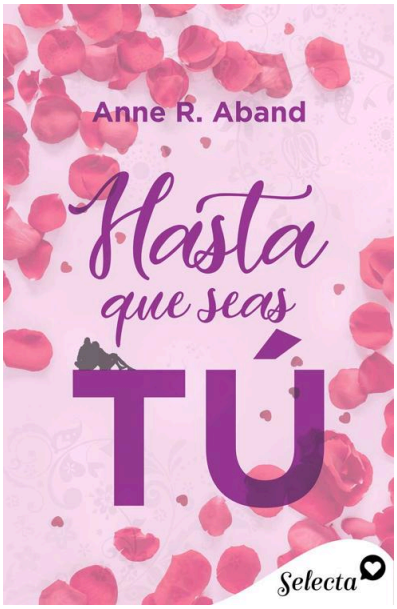
Pero cuando logró volver en sí y pensar las cosas con perspectiva, no lo dudó.

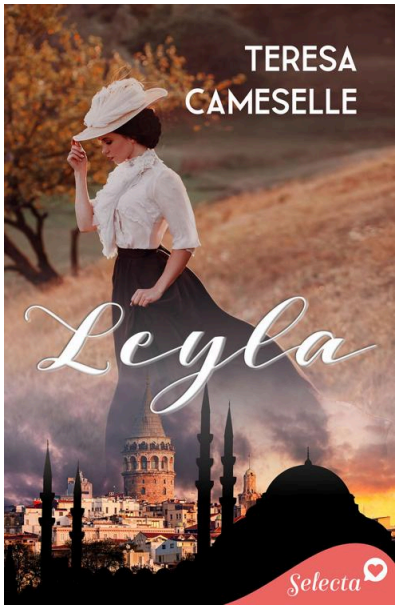
Guardó en número de Marcos en sus contactos, tomó una gran bocanada de aire y… lo llamó.

Si te ha gustado

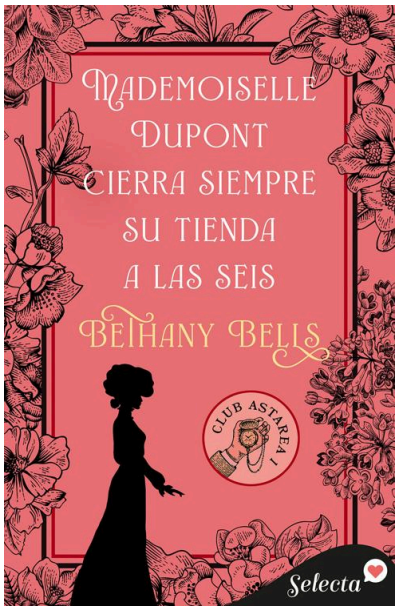
Un regalo para Laia

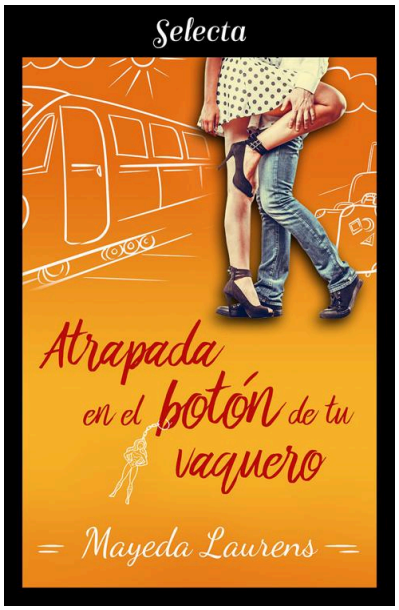
puedes disfrutar de estas





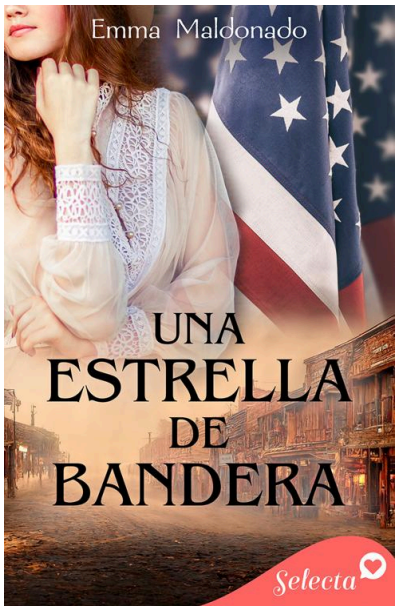

Ana F. Malory
Toda una vida
Selecta


Mademoiselle Dupont cierra siempre su tienda a las seis
Bethany Bells
Club Astarea 1
Selecta


Selecta
Atrapada en el botón de tu vaquero
Mayeda Laurens


La brújula de mi corazón
Olivia Ness
Selecta


Siempre en mi corazón
MAY BONNER
PIRATAS Y CABALLEROS 1
Selecta


Emma Maldonado
UNA ESTRELLA DE BANDERA
Selecta

A Laia le acaban de romper su joven corazón. ¿Cómo puede ayudar a sanarlo leer un viejo diario de su madre? Quizá, avanzar en sus páginas la lleve a ver la realidad con otros ojos: unos que miren hacia la mujer que un día será.



El primer desamor puede parecer el fin del mundo, sobre todo si —como le sucede a Laia— no cuentas con tu mejor amiga para llorar por el chico con el que acabas de romper; **el que había sido tu *crush* casi un año; al que habías besado por primera vez hacía apenas dos semanas**; el que ha resultado no ser como tú habías imaginado.

¿A quién no le han roto alguna vez el corazón?

Laia no pretende buscar consuelo en cierta persona que ha estado siempre a su lado, porque, a ver, es que no la va a comprender, al fin y al cabo… ¡es su madre! Sin embargo, apoyarse en ella acaba resultando la mejor de las decisiones.

Ella también tuvo trece años, ella también se enamoró por primera vez. **Y si Laia está dispuesta a escuchar, tiene algo muy especial que contarle**.

Alma Vera es el pseudónimo de Mina Vera para sus novelas juveniles. Autora de romántica desde 2011, cuenta con más de veinte obras publicadas y ha sido finalista en concursos literarios como el IV Premio Vergara y RNR con la novela *Noches perdidas* y el II Premio HQÑ - Harlequin con *Contigo en la distancia*.



Edición en formato digital: marzo de 2025

© 2025, Alma Vera
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-12-5

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un regalo para Laia

Prólogo

1. Preparativos

2. Asientos

3. El viaje

4. Llegada

5. Primeros auxilios

6. La campa

7. Primeras construcciones

8. La carrera

9. La primera noche

10. Enfrentamientos

11. Mochila ligera

12. La ruta

13. Cumpleaños

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Alma Vera

Créditos